UN HOMBRE ENAMORADO

EL ASESINO DE GOOGLE MAPS II



JUAN HERRANZ

Un hombre enamorado

(El asesino de Google Maps II)

Por Juan Herranz ®

Martes 14 de enero 2025

“Un hombre que quiere ser bueno
entre tantos que no lo son
labrará su propia ruina”

Maquiavelo

Capítulo I

_No hay forma de saber cuándo va a llegar tu momento. Aunque paradójicamente debes ser tú mismo el que lo fuerce.

Al otro lado de mi cámara tengo unos cuantos miles de fieles de todo el mundo. Suscriptores del canal, almas perdidas en el oscuro purgatorio de su existencia. Pero hoy es diferente. No se trata de una retransmisión cualquiera. Para la ocasión me presento a media luz, con mi melena suelta, como *ecce homo* ante el pueblo.

_ Fijaos bien que no hablo del cambio sin más. Me refiero a “el momento”. Porque los cambios sobrevienen mientras que tu momento es ese instante que desemboca desde el esfuerzo, la inspiración y un atisbo de certidumbre. Y en el que solo vas a tener una oportunidad. Como cuando consigues dar el primer beso al amor de tu vida, o como cuando encuentras por primera vez la que será para siempre tu canción.

Uno de mis estudiados silencios mientras parezco buscar el cauce de mis palabras.

_ Ha llegado mi momento. Tengo muchos planes, grandes ideas que ya he empezado a proyectar. Reconozco que ando bastante desbordado. Así que no me queda otra opción que despedirme de este canal. Como de tantas otras cosas.

Tal y como suponía, los mensajes se aceleran en cascada sobre el video en streaming. Se sucede una interminable lista de corazones rotos, emojis de sorpresa y de llanto, incluso algún improperio por el disgusto provocado.

_ Comparto vuestra tristeza. Pero tendréis que seguir sin mí. Es como ese momento, sí, otra vez el momento… cuando Forrest Gump se detiene en mitad de la carretera sin una explicación clara para sus seguidores. Hemos corrido mucho juntos. Y ya sabéis que lo de vivir trata sobre todo de seguir corriendo, de avanzar con ese amor que lo mueve todo, que acelera el corazón y te hace sentir vivo, en constante correr por el mundo.

Me sorprenden unas pujantes lágrimas, pero considero que es buena cosa, improvisación emocional para mayor gloria de mi despedida.

_Pero ahora toca que cada cual tome su camino. Mis planes los conoceréis muy pronto. En primavera estaré dando más guerra que nunca. Tengo un gran objetivo por conseguir. Y me dispongo a ello con todo ese amor del que siempre os hablo. No os preocupéis porque seguiré estando para vosotros, solo que desde un escenario muy distinto. En ese momento seré yo que necesite de vuestro apoyo. Un

abrazo enorme, amigos. Y como ya sabemos, no olvidéis que solo el amor nos hará libres.

Cierro la emisión con un nudo en la garganta. He roto con mi pasado. Nunca más seré el Administrador. Nunca más el asesino de Google Maps, como me llamó la policía, ni tampoco el youtuber conocido como Abraham Gascón.

Mi respiración entrecortada prorrumpe al final en llanto. A mis espaldas unas manos amables tratan de reconfortarme posándose sobre mis hombros. Aprovecho el gesto para tratar de calmarme.

Frente a mí, como tantas otras veces, el Océano Pacífico. Un inmenso azul que transmite paz incluso cuando rompe violento contra los riscos. Desde Santa Mónica escapé hasta Long Beach, apenas 50 kilómetros de huida. Porque siempre hay que tener un plan B, una coartada. Y un servicio contratado que pudiera certificar que esa siempre fue tu residencia. Donde llegan las cartas del banco y todo eso.

_ Lloras por ellos ¿verdad, Abraham? Te da pena dejarlos solos – A mi espalda Charlotte trata de entender mi reacción. Podría ser buena terapeuta. Pero le falta mucha información.

Tiene razón en que parte de mi tristeza es por cerrar el canal para siempre. Pero también lloro de arrepentimiento. Me sigo acordando mucho de Dorotha. La pobre chica no pudo escapar de la explosión de mi guarida en Santa Mónica.

Cuando descubrieron lo que quedaba de ella, la prensa se recreó en esa fatal casualidad para retratarme como un asesino sin escrúpulos. Solo fue un accidente. Y quizás el único cabo suelto que podría hoy vincularme con mi otra vida como administrador de la red. Aunque siempre tomé medidas de seguridad con mis amantes. Y no me refiero a los preservativos…

La cuestión es que yo nunca he matado. Menos aún por capricho. Solo busco una justicia maquiavélica en beneficio de un plan mayor. Maquiavelo no fue el personaje nefasto que hoy se pinta. Lo que ocurre es que él sabía del ego pernicioso de muchos hombres y de la necesidad de la reacción directa. Reacción frente a sus acciones dirigidas a destruir lo que con tanto amor se pretende construir.

Maquiavelo sabía que el amor no puede triunfar mientras el mundo esté lleno de gente mezquina, de indeseables que no encajan en el plan, de enemigos acérrimos de la causa del amor.

_ Abraham ha desaparecido para siempre, Charlotte – me giro hacia ella, aprovechando las ruedas de mi silla frente a mi nuevo puesto de

control. Ella se sienta sobre mis piernas de inmediato.

_ ¿También desaparecerás para mí? – Charlotte se acerca y me mira a escasos centímetros, encarcelándome en torno a su cuerpo. Siente la seguridad de que me tiene ganado. Pero mi amor no es solo para ella. Solo habría una persona con la que mi amor culminaría. Ella es Diana Silvera, la policía que me persiguió con ahínco.

_ Lo de Abraham es solo un alias para mis redes. En realidad me llamo Fred Jurado. Y tú eres la primera persona a la que se lo confieso – cubro sus pómulos con mis manos. Charlotte tiene esa extrema belleza natural que fascina de inicio, pero que rompe el necesario encanto de la imperfección que la hiciera carnal, que despertara la avidez del bocado. Le sonrío mientras pienso que sí, que pronto desapareceré para ella. Por mucho que piense que puede retener mi amor desbocado.

_ Todo un honor. Antes Abraham y ahora Fred. Puede estar bien eso de acostarse con un hombre y despertarse con otro.

_ Sería más cierto decir que ayer Mr. Hyde y hoy Doctor Jekyll – le respondo sin que pueda interpretar la hondura de la transformación.

_ Veamos quién es mejor, si Hyde o Jekyll…

Mientras habla, Charlotte se arquea hábilmente para hacerse hueco y acceder a mi entrepierna con su mano abierta. No puedo negar que la chica tiene gracia.

_ Muy bien, descubrámoslo. Después te pediré un favor…

_ Soy toda oídos… y manos – Charlotte me responde en un libidinoso susurro mientras me masajea por ahí abajo con una primera y gratificante sensación de frescura que se va atemperando con mi calor.

_ Necesito que me cortes el pelo, forma parte de la transformación.

Sábado 22 de marzo 2025

“El que engaña encontrará siempre
quien se deja engañar”
Maquiavelo

Capítulo II

Liam Moore, agente especial del FBI encargado del caso del asesino de Google Maps, todavía albergaba alguna esperanza en localizarlo. Prácticamente un año después, seguía dedicando sus buenas horas en el despacho a revisar el expediente y nuevas pistas que pudieran surgir. Entre estas, el reciente correo electrónico llegado a su cuenta oficial.

Inicialmente no le dio mucha credibilidad. Un tipo que se hacía pasar por el asesino, que indicaba en el asunto “Sobre el asesino de Google Maps” y que después de saludar amablemente solicitaba, en un pdf adjunto, la intervención de una policía española llamada Diana Silvera para poder entenderse con ella.

Al descubrir la existencia de la policía nacional española en cuestión, y averiguando que fue ella una de las encargadas del seguimiento que desembocó en la explosión de la casa de Santa Mónica, Liam entendió que en el correo no había broma alguna. Le iba a tocar contactar con la tal Diana y ver cómo podrían enfocar el asunto con ella.

Por otro lado, la Interpol seguía refiriéndoles de casos sin cerrar que enlazaban con el modus operandi del asesino, un entramado de siniestros servicios a demanda rollo colaborativo; el coworking para ricos donde poder matar a tus enemigos. En la cúpula, administrando el sistema, el puñetero asesino de Google Maps.

En el centro de su mesa, la foto de una joven llamada Dorotha Brown lo miraba expectante, con su engañosa sonrisa perenne ya borrada desde la explosión. La Interpol presionaba, insistía en que debían ser ellos, el FBI, quienes cerraran el caso. Y parecía que solo ella podía desvelarles el gran secreto del paradero de su asesino. Sin poder tirar del hilo de Dorotha, el FBI estaba manifestando su incapacidad al mundo.

Liam la miraba de cerca, con sus manos intentando cubrir sus entradas retrayendo su cabello oscuro, un tic ya arraigado como gesto de concentración. Dorotha había sido la única pista desde la que apuntar al asesino de Google Maps. O al menos lo habían sido sus restos de ADN. Porque de ella había quedado apenas nada después del incendio de la lujosa casita en Santa Mónica. Allí donde el criminal la dejó encerrada mientras hacía estallar todo por los aires.

Más allá de la primera página del expediente de Dorotha, Liam avanzó rápidamente entre los testimonios de padres y amigos. Nadie sabía cómo había acabado Dorotha en la casa de Santa Mónica.

El rastreo de su móvil y de su ordenador había resultado infructuoso.

Una huella digital sospechosamente limpia. El asesino de Google Maps se habría ocupado minuciosamente de borrar el rastro.

Respecto a su estilo de vida hasta su fatídico final, nada extraordinario para una joven de veinticinco años. Un trabajo de administrativa de 8 a 3 en una empresa de automoción; varios círculos de amigas y amigos conmocionados, algún ex atormentado por la pérdida.

Todos ellos tan compungidos como desconocedores de los planes de Dorotha el día de su asesinato. Por lo demás, salidas nocturnas por varios locales de moda por el west Hollywood y juergas considerables de una chica a primera vista muy atractiva, considerada como alegre y desenfadada.

La clave seguramente podría estar en esas salidas nocturnas. Y durante muchos días, diferentes operativos habían trazado los contactos de la chica. Multitud de gente entrevistada, desde dueños de locales y camareros hasta asiduos de la noche. Cero resultados.

Liam se levantó y miró por la ventana del despacho en la decimocuarta planta. Estaba hasta los mismísimos testículos del contradictorio skyline de Los Ángeles, con sus rascacielos en caída libre hacia las zonas residenciales. Una desconcertante ciudad que se le atragantaba cada día más.

Su destino provisional se estaba alargando. Y lo cierto es que ya no sabía si estaba en el lugar oportuno para dar caza al maldito administrador del club de asesinos más inquietante del mundo. Trató de avistar al suroeste desde su privilegiada vista. Santa Mónica estaba por ahí, el último lugar donde estuvo el asesino antes de su fuga. Pero sería ciertamente estúpido que el tipo no se hubiera marchado a Bangkok, por lo menos.

Liam inspiró profundamente. Echaba de menos Washington, su despacho en el Hoover y para colmo odiaba a los Lakers. A su espalda escuchó que alguien llamaba a la puerta. En un acto reflejo se ajustó el cinturón de su pantalón. Solía liberar su cintura de las estrecheces no precisamente por obesidad, con sus setenta y cinco kilos en su cuerpo de metro ochenta, sino por una úlcera empeñada en reaparecer en cuanto el estrés se le iba apoderando.

_ Adelante – indicó en cuanto estuvo decoroso.

_ No lo dejas ni los sábados, amigo Liam – Brad Livingston, su enlace en Los Ángeles se adentró hasta ponerse a su lado, invadiendo, como solía ser habitual en él, el espacio personal hasta la incomodidad manifiesta de Liam. Se sumaba al desagrado la apariencia siempre desaliñada de Brad - ¿Has hablado ya con la policía española?

_ No, lo haré el lunes -Para evitar ese frente a frente de escasos centímetros, Liam volvió a mirar hacia la ventana.

_ ¿Procrastinación o alguna remota esperanza de solucionar el tema este finde? -bromeó Brad.

_ Orden, más que nada. Los fines de semana la gente descansa – aseguró Liam endureciendo su mirada sobre Brad y consiguiendo su retroceso. No es que le cayera mal, pero le enervaba cuando se le aproximaba tanto.

_ Es curioso todo eso del asesino reclamando a una policía española ¿no?

_ Quizás sea una vieja conocida suya. Aunque parece más cosa de algún morbo extraño, alguna filia. Ese capullo criminal debe tener sus rarezas. Diana Silvera fue quien estuvo a punto de darle caza desde una pequeña ciudad española como Logroño hasta Santa Mónica. La globalización tiene estas cosas.

_ Bueno, Liam, lo que te quería comentar es que la tal Diana ya está un poco al tanto de todo esto. El viernes me puse en contacto con ella para anticipar un poco el trabajo y tantear opciones de traerla aquí.

_ Brad… – esta vez el que invadió el espacio personal fue Liam - ¿Para qué coño llamas sin considerar antes cómo afrontábamos el asunto?

_ Bueno, la curiosidad del poli, ya sabes. Todo esto lleva tiempo ocupándonos. Hay presiones de todos lados. Solo quería agilizar trámites.

Liam contuvo su ira, apoyó sus manos en los hombros de Brad, bastante más bajo que él y con toda la cordialidad que pudo acopiar le dijo:

_ La próxima vez que te anticipes en algo sin contar conmigo te patearé ese culo gordo que tienes – remató con una mueca de sonrisa a lo Harry el sucio.

Capítulo III

Antoine Trevis siempre soñó con vivir en Europa. Paris era su ciudad ideal. La oportunidad se la puso en bandeja Abraham Gascón, el conocido youtuber. Algo así como un retiro dorado con todos los gastos pagados por Abraham.

Por buen amigo, por filántropo, o simplemente interesado en sacarlo de escena… daba igual. Antoine había aprendido a hacerse el tonto perfectamente, ciego, sordo y mudo. Los tres monos sabios todo en uno.

A sus cuarenta años había vuelto a nacer con inimaginable energía. Paris era ya su casa y cada rincón de su nueva ciudad lo mantenía siempre sumido en un dulce sueño de multitud de sensaciones embriagadoras. Entre lo romántico y lo melancólico. Ese era el nuevo Antoine Trevis entregado a *la bohème* más selecta. Un parisino más con su apartamento de lujo en el Boulevard du Palais.

Los Ángeles tenía el glamur de Hollywood, pero como ciudad era de lo más vulgar. El mismísimo e hiriente Charles Bukowski fue bastante benévolo en sus incursiones literario-biográficas por las extensas avenidas de una ciudad sin alma.

La madre de Antoine, Sarah, lo llamó así porque a ella siempre le fascinó todo lo relacionado con París. Ella nunca pisó ningún rincón de Francia, pero eso no impidió que su fascinación creciera exponencialmente.

París era Edith Piaf y su *vie en rose,* o su *je ne regrette rien*. Felicidad, belleza desbordante en excesos, ilusión, aromas a eternidad y una tierna asunción paralela de la decadencia sin ningún arrepentimiento. En un acento francés que parecía suavizarlo todo, aliviando la vida de cualquier peso.

Antoine ya sabía a lo que se refería su madre. Sarah merecía haber vivido allí para sentirlo tal como lo imaginaba. En su ausencia, al menos, estaba él para culminar el sueño.

Así que podía ser que Abraham Gascón lo hubiera comprado. Y Antoine estaba empezando a vivir con ello sin el más mínimo remordimiento. De hecho, puede que Abraham no hubiera hecho otra cosa con él desde que lo conoció. Comprar su silencio en cada momento. Pero bueno, los ricos son así, necesitan privacidad y la pagan al precio que haga falta.

En su otra vida en Los Ángeles, Antoine llevaba el club Exupery, de lo más selecto del west Hollywood. Una idea de su madre que diseñaron con mimo entre los dos. Y gracias al exquisito diseño; a las buenas

artes de Antoine codeándose con la gente guapa y al encanto y sofisticación que su madre siempre le inculcó. El negocio funcionó siempre a las mil maravillas. Aunque su madre, por desgracia para él, apenas pudo acompañarlo en la aventura empresarial.

Hasta el Exupery llegó un día Abraham Gascón en plan incógnito. Gorra, camiseta y vaqueros, como un actor más de los que deambulan por Hollywood interpretando sus peores papeles de testigos protegidos.

Al principio Antoine tuvo sus recelos. Abraham era demasiado cauteloso. Le pagaba muy bien por un reservado donde fascinar a sus ligues traídos desde la red. Su Tinder debía ser espectacular, porque ahí solo llegaban chicas jóvenes de muy buen ver.

Después salía por la puerta de atrás hacia su coche. Antoine pensó, con la primera chica, que al mínimo problema debería acudir a la policía. Pero las chicas volvían sanas y salvas. No solo eso, sino que todas ellas siempre regresaban en su busca, a por más de Abraham. Debía de ser un amante extraordinario.

Hasta que ocurrió el extraño caso de Dorotha. Para lo cual Abraham le había explicado de manera convincente su desasosiego por la chica. Antes de que la policía llegara hasta su local husmeando…

Poco antes de que se confirmara la muerte de Dorotha, hasta ese momento dada por desaparecida, Abraham le citó en su casa en Long Beach, una invitación informal donde lucir casoplón y servicio.

El personal de la casa les preparó una barbacoa exquisita. Y allí le explicó Abraham que la cita con Dorotha había sido un fracaso. Que habían estado en una fiesta y que ella había decidido irse con otro famoso. Antoine le preguntó por ese otro, pero Abraham sonrió y apeló a la discreción entre iguales.

El asunto no habría despertado mayores inquietudes en Antoine de no ser por la noticia de la atroz muerte de la chica, que se iba extendiendo como la espuma. Una tragedia, una explosión en una vivienda de lujo en Santa Mónica que apuntaba a cualquier cosa, según los medios.

Antoine ya sabía que Abraham vivía en Long Beach, lo que lo tranquilizó en parte. Y además el asunto de las citas había seguido como si nada. Abraham seguía engatusando a jóvenes que se citaban con él en el Exupery.

La invitación a una nueva vida en París llegó poco después. Una nueva cita en casa de Abraham. Ambrosía servida como en el mejor restaurante, vino de lo más selecto. Abraham ya sabía del gusto de

Antoine por París desde su particular conexión materna. Y le había preparado el mejor plan para una nueva vida.

Según le contó Abraham en esa nueva ocasión, la muerte de Dorotha lo tenía perturbado. Se sentía culpable en parte por haber dejado que la joven se fuera con otro hombre capaz de semejante atrocidad. Y sabía que la policía le preguntaría a Antoine en un momento u otro.

Por eso le propuso irse de Los Ángeles. Le aseguró que el asunto podía fastidiarles a los dos, pero al menos Abraham tenía un equipo de abogados para defenderse. Mientras que Antoine podía ser acusado de proxenetismo o alguna otra barbaridad.

Antoine se asustó, se incomodó, llegó a ponerse agresivo con Abraham. Le recordó que él solo tenía un local selecto donde aprovechaba para cerrar sus citas. Pero Abraham supo hacerle ver que si algo sobre Dorotha trascendía, la policía quizás no entendiera la inocente posición de Antoine.

Pese a disfrutar de su nueva vida, en algunos momentos Antoine aún sentía un punto de incomodidad. En el fondo estaba desplazado de Los Ángeles bajo alguna suerte de amenaza por algo que él no había hecho. Atrás había quedado su Exupery, levantado con honor a su madre. Quizás algún día regresara. Cuando París dejara de tener su encanto y si su cuenta corriente dejaba de tener fondos.

Domingo 23 de marzo 2025

"Los hombres se conducen principalmente
por dos impulsos; o por amor o por miedo".

Maquiavelo

Capítulo IV

La cara de quien todo el mundo señalaba como próximo candidato demócrata a la presidencia de Estados Unidos se le hacía a Diana muy familiar. Podía haberlo visto como actor de reparto en alguna película, poniéndole rostro a una campaña de algún perfume, o hasta podía habérselo encontrado en la frutería del barrio. Sabía Dios porqué tenía esa sensación de haberlo visto antes.

El telediario le dedicaba a Fred Jurado un tiempo en su sección internacional porque todo el mundo hablaba de él. Un tipo de treinta y seis años que estaba subiendo como la espuma y que podía ser designado oficialmente candidato en la próxima convención nacional demócrata. La anomalía de su temprana edad, su locuacidad y encanto, y por supuesto su particular llegada a la política desde el estrellato en Youtube lo había convertido ya en fenómeno mundial.

Diana nunca lo había seguido en sus canales o redes, donde por lo visto intervenía con el alias de Abraham Gascón. A primera vista parecía un joven bróker, un elegante tipo engominado, de impecables trajes y estudiados gestos. La palabrería le vendría de serie.

Diana sonrió para sí. Lo de los influencers ascendiendo en política era lo que más se llevaba en cuanto a populismo actual. Había pasado en España, también en el Parlamento Europeo y ahora en Estados Unidos. Likes, seguidores y suscripciones digitales, convertido todo ello en votos. ¿Cómo no se les había ocurrido antes a tantos iluminados en estos días extraños?

_ ¿Qué? ¿Ponemos alguna peli? – Alberto se sentó a los pies de Diana, en el amplio sofá que gobernaba el salón del piso que compartían en el logroñés barrio de Cascajos. Desde los amplios ventanales que circundaban el salón, Logroño se entregaba al invierno tardío, a una variable aguanieve descendiendo desde el cielo plomizo.

_ Te parece poca peli todo esto – Diana señaló hacia la tele con un gesto de cuello. Relajada en el sofá se recreaba en ese no hacer nada dominguero.

_ Estos estadounidenses… Después de padecer recientemente a Joe Biden parecen estar dispuestos a poner a un crío al frente de su gobierno. Como cuando empezó el gordito ese de Corea del Sur.

_ Se llama Kim Jong Un. Y es Corea del Norte – corrigió Diana burlesca.

_ Pues casi acierto. Como el viejo chiste aquel… “¿Diga?” “¿Es el 5554765?” “No has dado ni uno” “Bueno, pero no está mal para teclear con la minga” – río Alberto buscando sitio detrás de Diana.

_ Lo recuerdo. Ese chiste lo petaba en 1983, cuando los teléfonos aún tenían la ruleta como dial – Diana se giró al encuentro de Alberto una vez que éste ya se había hecho sitio tumbado a su espalda -. Pero sí, lo cierto es que choca que un tipo de treinta y tantos, que alcanza de milagro la edad mínima exigida para optar a la presidencia de Estados Unidos, se presente como candidato y consiga tantos apoyos.

_ Esos gringos son capaces de todo. Por cierto…, hablando de USA ¿Qué fue de aquello que me comentaste del FBI? No se han vuelto a poner en contacto contigo ¿no?

_ Estoy esperando noticias. Es todo muy raro – Diana desvió su mirada de los ojos de Alberto a algún punto perdido entre el verde lino grueso del sofá.

_ Será por algo sobre el asesino de Google Maps. Año y pico de aquello y nadie tiene ni idea de dónde puede estar escondido ese tipo.

_ Sí, una pena. Tendrá que ser Carlos de nuevo quien descubra un nuevo asesinato en Google Maps para poder tener nuevo hilo del que tirar.

_ Yo creo que se habrá asustado y habrá cambiado el método.

_ Lo que asusta es pensarlo – se sinceró Diana centrando de nuevo su mirada en Alberto – Es un asesino capaz de moverse por Internet sin que nadie pueda cazarlo. Estuvimos cerca, pero supo detectar el peligro y pudo huir.

Fundidos en aquel abrazo de domingo, Diana y Alberto olvidaron a una impertérrita presentadora del telediario que seguía empeñada en presentarles los dramas del mundo. Cuando terminaron el improvisado asalto, doña tragedias había salido de escena y el hombre del tiempo aseguraba que para mañana lunes haría buen tiempo en casi toda la península.

_ Bueno, parece que por fin va a llegar la primavera – sonrió Alberto a Diana con su frente perlada en sudor. Ambos rieron.

_ Por cierto, Alberto – tornó a una repentina seriedad Diana – Tened cuidado el martes.

Alberto sabía perfectamente a lo que se refería Diana. Tenían prevista una intervención para ese día. La macrooperación Resplandor antidrogas estaba lanzada en varias ciudades. Y fuentes fiables del cuerpo apuntaban a Logroño como punto caliente para una recepción importante.

_ Está todo controlado, jefa. No te preocupes.

Lunes 24 de marzo 2025

"Es mejor ser amado que temido,
si no puedes ser ambos".
Maquiavelo

Capítulo V

A las seis de la tarde, Diana acababa de colgar a un tipo que balbuceaba español estilo yanki. Un acento pese a todo plenamente formal que se había ceñido a un saludo cordial para entrar en materia de inmediato.

Ponían en su consideración su traslado puntual a Los Ángeles. Los superiores de uno y otro lado de sus respectivos cuerpos policiales ya estaban al tanto. Ahora tan solo quedaba leer el correo electrónico donde le reportaban las particularidades, los motivos por los que Policía Nacional, Interpol y FBI habían quedado conformes con su viaje.

O sea que podía decir que no, pero todo apuntaba a que la iban a forzar a que fuera un sí en el que caso de que se negara.

Diana se reclinó sobre su silla, inspiró profundamente y exhaló de golpe por la boca. Un deje de irrealidad la ubicaba en una extraña situación entre su despacho y alguna oficina remota del FBI en Los Ángeles que ya empezaba a imaginar. La tensión se añadía a la operación prevista para el día siguiente. Le incomodaba sobremanera que Alberto tuviera que intervenir directamente en la operación.

El sonido del correo entrante la devolvió al asunto del FBI. Lo remitía un tal Liam Moore, según comprobó Diana en la firma haciendo scroll en el extenso correo. Como adjunto un pdf denominado GMA.

Diana intuyó que el acrónimo se referiría a Google Maps Assassin. Y también consideró rápidamente que el susodicho asesino ya podría estar al corriente de ese correo. Porque lo de las redes y las comunicaciones era su hábitat natural. Pero la policía, e incluso el FBI, por lo visto, seguían pensando que algo así como un firewall y una vpn dotaban de absoluta seguridad a sus comunicaciones.

Traduciendo el texto del agente especial Moore, tal como se leía en la firma, fue adentrándose en las intenciones respecto a ella. El FBI había recibido alguna carta del mismísimo asesino donde la citaba como interlocutora en su caso.

Todo aquello le sonaba a Diana a película en la que no le gustaba ser protagonista. Sin saber muy bien por qué, se acordó de su anterior pareja. Quizás fue mala idea separarse. Podrían haber seguido forzando su relación, tener un par de hijos, pillarse una excedencia y dedicarse a chismorrear por los parques de la ciudad.

En ese momento entró por la puerta María, agente y confidente habitual de Diana en asuntos de la vida cotidiana de Logroño.

_ ¿Hace un café, Diana? – Su cabeza asomó entre la puerta y el marco. Un hábito que María repetía con gracia desde que Diana comentara que parecía como caída de la guillotina.

Diana dudó. La curiosidad sobre el documento GMA la tenia violentada. Pero quizás un café junto a María la predispusiera a ver las cosas de otra forma a la vuelta.

Diana y María bordearon la comisaría por el sur. Un cielo gris amenazaba con una lluvia que el viento del sur parecía impedir. Un día desapacible que multiplicaba el tráfico de coches llevando a niños a los entrenamientos en los campos de fútbol de Pradoviejo.

Doblaron la esquina en la calle Sorzano y llegaron a la cafería que frecuentaban cuando coincidían en turno.

En otro momento la conversación de María habría entretenido a Diana. A sus veintitantos le aportaba esa frescura necesaria para sobrellevar el trabajo. Pero, pese a intentar centrar su atención en la variable y habitualmente ingeniosa conversación, Diana solo podía concluir con afirmaciones simples.

_ …Y entonces me zumbé a Ricardo – soltó María de repente, cuando se disponían a entrar en el bar

Diana asintió sin más interés.

_ No te estás enterando de nada de lo que te digo ¿verdad, jefa? – comentó María mientras cogía del brazo a Diana y la obligaba a fijar la mirada en ella.

_ Perdona, María. Tengo un mal día. – sonrió ligeramente Diana volviendo a la realidad y adentrándose en el bar - ¿De verdad te has tirado a Ricardo?

_ ¡Qué dices! era por ver si estabas aquí – llegadas a la barra, María miró a la camarera, quien se dispuso a ponerles dos cortados.

_ Mañana tenemos mucho lío – continuó excusándose Diana – Y luego tengo muchos otros asuntos por ahí pendientes…

_ No te preocupes por lo de mañana. Van a estar aquí hasta los GEO.

_ Claro. Seguro que todo sale bien – Diana ocultó a María sus inquietudes. Una macrooperación en Logroño, a pleno día… se le ponía la piel de gallina. Había que conseguir actuar con total discreción y absoluta seguridad.

La zona de Mercarioja, donde se iba a intervenir, estaba muy cerca de un gran centro comercial, de instalaciones deportivas… Y luego, otro de sus más grandes temores era la seguridad de Alberto, seleccionado para intervenir en plena operación.

_ De todos modos, Diana. Es todo como muy extraño – bajó mucho la voz María-. No tengo ni idea de cómo se ha planificado lo de mañana. Pero en Logroño ¿really?

_ No puedo contarte, María. Pero es información muy fiable – Diana se incomodó por el sondeo que le estaba planteando Marí. Al fin y al cabo, ella solo era una policía más. Sin olvidar que un bar no era el mejor sitio para tratar el tema.

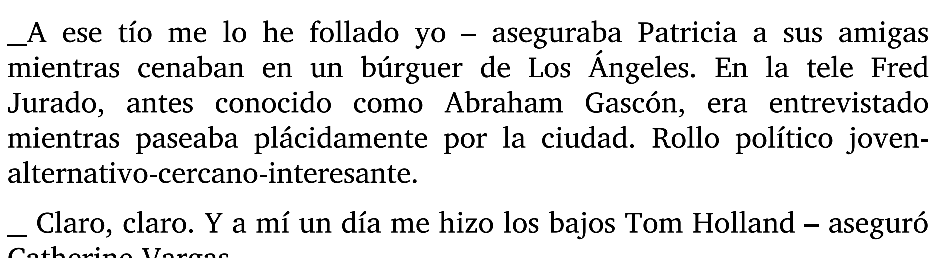
_ Ok, bueno, y ¿cuándo salimos de cenita? Me han dicho que han abierto un japonés que te mueres - María entendió las reservas de su jefa y salió por otra conversación más amable – Podríamos invitar a Raquel y echar unas risas.

_ Raquel y su pasión por el pescado crudo – comentó burlesca Diana.

_ Dios, cómo vomitaba. No había visto cosa igual desde mis tiempos de botellón en el parque del Ebro.

Ambas rieron. María se ocupó de ampliar el repertorio de anécdotas graciosas. Diana escapó de la oficialidad de su traje por un buen rato. Lo necesitaba.

Capítulo VI


_A ese tío me lo he follado yo – aseguraba Patricia a sus amigas mientras cenaban en un búrguer de Los Ángeles. En la tele Fred Jurado, antes conocido como Abraham Gascón, era entrevistado mientras paseaba plácidamente por la ciudad. Rollo político joven-alternativo-cercano-interesante.

_ Claro, claro. Y a mí un día me hizo los bajos Tom Holland – aseguró Catherine Vargas.

_ Joder tía, puesta a fantasear píllate a Brad Pitt o algo. Tom Holland tiene pinta de estar muy verde – recriminó Lucy.

_ Brad Pitt es ya un *pollavieja* que no sabe más que fruncir el ceño para parecer interesante – sentenció Rachel.

_ Que es verdad, tías – cortó la broma Patricia - Que tengo un video y todo.

Patricia sacó su teléfono móvil y enseñó el paseo que se dio por la casa de quien ella conoció como Abraham antes de que desvelara su identidad real como Fred Jurado.

_ El tío se quedó dormido después del tercero. Me levanté al baño, cogí el móvil…

_ ¿Tercerоооо? – cortó de nuevo Catherine. Pero cómo lo dejaste escapar. Forrado y con un misil entre las piernas.

_ Calla – rió Patricia para continuar comentando el video - ¿Veis? Casoplón que flipas, tropecientas plantas, mármol, un puñetero ordenador de la NASA en el salón.

_ Qué pasada, Patri – las amigas ya simplemente observaban embelesadas.

_ Iba prácticamente de puntillas grabando para no despertarlo – Su voz susurrante iba dando detalles de aquel palacio moderno. Hasta que abrió la puerta de la habitación y enfocó al propio Abraham prácticamente desnudo.

_ Madre de Dios ¿De dónde lo sacaste? Eso no está en el Tinder.

_ Casi. Lo seguía en su canal de Youtube. Contactó conmigo por la red, me citó en un reservado del Exupery, el local ese tan selecto, y me pidió discreción.

_ Joer, y ahora que va para presidente, si es que de verdad es el mismo, nos lo cuentas – apuntó acertadamente Lucy.

_ También es verdad -apagó su teléfono Patricia – que os den. Ya no

os cuento más.

La queja fue unánime. Querían ver más.

_ Bueno, pues al menos dinos más de la experiencia, sin pruebas visuales – se burló Catherine - ¿Quién sabe? Cuando llegue a presidente igual sigue contando contigo como Kennedy. Rollo Marilyn cuando le cantaba el happy birthday to you con esa cara de loba.

_ Yo veo a Patri soplándole la vela, sin duda – rió grotescamente Lucy.

_ Envidia que tenéis.

_ Eso no lo dudes – confirmó Rachel – Si yo paso la noche con un tipo así, me vuelvo multiorgásmica para siempre.

_ Pásanos el video. Nos puede servir para consolarnos – pidió Lucy implorando.

_ Ni de coña, chicas. Ya sabéis que a ese tipo de la tele me lo pasé por la piedra y con eso os vais a quedar.

_ Vamos, que si tu Adonis descubre que compartes por ahí un video suyo te empapela.

_ Seguro. No he visto tantas medidas de seguridad para llegar hasta su casa…, ni cuando pasé aquella otra noche con Tom Cruise.

Las chicas estallaron en una risa. Entre las carcajadas Patricia sintió un latigazo de añoranza. Abraham o Fred era un tipo tan extraño como cautivador. Lo conoció el año pasado. Una sola noche que jamás se repitió muy a su pesar.

La había llevado a su casa bajo un secretismo absoluto, tapándole los ojos en cautela por su seguridad. Le aseguró que más adelante quizás, pero que por ahora no quería que nadie supiera donde vivía para estar tranquilo sin el acoso de posibles seguidores del canal.

El paraíso era aquella casa con vistas al Pacífico donde pensó que lo habría conquistado. Pero, como Eva en el otro paraíso, alguna jodida manzana debió coger del árbol prohibido para que nunca más pudiera tener acceso a él. Ahora que iba para presidente quizás fuera el momento de intentarlo de nuevo…

Martes 25 de marzo 2025

"Un cambio siempre deja el camino abierto
para el establecimiento de otros".

Maquiavelo

Capítulo VII

Durante las tardes, las instalaciones de Mercarioja parecían simples naves abandonadas. Los muelles de carga permanecían vacíos y la zona de aparcamiento apenas cobijaba un par de vehículos. Probablemente de uso esporádico para los mayoristas que ahí operaban. Desde las cinco de la mañana hasta mediodía era otra cosa, el resto de la jornada el silencio gobernaba la zona, hasta el punto de dejarlo todo suspendido en el tiempo hasta la siguiente madrugada.

Aquella tarde del martes 25 de marzo la tranquilidad solo se rompía por una camioneta de fruta aparcada en el muelle 6. Al otro lado de ese portón para carga y descarga, un par de vehículos quedaban estacionados orientados hacia la salida.

La aparente cotidianeidad esperaba su momento preciso para romperse en mil pedazos. En las instalaciones próximas del parque de servicios del ayuntamiento de Logroño, un amplio grupo de policías, incluidos los GEO, esperaban la señal para intervenir de inmediato.

Entre todos ellos, Alberto quedaba en retaguardia junto a personal enviado de la Brigada Central de Estupefacientes. Alberto sentía su corazón desbocado, alucinaba con el despliegue, entre la tensión y la alerta que también despierta el miedo. Una cosa era participar en la macroperación Resplandor y otra cosa muy distinta era descubrir qué coño era una macrooperación.

Alberto entendía que todo lo macro se planteaba cuando el asunto se salía de lo habitual en cuanto a cantidades o por las particularidades en su cadena de suministro. Y ese segundo caso correspondía con lo planteado en Logroño. Porque lo habitual era transportar la droga a grandes ciudades y luego ya sí, mediante estructuras societarias oportunas, pasar el blanqueador en cualquier lugar donde se pudiera fijar una sociedad ad hoc.

Alberto escuchaba al unísono los ruidos del pinganillo y los latidos de su corazón. El entorno de Mercarioja parecía detenido en el tiempo. Pero al otro lado de la vía el cercano centro comercial bullía entre el tráfico de su amplio aparcamiento. Eran las seis de la tarde, la luz natural menguaba por momentos.

La intervención se lanzó rápidamente. La avanzadilla de los GEO salió en bloque y tiró el vallado que separaba las fincas, manipulado expresamente con antelación para facilitar el asalto.

La intervención parecía que no había sido tan fina como se esperaba. De repente se empezaron a escuchar disparos. Alberto y otros compañeros salieron entonces de aquel edificio anexo al mercado y se

dirigieron corriendo a diferentes puntos para fijar un cordón de seguridad.

No podían permitir que se produjeran daños a civiles. Pero es que tampoco esperaban tener que desplegarse para crear un cordón de seguridad. Creían tener todo bajo control y avisar a la población con antelación habría desbaratado la operación. El problema es que lo excepcional había ocurrido. Ya sabían que al mínimo disparo debían tomar cartas en el asunto.

La puerta de salida de Mercarioja no ofrecía ningún punto de resguardo. Pero Alberto sabía que ese era su lugar si las cosas no salían bien. Para protegerse, se había aparcado el día anterior un viejo vehículo a cuya altura se reclinó. Esperaba que sus compañeros hubieran podido cortar el tráfico. Su mano se apretó contra su pistolera.

El corazón se le heló cuando descubrió a una persona corriendo en su dirección con ropa deportiva. Desde sus orejas pendían unos auriculares que lo mantenían en la inopia. Con esos cascos puestos parecía no haber escuchado los disparos en el interior del recinto. Ni seguramente tampoco los avisos de sus compañeros desplazados hacia los otros puntos pactados en caso de necesidad.

Sin dudarlo se puso en pie y se dispuso a dirigirse rápidamente al tipo de verde absolutamente fluorescente, un blanco perfecto en las guerras púnicas o en la segunda guerra mundial.

_ ¡Joder con el camuflaje! – Alberto no pudo evitar un ramalazo cómico entre tanta tensión.

Sin pensarlo más, se dispuso a abalanzarse sobre el pobre incauto. La acción le supuso un sobreesfuerzo por los refuerzos antibala. Sin entender muy bien por qué, al llegar a la altura del corredor cayó sobre él a peso muerto. Intentó agarrarse a su cuerpo, pero había perdido todas sus fuerzas.

Había sido un zumbido, como un extraño escalofrío desde su cabeza que le transmitió una gelidez inmediata por todo el cuerpo. Como la sensación del corte limpio con algo afilado. Alberto chocó con el corredor. El verde de la camiseta pasó en un segundo a un fundido en negro.

Capítulo VIII

Lo de la política es algo agotador. Gracias a Dios he conformado un buen equipo. Aquí en Estados Unidos uno es más libre cuanto más dinero tiene. Bueno, como en cualquier otro sitio, qué os voy a contar…

La cosa es que cuando pienso en el horizonte que me espera hasta el puñetero primer martes de noviembre de 2028, se me cae el alma al suelo. La democracia made in USA tiene sus plazos. Pero estoy seguro de que conseguiré ser presidente de Estados Unidos.

Tengo esa pequeña gran misión y buenos fondos para no depender de meapilas de uno u otro lobby. No os confundáis porque no se trata de ningún capricho. Cuando alcance mi objetivo el mundo será mejor sin duda. Es innegable que hasta ahora todo han sido chapucerías. Comunismo, liberalismo, socialismo, dictaduras, anarquías… democracia incluso.

Términos manidos, sobreexplotados, vaciados. Mi política será la política del amor. O amas o te extingues. Porque más allá de mis aspiraciones de poder político, mucho más lejos de la ambición, me mueve el amor. Esa va a ser mi misión en la parte más antropológica.

Pero sin olvidarme de mis otros cometidos. El plan debe ceñirse al guion para que todo fluya en paralelo hacia el éxito final más rotundo también en mi faceta más personal. De momento ya no me hace falta conseguir citas subrepticiamente con las que poner parches a mis carencias. Ahora soy un tipo popular y admirado que actúa sin dobleces, sin escondites. Puedo seguir encontrado ese amor transitorio en espera de mi encuentro final con Diana. Porque ahora ella está sola, desamparada.

Se me rompe el corazón. Pero las cosas parece que tenían que ser así. Maquiavelo, ya sabéis, el fin justificando los medios, aunque sea de manera inesperada. Los daños colaterales y todas esas cosas necesarias.

Alberto Macías ha muerto en una operación policial. Todos los honores para el soldadito fallecido en el campo de batalla. Vía libre para mi encuentro final con Diana. Porque ella es mi amor definitivo. Y nada podía interponerse entre nosotros.

Lo sospechaba cuando empecé a seguirla. No hubo flechazo inicial, solo cuestiones de seguridad en aquellos días en los que empezaron a intentar darme caza. Pero poco a poco me fue enganchando su voz, después su imagen. Intuía que Diana tenía algo.

Solo cuando todo acabó, cuando estuvieron a punto de cogerme y mi

guarida de Santa Mónica saltó por lo aires, pude viajar a Europa para encontrarme con ella. Y ahí pude verla en persona. Y sí, me temblaban las piernas como las del chico que se acerca para sacar a bailar a la niña de sus sueños.

Me acerqué a ella en cuanto pude, bajo aquel disfraz de guía del Louvre. Le hablé del amor aprovechando la fascinante escultura de Psique reanimada por el beso del amor. Y ahí la pude oler, pude casi rozar su piel. Todo en mí se elevó sin mesura en ese instante, mi piel erizada, mi alma sublimada, disimulé mi erección más marcada.

Los caminos del amor son inescrutables. Eso fue lo último que le dije. Y esos caminos por fin se han trazado para nosotros dos.

Capítulo IX

GIT, de get in touch, era el programa más visto de la Fox en California. Ocupaba gran parte del prime time del Estado. Desde las 21 hasta las 23 con entrevistas a famosos, gags de humor y actuaciones en directo.

Llevar a un político no era lo más habitual ni lo más cómodo para Frank Parker. Pero la ocasión lo merecía. Porque el gabinete de prensa del candidato demócrata Robert Miller le aseguró que tenían mucho que contar sobre Fred Jurado, el famoso streamer y contrincante de Miller dentro del partido.

Frank había accedido a entrevistar a Miller por dos motivos.

En primer lugar, por el reclamo de Fred Vargas, del que Miller parecía estar dispuesto a revolver en público sabe Dios qué basuras.

En segundo lugar por la curiosidad; por aquello de la semejanza de esa situación con Churchill aleccionando a un joven político llegado al Parlamento. Aquel viejo sabio indicó al novato: *Los enemigos políticos no están en la bancada contraria, esos son los contrincantes. Los enemigos siempre están detrás de ti.* Miller tenía el cuchillo preparado para saltar sobre Fred Jurado, de su propio partido.

Frank arrancó el programa sentado sobre su mesa, como siempre solía hacer. Hizo un repaso a lo que les esperaba aquella noche y citó a Robert Miller. Más abucheos que aplausos. La gente estaba del lado de Fred Jurado. El joven candidato representaba a la perfección el paradigma del populista que se gana al público con el mensaje fácil del recién llegado.

Por el escenario pasó Allan Whisky para presentar su descacharrante nueva obra para el Dolby Theatre. Frank conectó después en la calle con su reportera más atrevida, Isabella Thomas. Ella era la encargada de asaltar a los angelinos con sus preguntas sobre hábitos de vida sexual y otras impertinencias. Asuntos íntimos que despertaban la risa en los espectadores del estudio y de casa.

Sobre las diez y cuarto de la noche le llegó el turno al candidato Miller.

_ ¿Se ve usted como presidente allá por 2028? – inquirió Frank nada más proceder con los saludos protocolarios y habiendo esperado a que Miller tomase asiento en el sofá. Un sofá en medido ángulo para la interacción entre presentador e invitado, pero con visualización directa del público frente a ellos.

_ Uauu. Aún no soy candidato de mi partido. ¿Vas así de rápido con

todas tus citas? – Miller se removió en su asiento fingiendo inquietud para inmediatamente atreverse a bromear. Intentaba conectar con la gente. Porque sabía que su perfil no era el más popular.

Aún así, no podía evitar vestir siempre impecable, con un perfil conservador más republicano que demócrata, confirmado también en sus bien entrados cincuenta. Como única licencia para aquella entrevista, su cabello gris medidamente despeinado.

_ Primera pregunta, primera evasiva, señor Miller ¿Tienen los políticos un manual para evitar la afirmación taxativa o la negación directa? -bromeó Frank.

_ Estamos siempre en zonas grises. El blanco y el negro en política no existe.

_ Salvo para defender enunciados marcados desde el partido. – apuntó Frank buscando la complicidad del público con una mirada al frente y sus brazos abiertos.

El público respondió con un aplauso.

_ Digamos que eso es lo único claro en política – sonrió Miller, quien ya esperaba ese juego de Frank -. El viejo dicho de cabalgar contradicciones es en ocasiones necesario para aunar voluntades, dentro y fuera de los partidos.

_ Está bien, le perdonaré por esta vez. Si Ronald Reagan cabalgó en sus películas western, por qué no usted. ¿Qué me dice del efecto Jurado? El chico ese…, el tal Fred ¿Lo conoce?

_ Me suena sí – continuó la broma Miller – Es un comunicador excelente, es joven y le ha ido bien en la vida. El sueño americano hecho carne.

_ Entonces podría ir usted de la mano con él en la candidatura.

_ El problema es que la política es otra cosa. Y necesita de otras aptitudes. Fred Jurado no es la persona ideal para que los demócratas consigamos recomponer este país. Me fastidia decirlo, pero Fred tiene un perfil completo que lo aleja del estereotipo demócrata que todos esperamos.

_ Llega el momento del despiece – Frank sacó de debajo de la mesa un cuchillo de carnicero que blandió para evidenciar que era de juguete.

_ No, no es eso – Miller continuó riendo la ocurrencia del presentador – De verdad te digo que yo quiero lo mejor para Fred. Me encanta que gente joven como él, gente trabajadora y próspera, se afilie a nuestro partido.

_ ¿Peroooo? – inquirió Frank blandiendo de nuevo su cuchillo y

consiguiendo las risas del público.

_ Mira, Frank. Yo llevo mucho tiempo en el partido. Y nos gusta conocer a nuestra gente. Ir más allá de las apariencias, la formación y las entrevistas. Fred ha conseguido muchos adeptos dentro del partido y si, en su momento, la Convención Nacional Demócrata decide que es Fred Jurado quien debe encabezar las próximas elecciones, tendré que asumirlo. Por aquello de cabalgar contradicciones para aunar voluntades.

_ Pero ¿Qué es lo que no le gusta de Fred? – dejó por fin Frank el falso cuchillo sobre la mesa, para que su invitado se relajara y empezara a rajar más cómodo.

_ Fred Jurado tuvo que atravesar severas dificultades desde la infancia. Fue un niño prodigio con problemas de adaptación en todos los centros por los que pasó. Lo mismo ocurrió ya en la Universidad. En UCLA no hemos encontrado un solo profesor que no lo recordara por sus salidas de tono, su comportamiento polémico, sus enfrentamientos con otros compañeros.

_ Quizás haga falta eso para arreglar este país, un genio con sus excentricidades – señaló Frank encontrando, sin quererlo en esta ocasión, nuevos aplausos.

_ De verdad que como emprendedor, como comunicador, como técnico en lo suyo es ese genio que indicas. Millones de seguidores en su canal, por algo será. Una mente brillante a la vanguardia en lo tecnológico, creador o desarrollador de aplicativos punteros que todo el mundo descarga del store.

Pero en política hay que tener otras cualidades. No hay gobierno tecnócrata que haya funcionado en el mundo. Y lo de Fred Jurado apunta más a un tic dictatorial que a otra cosa. Gente de su reciente equipo que ha acabado renegando de él, nos lo ha contado.

_ Los políticos sois geniales hablando a la vez bien y mal de una persona.

_ Yo creo que es necesario depurar, filtrar, asignar bien los recursos, también los humanos. Y Fred no es un buen político por su forma de actuar dentro del partido actualmente y por su pasado brumoso.

_ Todo el mundo ha sido un poco malote en el instituto o en la uni, no fastidie usted, Robert.

_ No quería contarlo, porque no hemos investigado la vida de uno de nuestro partido como es Fred con fines aviesos. Pero en uno de esos conflictos estuvo a punto de matar a un compañero. El pobre Michael Paterson casi no lo cuenta. No nos parece un comportamiento

correcto. La ira no puede gobernarnos en ningún momento a los políticos. Porque cuando alguien accede al poder debe tener, sobre todo, templanza. Y Fred no la tiene.

La gente se quedó en silencio. Frank también estaba observando a Miller estupefacto.

_ Siento en el alma tener que evidenciarlo hasta ese punto. Pero si imaginamos el mundo actual, con conflictos entre países, con una diplomacia en ocasiones en manos de tipos de dudosa moral, no podemos poner Estados Unidos en manos de alguien que esté dispuesto a todo para enfrentarse a esos locos.

_ Me dejas de piedra, Robert. Yo tenía entendido que Fred Jurado era un buen chico, de buena familia, heredero de una inmensa fortuna tras fallecer sus padres en aquel… accidente – Frank se alegró de haber parado a tiempo para no recuperar el siniestro incendio del hogar donde vivían los padres de Fred, cuando éste ya se había independizado.

_ Quizás se trató de eso. Todos desearíamos borrar nuestro pasado. Y estoy seguro de que Fred estará arrepentidísimo de lo que le hizo a Michael. En ocasiones tratamos de tapar como sea un mal recuerdo…

_ ¿Te refieres a que Fred pudo comprar el silencio de ese compañero, el tal Michael Paterson, para que no dijera nada?

_ Para nada me refería a eso – Robert Miller negó categórico. Pero en el fondo sintió una tremenda satisfacción soterrada en su postura hierática. Frank Parker acababa de sembrar la duda que él intentaba forzar -. No creo que Fred fuera capaz de semejante cosa.

Viernes 28 de marzo 2025

“Es mejor actuar y arrepentirse

que no actuar y arrepentirse”.

Maquiavelo

Capítulo X

El caso del asesinato de Alberto Macías, el pasado martes, había ascendido hasta lo más alto con la categoría de lo inquietante. El Director General de la Policía Nacional, Pedro Alcácer se encontraba reunido en la Secretaría de Estado de Seguridad con el mismísimo secretario Javier Fórcola, en Madrid. Un tipo de cuarenta y tantos, alto en las fotos y todavía más en persona, de apretón de manos deliberadamente férreo y mirada indescifrable de ojos negros.

Frente al secretario, y todo un séquito de cargos cuya denominación ya no recordaba, Pedro Alcácer daba las explicaciones pertinentes sobre el caso. Para ello había repartido entre los presentes un detallado expediente.

_ La bala que atravesó su cabeza se encontró incrustada en el muro. El análisis del impacto y la dirección apuntan a un francotirador ubicado en la cúpula de un centro comercial cercano. El tipo de munición, de fabricación rusa, no se corresponde con...

_ Desde la cornisa de un centro comercial cercano…, vale – intervino el secretario de estado compartiendo sin consideración alguna su lectura; por el tono sin duda dispuesto a alguna matización – Teníamos ahí a los GEO y a media jefatura de policía de Logroño. La macrooperación lo merecía, claro está. Y por ese lado, un éxito absoluto.

Alcácer estuvo a punto de soltar un exabrupto sobre el verdadero significado de éxito en una operación con un policía muerto de por medio. Se contuvo y continuó escuchando.

_ ¿No hubo forma de localizar al francotirador? Salió con un fusil VSS del centro comercial como quien compra unos calzoncillos – Javier Fórcola levantó por fin la vista del expediente. Un incómodo silencio se extendió en la amplia y moderna sala.

_ Con todos mis respetos, señor – Alcácer no aguantó el deje de asquerosa ironía – Estamos aquí para considerar la repercusión de unos hechos tan infaustos como anómalos. Que un francotirador con una sofisticada arma rusa haya matado a un policía de servicio es un drama y una amenaza que calibrar. No creo que sea el momento de enjuiciar la operación Resplandor, meticulosamente orquestada.

_ Por desgracia las mafias andan por todo el mundo. No es nada nuevo en España. Se trata de un problema que todos los países tenemos – afirmó manteniéndose en su frialdad el secretario-. Lo que no tenemos es enemigos invisibles, o mejor dichos enemigos armados invisibles.

La tensión iba en aumento.

_ No pretendo incomodarle, señor Alcácer – continuó el secretario acercándose a él, repentinamente con un aire conciliador, como si estuvieran solos en la sala – Esto mismo que le comento es lo mismo que me comentarán a mí desde la cúpula del ejército, desde Interior, o el mismísimo Rey si se tercia.

Y yo sé que lo más jodido es que un policía ha muerto. Y sé que lo que usted quiere y lo que yo quiero es que el hijo de puta que apretó el gatillo se reviente, o al menos se pudra en una cárcel. O sea que hagamos todo lo posible para cogerle las pelotas a ese malnacido.

Pedro por fin sentía que sintonizaba con ese pipiolo de elegante traje. La frialdad era un disfraz. En última instancia le pareció hasta bien aquella demostración de lo que tendría que aguantar él de cargos superiores. Siguió con su exposición, detallando todo lo que sabían del malnacido, de su arma y de sus posibles movimientos antes y después del fatal disparo que acabó con Alberto. Parecía evidente que el asunto apuntaba a crimen premeditado, ejecutado en paralelo con la operación Resplandor.

Alcácer salió de la reunión. Le esperaba un taxi. Una vez dentro tuvo que contener alguna lágrima por el pobre policía. Lo conoció en su momento, cuando se montó el operativo para dar caza al asesino de Google Maps.

Lo que Alcácer no había comentado en la reciente reunión, porque no tenían aún bases sólidas, eran sus sospechas de que la muerte de Alberto estaba relacionada con el caso del Asesino de Google Maps.

Cuando estuvo en Logroño el año pasado, alguien le puso al corriente de una posible relación sentimental entre Alberto y Diana. Ahora Alberto había fallecido mientras que Diana era requerida por el FBI para algún particular sobre el caso del Asesino de Google Maps.

Sin duda para llegar al asesino de Alberto debía primero volver varios pasos atrás, hasta finales del invierno del año pasado.

Y de entrada se le ocurrían varios cabos sueltos al respecto. La propia Diana; el tipo del Volvo que raptó a Salma y que lanzó al embalse a la víctima… Tenía que volver a hablar con él, el tal Besnik no sé qué. Sin olvidar al amigo de Diana y de Alberto, el tal Carlos aficionado a un juego de posicionamiento en Internet. Sin él jamás podrían haber cercado al asesino.

Demasiados frentes. Tenía que sentarse y plantear un plan de acción. En ese momento necesitaba relajarse. Qué lástima que el cabronazo de Abraham Gascón hubiera cerrado su canal. Al salir de esa reunión

necesitaba unas dosis de tranquilidad, de espíritu optimista, de esperanza en el ser humano. Pero incluso el gurú del amor le había abandonado para meterse a político.

Capítulo XI

Durante el funeral de Alberto, Salma y Carlos permanecieron al lado de Diana en un discreto cuarto banco frente al altar. Los padres de Alberto ocupaban los primeros asientos en la Catedral de Logroño donde se oficiaba el funeral con toda esa decorosa y a la vez siniestra pompa de los fallecidos en acto de servicio.

Desde el año pasado ambas parejas habían trabado una cierta amistad. Conforme lo de Diana y Alberto se iba haciendo público, podían ya salir en pareja por la ciudad. E incluso habían ido a una casa rural en los Pirineos. Y los niños de Salma y Carlos ya los llamaban tío y tía.

Lo pasado con el asesino de Google Maps había ido ocupando el espacio de lo anecdótico. Desde el rapto de Salma como escarmiento a Carlos por indagar sobre él; o la persecución en improvisado equipo tirando de un recurso tan extraoficial como el GeoGuessr; o el día en que estuvieron a punto de pillarlo finalmente. Desde Logroño para el mundo. Habían conformado un equipo que estuvo a punto de capturar al criminal más buscado.

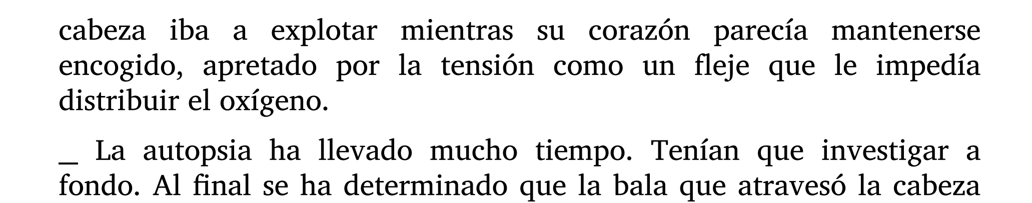
De vez en cuando aún se permitían bromear entre todos ellos por si Carlos había vuelto a descubrir algo extraño en sus viajes vía Street view o en sus partidas de GeoGuessr. Aunque en el fondo un cierto desasosiego permanecía. Porque el asesino seguía suelto y ellos habían sido quienes más cerca habían estado de capturarlo.

Pese a que Diana y Alberto, como buenos policías y mejores amigos, se empeñaban en tranquilizar a Carlos y a Salma, la idea de que el maldito administrador podía estar siempre espiándolos, permanecía.

En ese momento, mientras la banda de música de la Policía Nacional se ocupaba de acompasar alguno de los momentos de recogimiento de la homilía, todo aquello había acabado de la manera más inesperada. Diana deseaba abrazarse a los padres de Alberto. Pero aún no habían dado ese paso hacia la familiaridad. Reservas de su amor ya maduro. Tan solo un frío pésame ya en el cementerio.

Después del entierro, Carlos y Salma se ofrecieron para llevarla a casa. Ninguno de los dos conocía las especiales características de la bala perdida que acabó con Alberto. Diana sí. Información y datos que la mantenían en alerta por encima del dolor. Con su cabeza agachada en el asiento trasero del coche de Salma, Diana lloraba desconsolada entre el desconsuelo y la rabia. Y sentía que no podía contenerlo todo.

Cuando estaban a punto de llegar al piso que Diana había compartido con Alberto en Cascajos, Diana no pudo más. Llevaba ya tres días sin apenas dormir. Intuyendo que algo más estaba pasando. Sentía que su


cabeza iba a explotar mientras su corazón parecía mantenerse encogido, apretado por la tensión como un fleje que le impedía distribuir el oxígeno.

_ La autopsia ha llevado mucho tiempo. Tenían que investigar a fondo. Al final se ha determinado que la bala que atravesó la cabeza de Alberto no era una bala cualquiera. Se trataba de un armamento específico de fusiles VSS rusos. Menos distancia que otros, pero muy silencioso.

_ Diana, vamos a estar contigo siempre. Todo esto es una pesadilla. Vente a casa con nosotros unos días, por favor – Salma se expresó con sinceridad, ya se lo venía diciendo a su querida amiga desde que acudieron en su ayuda en cuanto supieron los hechos. La frialdad con la que había empezado a hablar Diana la asustaba. Salma imaginaba lo sola que se sentía Diana en el mundo sin familia alguna.

_ Gracias, Salma. No hace falta – entre las lágrimas una nueva frialdad tomó forma en el rictus serio de Diana. Una vez que había empezado a contarlo todo, no quería parar – Lo que quiero decir es que la bala que mató a Alberto no le alcanzó de manera accidental.

Un francotirador a cientos de metros le acertó en la cabeza con munición nunca vista en España. Por eso se ha tomado como un asunto separado de la propia operación Resplandor Y no me puedo fiar de nadie más que de vosotros. Porque… ¿Cómo supo el asesino que Alberto iba a estar ahí? ¿Un topo? ¿Tenían nuestras comunicaciones pinchadas?

_ ¿Quieres decir que iban a por él? – Carlos se giró desde el asiento de conductor. Lanzó su pregunta entre el miedo y la sorpresa.

_ No tengo ninguna duda, Carlos. Y lo único que se me ocurre es el maldito asesino de Google Maps.

_ No sé, Diana. Alberto tampoco parece que fuera un blanco del asesino de Google Maps – comentó Carlos desviando el foco de aquella acusación. De inmediato empezó a tener reservas sobre la procedencia de esa conversación, a tenor del personaje al que se podían estar enfrentando. Si es que Diana tenía razón.

_ Me quiere a mí – Diana retiró su mirada hacia la ventanilla del coche. Su voz volvía a quebrarse -. Han contactado conmigo desde Estados Unidos para que vaya para allá a actuar como interlocutora de ese hijo de puta.

Carlos entendió que ya sí todo tenía sentido. Aparcó en un sitio libre que encontró cerca del portal de Diana en la calle Fernán Caballero e invitó a las dos mujeres a subir a casa. Antes de salir, dejó su móvil en

la guantera sin decir palabra. Y por gestos invitó a ambas a hacer lo mismo.

El piso de Alberto y Diana tenía vistas al norte y al este. La luz de tarde ya no alcanzaba a iluminar el amplio espacio del salón anexo al hall. Los tres se sentaron en el sofá. Salma y Carlos rodeando a Diana. Sobre el sofá una manta abandonada. Diana la recogió sobre sus piernas y se aferró a ella. Como buscando ese testimonio que los que se van dejan marcado en las cosas.

_ Diana, si tienes razón estoy dispuesto a ir contigo a Estados Unidos para matar a ese malnacido.

Salma puso un gesto contrariado, buscando una mirada de su marido que no encontró.

_ No creo que haga falta, Carlos – aseguró Diana, ascendiendo sus gafas de sol sobre su melena, retirando así su cabello negro hecho refugio de su cara hasta ese momento. Sus ojos se ensombrecían con unas ojeras al carbón. Sus ojos negros habían transformado su brillo de obsidiana en un tímido fulgor fatuo. Carlos pensó en una especie de belleza dramática que le encogió el corazón.

_ Pero no podemos estar tranquilos contigo, estando allí sola. No podemos comunicarnos sin la tranquilidad de no estar siendo espiados. Ya sabes cómo se las gasta ese tipo.

_ No os preocupéis, amigos. Estaré bien. Y si hace falta conseguiré contactar con vosotros. Quizás seáis mi única opción. No puedo fiarme de apenas nadie.

Lunes 31 de marzo 2025

“La política no tiene relación con la moral”

Maquiavelo

Capítulo XII

Al despertar de la decimoquinta cabezada, entre sueños incómodos, Diana observó en la pantalla frente a ella que apenas quedaba media hora para llegar a su destino, el aeropuerto de Los Ángeles. Curiosamente había dormido más en aquel viaje que en todos los días anteriores desde la muerte de Alberto. También era cierto que las cómodas butacas en *Business Class* aislaban del mundo.

Miró por la ventanilla. El cielo de Los Ángeles la recibía encapotado. Ella que esperaba una ciudad soleada… Parecía que sus pensamientos brumosos se extendían a todos los ámbitos de su realidad.

Buscó de nuevo las fuerzas que la habían conducido hasta Los Ángeles sin apenas darse un tiempo para sobrellevar el duelo. Desde el FBI insistían en su presencia. Su ánimo de vengar a Alberto encajaba también con esa premura por encima de cualquier otra sensación de desaliento.

En sus manos seguía la carta del asesino de Google Maps, la que le había reenviado el agente especial Liam Moore. Para colmo de males, el asesino, el administrador, parecía alardear de algún rasgo infantiloide. El adjunto parecía una carta escrita a máquina, posteriormente escaneada.

Aquello era obra de una especie de niño caprichoso o de un retorcido romántico, capaz de todo y convencido de actuar magnánimo en su búsqueda, para sabe Dios que fin. El documento estaba más que leído. Cada párrafo analizado al detalle y anotado por parte de Diana.

“Nada es casual, Diana. Desde lo más agradable que nos acontece, como el hecho de que entráramos en contacto, hasta las adversidades que a todos nos sobrevienen. Todo forma parte de un guion con momentos de ventura y desventura”.

Algún trauma. El muy hijo de puta ha sufrido de lo lindo y está haciendo pagar al mundo esas desventuras que indica.

“Y ahora es el momento de que por fin nos conozcamos más en persona. Necesito descubrirte tal como eres, fascinarme con tus momentos más brillantes y acompañarte cuando las cosas no salen bien”.

¿Conocernos más en persona? o tal vez quería escribir… conocernos más, en persona. Puede ser un simple olvido de la coma o realmente lo conozco de algo. La primera opción apunta a que ya me conoce. Tendría más sentido que se haya empeñado en traerme hasta aquí si realmente me conoce.

“Tengo planes para los dos. Estoy seguro de que al final me entenderás. Soy muy capaz de hacer que lo entiendas todo. Por eso he pedido a nuestros amigos del FBI que te traigan más cerca”.

¿Para qué mediar con el FBI? Lleva a su enemigo a las puertas de su detención. Él está convencido de que está a salvo de todo. Solo así puede actuar con esa suficiencia.

Quizás pueda justificar que, cuando actuaba como el administrador del sistema él solo facilitaba los servicios de sicarios, de alguna forma en la que no se le pueda imputar responsabilidad alguna. Si fuera así, solo quedaría la opción del asesinato de Alberto, completamente vinculado con esa relación propuesta entre el asesino y yo.

“Soy capaz de explicarles a los chicos del FBI como era todo el entramado de mi club de asesinos después de estar contigo. Porque con eso mi misión en este mundo estaría completa”.

Está completamente loco. Pero eso puede jugar a mi favor. Solo yo tengo la posibilidad de detenerlo.

Cuando el avión aterrizaba, la tarde caía en Los Ángeles. El desembarco para los de primera clase también era mucho más ágil de lo que Diana estaba acostumbrada. Al atravesar la zona de llegadas, un taxista uniformado sostenía el cartel con su nombre y su apellido.

Al acercarse hasta él y saludarle, el joven conductor, un chico negro, se ocupó de las pesadas maletas en dirección al taxi en la salida del aeropuerto.

No pasarían de los veinte grados. Aún así Diana agradeció la diferencia el incremento respecto a los diez grados de máxima que venían dándose en Logroño en las últimas semanas. Siguió al taxista contemplando aquella zona atestada de gente, de abrazos de llegada o de despedida. La misma efusividad en uno u otro caso.

El cálido recibimiento de Los Ángeles contrastó en Diana con una repentina e intensa sensación de soledad. Aquella idea manida en lo literario…, lo de sentirse sola estando rodeado de gente. La incomodidad de comprobar que todo el mundo llega a un destino donde alguien le espera, salvo a ella. Quizás la idea de Carlos de acompañarla no hubiera sido tan descabellada.

Su taxista que le iba poniendo al día sobre detalles referentes al tráfico y el tiempo estimado de llegada al hotel, se dispuso a cargar las maletas en el coche. Diana le ayudó aproximándoselas al maletero.

El trayecto hasta el hotel Intercontinental, en el downtown de Los Ángeles les llevó algo más de una hora. El joven conductor resultó bastante comedido para la etiqueta habitual de los de su gremio. Trató

de conversar con Diana en momentos puntuales sobre el Real Madrid, la tauromaquia o la gastronomía. Al no encontrar mucha réplica, lo dejó por imposible y se limitó a ir indicando las zonas por las que iban pasando al atravesar media ciudad.

Cuando Diana llegó a su suite del hotel, dejó las maletas sin deshacer y se tumbó en la cama sin desvestirse. Incluso tumbada divisaba una fascinante estampa de la ciudad ya encendida. Aunque desde la privilegiada altura de la planta 30 de su suite la noche no se completaba en el horizonte. El sol aún destellaba en fulgores rojizos allá al fondo.

Pero Diana apenas pudo disfrutar de las increíbles vistas. Aunque quizás gracias al juego de luces entró en una fascinación casi onírica y cayó dormida de manera más rápida. Estaba rota física y psíquicamente.

Capítulo XIII

Toda California y medio Estados Unidos estaba esperando el cara a cara entre Robert Miller y yo, Fred Jurado. Como si de la final de la Super Bowl se tratara. Las espadas estaban en todo lo alto tras la intervención de Robert Miller en el programa GIT de la FOX. Ese maldito hijo de perra había soltado las peores infamias contra mí.

La audiencia de GIT con Miller fue brutal. No por él sino porque se quedó a gusto despotricando sobre mí. Y eso había puesto en alerta a otras cadenas. Finalmente, la NBC se había llevado el gato al agua. Cierto era que yo mismo me ocupé de mover sus hilos para provocar ese cara a cara con Miller. Pero tampoco Miller parecía tenerme miedo. Seguramente porque en cuestiones de manejos políticos y debates, se consideraba mucho más forjado que Fred. Le iba a demostrar lo equivocado que estaba.

De inicio, el Partido Demócrata no veía con buenos ojos un encuentro tan a destiempo entre sus potenciales candidatos. Consideraban que solo podía salir derrotado el partido. Me ocupé de aclararles que salir en la tele como oponentes políticos aún tan anticipadamente a las elecciones, nos beneficiaba. Que así empezábamos a anular al partido republicano en California como opción política. Cuando llegara el momento ya nadie pensaría a qué partido votar sino en qué candidato demócrata sería el más idóneo para representar a California.

Yo represento la juventud y el futuro, o al menos eso es lo que he transmitido con mi equipo. En mi lado opuesto Robert Miller tiene ganada por ahora la confianza de las multinacionales, de Wall Street, de la asociación nacional del rifle y seguramente hasta de la cooperativa de cowboys de Montana.

Miller tenía la imagen de un tipo demasiado formal para el lado demócrata pero también transmitía seriedad y eficiencia. Esas posibles carencias mías las solucionaré en su momento con unos buenos fondos.

_ Se trata de que seas tan elegante como capaz de anular a ese cerdo de Miller. No te dejes llevar a su terreno. Sabe ensuciarlo todo y salir del barro hecho un dandy - He aprendido a escuchar atentamente a Ryan. En momentos de tensión como este sé que merece la pena tenerlo en cuenta. Está hecho un puñetero coach instantes antes de soltar a su púgil al ring.

Ryan sabía que la intervención de Miller en el programa GIT me había tenido muy disgustado. Pero ahora ya tengo la situación encauzada. Por eso hoy ya no necesito más ánimos y desconecto mientras me sigue arengando.

Otras cosas me importan más. Porque ya sé que Diana ha llegado a Los Ángeles. Su vuelo ha cumplido escrupulosamente el horario. Y en la recepción del hotel Intercontinental ya he visto que ha hecho el registro hace un buen rato. Nada puede salir mal esta noche.

Entro en el plató instantes antes de lanzarnos al directo. Tengo claro que solo puede quedar uno para inscribir como candidato demócrata en la Comisión de Elecciones Federales por California y ese iba a ser yo. Luego ya me ganaré a los compromisarios que hiciera falta para terminar por encaramarme a la candidatura general hacia la Casa Blanca. Pero los pasos son los pasos. Y hoy me toca interpretar mi mejor papel.

Tengo a Miller a mi izquierda. Me parece un tipo ridículo, sin carisma para el mundo actual. Igual te podría vender un billete de tren tras la ventanilla de una estación, que conducirte hasta tu asiento en el cine vestido de botones. En cierta forma me da lástima. Nos miramos y nos sonreímos. Cero acritudes ya, amigo Miller.

Debo haberlo puesto nervioso con mi fingido saludo amistoso, porque antes de empezar, Miller toma ya su primer trago de agua del vaso amablemente dispuesto por el servicio de catering del programa.

El presentador es David Clark. Al entrar en la NBC me ha confesado que fue suscriptor de mi canal de youtube. He supuesto que eso era bueno para mí, porque me ha guiñado el ojo después de saludarnos.

El regidor anuncia que quedan cinco segundos. David ya dibuja su sonrisa para una cámara que llega desde el fondo del plató, donde un selecto grupo de personas nos acompañan para aplaudir o abuchear, lo que toque.

_ Buenas noches desde Los Ángeles para toda California – La mejor sonrisa de David Clark para sus televidentes – Esta noche nuestra tertulia habitual se va a transformar en un debate un tanto atípico – David se va acercando a nosotros. La cámara le sigue como al encantador de serpientes – A este lado tengo a Robert Miller – una presentación anodina, intencionada o no, sin eco entre el público – Y al otro tengo a Fred Jurado – aplausos espontáneos, la gente aún sigue a mi lado.

Pero David Clark tiene que detener repentinamente su presentación. Por el rabillo del ojo observa que Miller se tambalea. Qué rapidez. El agua mágica no me ha dado tiempo ni a darle un poco de cera a Miller. Me toca actuar de inmediato, tal y como tenía medidamente preparado cuando el veneno actuara en el cuerpo de mi enemigo.

Miller cae al suelo con estrépito. Me dispongo a ayudarlo rápidamente. En mi precipitado acercamiento tropiezo con el atril de

Miller y todo cae al suelo, sus papeles, el agua... No me importa el dolor del impacto. Lo primero es atender a Miller.

Me acerco a él y reclamo gritando una ambulancia. Desabrocho su corbata, pongo mis manos en su pecho, donde su corazón improvisa sus últimos latidos, como el final de una melancólica sinfonía de Wagner.

No sé muy bien cómo va eso de la reanimación cardíaca, pero trato de aparentar que presto a Miller un último servicio. Muevo mis manos sobre su pecho intentando recuperar su corazón. Me acerco a él como tratando de escuchar su respiración, con la cabeza girada contra las cámaras.

Aprovechando la posición, y antes de que deje de respirar me dejo llevar por un rencor sin un ápice de humanidad. No me enorgullece ese sentimiento. Pero me sirve para dedicarle, en un susurro, las últimas palabras que va a poder oir…

_ Muere, hijo de puta.

De verdad que en el fondo no odié a Miller. Todo es por el bien mayor, el plan maquiavélico que todos entenderán en su momento.

Después llegan las primeras asistencias médicas. Me aparto con mi mejor gesto descompuesto y dejo que sean los profesionales quienes aborden la misión imposible de recuperar a Miller. Porque el veneno diluido en el agua es tan letal como indetectable una vez metabolizado. “Efecto sin causa”, como encontré referenciado en uno de mis sitios de cabecera en la dark web. Oficialmente, el pobre Miller padecería de alguna cardiopatía no detectada hasta ese momento.

En cuestión de minutos las búsquedas sobre Fred Jurado o Robert Miller son tendencia en todas las redes. La televisión cortó cuando llegaban las primeras asistencias médicas. Pero todo el mundo puede ver como yo, Fred Jurado, me acerco sin dilación para intentar salvar a Miller. Y ese corte es el que recorre Internet a una velocidad de vértigo. Voy a ser el nuevo héroe nacional.

Martes 1 de abril 2025

“Nunca intentes ganar por la fuerza
lo que puede ser ganado por la mentira”.

Maquiavelo

Capítulo XIV

Pedro Alcácer se había desplazado hasta la cárcel de Soto del Real. Algo muy atípico en su condición de Director General de la Policía Nacional. Pero quería participar en el interrogatorio de Besnik Ademi. Se le antojaba que aquel tipo encargado de liquidar y abandonar en el embalse de Laverné a Francisco Macías, además de raptar a Salma, podía saber algo del fusil VSS usado para matar a Alberto Macías.

Besnik tenía por delante años y años de cárcel. Con el paso de los primeros meses desde los hechos, quizás se le pudiera aclarar la memoria sobre su pagador, si se le ofrecía algún pacto que pudiera mejorar sus condiciones.

_ Ya sabemos que no tienes ni idea de dónde llegaba el dinero, Besnik – insistió Felipe, el interrogador, un tipo flemático en sus gestos, pero insistente hasta la extenuación. Según le indicaron a Alcácer sus compañeros al otro lado de la cabina desde donde seguían el interrogatorio.

_ Seguramente pienses que todo es cuestión de paciencia. Unos añitos en la cárcel y después a disfrutar de algún fondo que te tiene preparado tu jefe.

Besnik no hacía mención alguna de interés, tan solo una mueca de indiferencia, una contracción del rostro que unía el surco de su media sonrisa con la cicatriz en su pómulo.

_ Pero aquí no veo a los abogados de tu jefe – Felipe miró a uno y otro lado con cierta teatralidad –. Nadie ha venido a defenderte. Estás más solo que la una en esto.

_ Tampoco se está tan mal aquí – aseguró finalmente Besnik fingiendo indiferencia.

_ Claro, claro – se reclinó Felipe pasando las manos sobre su nuca. Esto es el puto paraíso ¿verdad? ¿Ya has pensado en lo que puede pasar dentro de unos años? Quizás ahora te hagas respetar aún. El asesino de sangre fría al que nadie se atreve a tocar. Pero de aquí a poco tiempo serás un pobre viejo, una presa fácil para la jauría que tienes ahí dentro. Ten paciencia, date tiempo para atravesar el peor infierno.

_ Y tú has venido a librarme de ese infierno que supuestamente me espera si no acabó por colgarme en mi celda ¿no? – abrió las manos Besnik todo lo que pudo con sus esposas cernidas sobre las muñecas – Este nuevo interés en mí me despierta cierta curiosidad – Besnik adoptó la postura de Felipe, una serenidad expectante.

_ Bueno, hay cosas en las que quizás puedas ayudarnos – Felipe apoyó sus codos en la mesa y lo miró con gesto de asentimiento – Y las ayudas siempre son bien recibidas de cara a la revisión de condenas.

_ Venga, véndeme esa moto, como decís por aquí.

_ Se ha encontrado munición para fusiles VSS en una refriega durante una intervención policial. En Logroño para más señas, donde tú estuviste al encargo del rapto de Salma Tobajas.

_ Y se habrá encontrado en el corazón de algún poli ¿no? – no te enfades, amigo, continuó Besnik al ver el gesto contrariado de Felipe -. Si no, no estarías aquí soltándome todo esto.

_ No seas tan hijo de puta, Besnik – se aproximó Felipe hasta encontrarse a pocos centímetros de él -. La cuestión es la asquerosa coincidencia. Tú en Logroño y un francotirador meses después disparando también por ahí.

Podría ser que un buen fiscal encontrara de oficio, gracias a nosotros, algún indicio que te vinculara con la bala del VSS. Más cargos para tu condena. O podría ser que si nos ayudas ese mismo fiscal considere que tu cooperación apunta a un arrepentimiento a considerar, y dejarte ir a tu país con una orden para que no pises más España. Porque eso sí, no te queremos ver más por aquí salvo que sea para enterrarte.

_ No se enfade, agente – Besnik ya rió abiertamente – Para mí o para ese tipo del VSS, al que no conozco de nada, esto son negocios. No tenemos ningún tipo de animadversión hacia nadie. Se nos paga por nuestros servicios, sin más.

_ Claro. Y eso nos lleva a la cuestión inicial. Que quizás no entendiste bien por esto del idioma. ¿Desde dónde llegaba el dinero, Besnik?

_ Ustedes lo saben igual que yo. No tengo ni idea de cómo se puede mover la pasta hoy en día desde Panamá o el paraíso fiscal que sea hasta una cuenta corriente a mi nombre en Kosovo.

En ese momento se le encendió la luz a Felipe…

_ Y seguramente así consigues que tu familia disfrute del dinero que te has ganado. Eso está muy bien. Los fundamentos de las migraciones actuales son conseguir sacar de la pobreza a la familia.

Pero podríamos incidir en esos fondos, en requisarlos o solicitar todos los movimientos. Incluso podría negociarse un reconocimiento de Kosovo como país independiente a cambio del acceso a ese dinero, si tu actitud sigue tan dura como hasta ahora. A España se la soplan los movimientos nacionalistas balcánicos frente a un problema de seguridad nacional. No sé si tienes por ahí algún hijo. Seguro que ellos

o tus padres están viviendo bien ahora gracias a ti.

_ Ha tocado hueso – aseguró Alcácer desde el exterior de la cabina, parapetado por el cristal que los separaba de la sala de interrogatorios.

_ Lo que sé es de oídas – contestó Besnik segundos después.

_ Suficiente para que dejemos de tocarte las pelotas con nuestras cosas de polis pesados, dispuestos a todo por el asesinato de un compañero.

_ Tenemos una especie de jefe, Arben Hasani. Él se encarga de reclutarnos en Pristina. Kosovo es el lugar perfecto para que jóvenes como fui yo, estemos dispuestos a buscarnos un porvenir a cualquier precio.

Felipe simplemente dejó que Besnik se explayara. Ese arranque más íntimo anunciaba grandes testimonios.

_ Yo solo estuve una vez en casa de Arben. Nos hacía una especie de entrevista. Después la formación más militar se realizaba en algún centro a las afueras de la ciudad. La segunda y última vez que vi a Arben fue muchos años después y con varios servicios ya prestados.

Me llevó a su casa y me contó que tenía un gran negocio para mí. Me pidió un número de cuenta corriente para los ingresos. Me pareció ridículo, temerario. Le dije que prefería que me siguiera pagando en metálico.

_ El muy hijo de puta no contó nunca nada de todo esto – protestó Alcácer al otro lado.

_ Los pagos iban a llegar desde otros países. Y una vez llegado el dinero a mi cuenta nadie podría meterle mano.

_ Claro. Las particularidades políticas de Kosovo convierten tu país en un limbo perfecto. No para conformar un paraíso fiscal dada su inestabilidad, pero sí para salvaguardar cualquier dinero negro sin que policía alguna pueda meter mano fácilmente.

_ Arben lo sabía, tú lo sabes y yo lo sé. Perfecto señor agente… La cuestión es que entre copas Arben se animó a hablar conmigo. Y me dijo que el dinero llegaba de algún fondo de un tipo de Estados Unidos. Supongo que si ese tipo supiera todo esto que me contó Arben, el intercambio comercial se habría suspendido de inmediato.

_ Y entre copa y copa, Arben habló mas de la cuenta – recuperó el hilo Felipe. Su corazón latía desbocado. Tenía a Besnik rajando a tumba abierta. La posibilidad de que su familia, sus padres, hermanos o quienes fueran, se quedaran sin dinero le había provocado una verborrea hemorrágica.

_ Sí, Arben habló. Pero estamos atravesando los límites de la intimidad – fingió indignación Besnik para terminar bromeando – Ya sabe, la protección de datos y todo eso. Para ser tan desleal con un amigo debo tener alguna deferencia por vuestra parte.

_ Está bien, Besnik. Como entenderás, tu revisión de condena no es algo que te pueda firmar yo ahora mismo. Tengo que salir a comentarlo.

Fuera de la cabina Alcácer ya había empezado a tirar de móvil para intentar hablar con Javier Fórcola, el secretario de Estado de seguridad.

Cuando Felipe se incorporó al grupo estaba eufórico.

_ Joder, si conseguimos que algún puto fiscal o quien sea considere la revisión de la condena, acabaremos por tener al hijo de puta que mató a Alberto Macías.

_ Y puede que tuviéramos también al asesino de Google Maps – aseguró Alcácer con cierta contrariedad por no ser atendido en su primer intento de llamada.

Capítulo XV

Una vez recuperada del desajuste horario, Diana se dispuso para la cita con Liam Moore en la sede del FBI en Los Ángeles. Llegó a las ocho de la mañana y en la misma puerta se le presentó el propio agente Moore.

_ ¿Inspectora Diana Silvera? – preguntó dubitativo al verla llegar.

_ Sí, encantada – Diana ofreció su mano que se perdió en la de Liam. Un tipo que rondaría el metro ochenta pero que, dada su delgadez aparentaba ser más alto. Su rictus trataba de transmitir simpatía, pero denotando subrepticiamente ese cansancio que alcanza hasta la piel del rostro.

_ Soy Liam Moore, digamos que su enlace en Los Ángeles para el caso del AGM. Habrás visto que en el FBI te recibimos con los brazos abiertos – continuó Liam con su estudiada afabilidad -. Te hemos alojado en el Intercontinental uno de los mejores hoteles de Los Ángeles, con una de las mejores vistas de la ciudad, según me han dicho.

_ Según le han dicho…, o sea que ya he visto yo más que usted desde ese maravilloso hotel – se atrevió a bromear Diana mientras consideraba lo de las siglas AGM como algo que le iba a tocar usar allí para hablar del asesino de Google Maps. Lo del correo electrónico con el adjunto AGM no era simple abreviatura. Ahora lo repetía el agente especial Moore con la naturalidad de quien ya lo tiene bien interiorizado.

_ Sin duda. Tengo pendiente subir algún día hasta la azotea del Intercontinental. Si es que el trabajo me lo permite en alguna ocasión.

_ Están muy volcados en el caso del AGM, entiendo – se interesó Diana mientras Liam le abría la puerta del edificio franqueándole la entrada.

_ Sin duda - repitió fórmula Liam como nueva entradilla a su intervención –. Tenemos a medio FBI tras su pista. Todos nuestros recursos dispuestos, humanos y tecnológicos…

_ Precisamente en esa parte es donde más cuidado debemos tener. El AGM se maneja como nadie en las redes, en Internet, en cualquier forma de comunicación que no sea el diálogo directo. Así es como estuvimos a punto de alcanzarlo en la anterior ocasión. Nos reunimos sin teléfonos móviles y planteamos un seguimiento que finalmente no fructificó de milagro.

_ Ya recuerdo – confirmó Liam una vez en el interior del ascensor

hacia la decimocuarta planta de su despacho -. Nos llegó la información de que desde España se le pudo acorralar por medio del juego ese de localización, el Geoguessr.

_ Sí. Pero tuvimos que ser muy cautelosos. Poca comunicación digital. Incluso para este viaje hemos decidido prescindir de las llamadas para ponernos al corriente. El director general de la Policía Nacional, Pedro Alcácer no tiene previsto llamarme para asuntos del AGM de no ser que sea algo imperativo que requiera de una acción inmediata para cazarlo.

El ascensor pitó como aviso de llegada. Diana perdió la vista entre los diferentes puestos, la mayoría vacíos en ese momento. La gente se reunía en grupos y, de lo que les escuchaba en su inglés versión acelerada made in USA, entendió que hablaban de la muerte repentina de alguien, de algún personaje conocido, entendió.

_ Normalmente la gente está trabajando – bromeó Liam al observar que Diana perdía la vista entre la gente levantada de sus puestos -. Pero, además de que ahora mismo suele ser la hora del café, estamos en un día raro. Quizás no te hayas enterado después de un viaje tan largo.

_ Pues no, no me he enterado de nada – se encogió de hombros Diana. Su nueva situación requería de su atención más completa. Y de alguna forma esa primera toma de contacto con el FBI la estaba sacando de su parcela personal, con sus lacerantes heridas internas.

_ Ayer hubo un debate entre dos candidatos demócratas por California – avanzaron por el corredor lateral hacia el fondo de la gran sala iluminada excesivamente para Diana. Llegaron al despacho de Liam y de nuevo éste le franqueó el paso – Aún no había empezado el debate y Robert Miller se desplomó al suelo y murió de inmediato. Un infarto fulminante.

_ El candidato por California no era el joven político ese… - Diana recordó alguna noticia vista en televisión en sus lejanos días en España, antes de la tragedia de Alberto.

_ Sí, Fred Jurado era el otro interviniente en el debate – Liam se sentó en su silla, sacó un dosier de su cajón y lo puso del lado de Diana mientras la invitaba a tomar asiento -. Un tipo demasiado joven para mi gusto. Cumple con el mínimo legal pero no es más que un niñato, un influencer harto de todo el dinero que heredó de sus padres. ¿Le suenan las refinerías Jurado? Su padre manejaba todo el puñetero oro negro desde Chile hasta Canadá.

_ Pffff. Un niño rico soñando con la Casa Blanca – replicó Diana empapándose de las cuatro nociones gratuitas de Liam - ¿Qué puede

salir mal?

Liam rió abiertamente. En esa ocasión sí que Diana pudo detectar relajación en él.

_ Pues aquí tienes el expediente sobre el AGM. Todo tuyo. No esperamos que hagas magia y que des con él, abrumándonos a todos. Pero si ese puñetero criminal te ha reclamado, será por algo.

Diana avanzó entre las páginas del dossier. Pronto se dio cuenta de que la parte sobre Dorotha Brown conformaba un extenso bloque independiente. Su fotografía parecía sacada de un book de modelos o actrices.

_ Ella es la clave… ¿verdad? – aseguró Diana sin levantar la cabeza del expediente. Finalmente convirtió la obviedad en una pregunta.

_ Ella podría ser la clave – puntualizó intencionadamente Liam – Porque lo hemos intentado todo. Su entorno está barrido de cabo a rabo.

_ Solo la mujer maravilla podría hacerse invisible. Alguien tuvo que ver a Dorotha, desde las cinco de la tarde del 19 de marzo de 2024 en que desapareció – Diana señaló el párrafo donde se apuntaba a esa hora como último momento en que alguien la vio -, hasta el momento en el que la casa de Santa Mónica saltó por los aires.

_ Créame, Inspectora Diana. Está todo más que intentado - La primera impresión de Liam fue que, solo si el AGM se ponía en contacto con Diana Silvera, una vez llegada hasta Los Ángeles, tendrían algo que hacer.

_ Pero vamos a seguir intentándolo. Si ese maldito asesino me quiere aquí es porque formo parte de su juego. Y espero que conmigo aquí surjan más pistas. No obstante, Liam. Insisto en lo que te he dicho al principio. Creo que debemos actuar con máximo recelo en nuestras comunicaciones…

_ No te preocupes por eso – Liam abrió su cajón y le entregó un terminal telefónico -. Es un cryptophone. Nadie, ni el mismísimo AGM podría acceder a llamadas desde ese teléfono. Por tu seguridad y por el bien de la operación. Además te vamos a dar un acceso al programa Viewfinder, un sistema muy fácil de usar que puede ser bastante útil para investigaciones en Internet.

_ Gracias, Liam – replicó francamente Diana.

_ Ah, y para tu completa seguridad… – Liam siguió buscando entre sus cosas en el cajón y le entregó una pequeña taser -. Con este juguetito podrías dejar KO a cualquiera durante unos segundos. No sé cual es el plan del AGM, pero debes andar con pies de plomo.

Capítulo XVI

Diana tenía poder de convicción. Sin saber muy bien cómo, Liam conducía hacia el lugar donde estuvo la casa del AGM para enseñarle la zona. Pero además de esa capacidad de persuasión, Diana tenía un encanto que Liam pronto sopesó como una posible motivación del AGM. El puñetero loco quizás solo actuara con ella como un hombre enamorado.

Diana tenía cuarenta y un años, según rezaba su expediente. Una mujer sumamente interesante en lo poco que había conversado con ella. Bajo la perspectiva de Liam, tirando de estereotipos iniciales, Diana tenía ese encanto exótico de su origen español.

Unos ojos negros de abismos brillantes, unas facciones proporcionadas y unos labios finos pero sugerentes. En una apreciación que Liam entendió como más objetiva, más aséptica, también se atrevió a valorarla como una mujer guapa. Compendiándolo todo, el atractivo de Diana era innegable.

Asegurándose a sí mismo de que actuaba por simple curiosidad profesional, Liam también había analizado su físico al completo. Rondaría el metro setenta. Bajo su camisa azul celeste se podían adivinar unos pechos firmes, con truco o sin truco. De cintura para abajo le había costado más indagar para extraer información complementaria con la que cerrar el expediente de su imaginación. Pero le había parecido descubrir unos muslos apretados y un culito proporcionado y respingón.

Más allá de las someras valoraciones del pobre divorciado con visos de viejo verde, Liam empezaba a cogerle el punto a Diana. Como compañera, amiga y confidente. La típica persona con la que entablar una amistad fácil.

Cuando llegaron a Santa Mónica, Diana observó que la gente se movía por la calle con esa sensación de ocio perpetuo de los habitantes de un distrito privilegiado. Aunque ese ocio también era compartido por algunos otros sin ocupación que habitaban entre bancos y callejones.

_ ¡Vaya! Una ciudad de contrastes Santa Mónica ¿no? – apuntó Diana a Liam.

_ ¿A qué te refieres, Diana?

_ Gente haciendo deporte, coches deportivos, casas de lujo… y bastantes vagabundos.

_ Santa Mónica lo tiene todo, sí. Es un lugar privilegiado. Pero las políticas sociales de la ciudad favorecen esa extraña mezcla. La

intención puede ser buena, pero los resultados suelen ser siempre deficientes – Liam tomó una vía que transcurría bordeando el mar.

Abandonando la zona más urbana bordeando la costa hacia el norte, pronto llegaron hasta Roca Chica, 20494, la dirección de la casa del AGM. Sin salir del coche, Liam señaló hacia donde estaba la casa.

_ Ahí la tienes. Desde ahí operaba tu amigo – bromeó Liam.

La broma sobre la supuesta amistad con el AGM no sentó nada bien a Diana. Ese "amigo" podía ser el culpable de la muerte de Alberto y ahora la reclamaba allí para sabe Dios qué capricho oscuro. Algo que la inquietaba pero que a la vez le daba fuerzas. Él la quería y la iba a encontrar…

Diana salió del coche con sus papeles en la mano y se acercó hasta la zona. Un vallado servía de perímetro para toda la finca. Desde la parte frontal, con vistas al Pacífico, aún se podía apreciar la piscina modelo infinity, de aguas negras ahora.

Frente a ella se levantaba lo poco que quedaba de lo que fue la vivienda. Cuatro paredes, cristales en los suelos y un revoltijo de enseres de alguna forma ordenados en las revisiones de la policía científica. Parecía que aún se podía oler a pólvora y humo.

Liam se acercó por detrás y abrió el candado entre dos vallas a la izquierda de ambos. Liam entendió que lo de la indicación del AGM como amigo, no había sentado bien a Diana. Simplemente la dejó hacer conforme iban entrando en la casa.

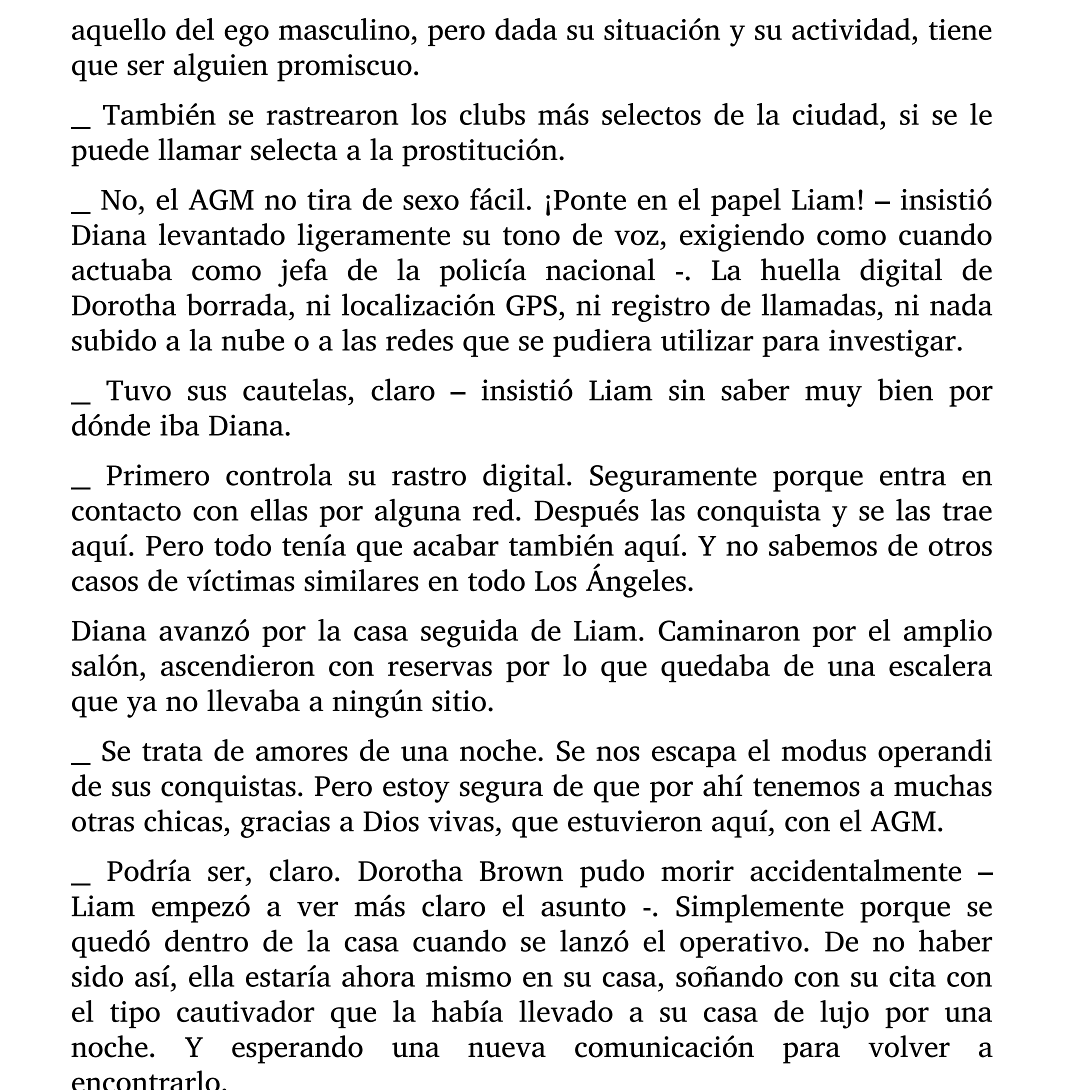
_ El tipo debía vivir a cuerpo de rey, aquí – Diana tiraba de sus ramalazos de humor habituales para sobrellevar toda la tensión que la gobernaba.

_ No entiendo la expresión – replicó Liam – Supongo que te refieres al lujo de la zona.

_ Sí, una casa frente al Pacífico donde traer a tus ligues – Antes de entrar en lo que quedaba de casa, Diana se ubicó a los pies de la piscina contemplando al horizonte el gigante azul -. Porque, sinceramente, Liam. Si tú fueras el AGM ¿qué harías en esta casa? Sabemos que un día trajo a Dorotha. Solo por un día, una cosa muy puntual porque tomas tus cautelas con todo el mundo. Nadie del entorno de Dorotha sabía nada de otros encuentros aquí.

_ Puesto en el papel del AGM, entiendo que es un tipo capaz de cautivar a cualquier mujer, sí. Dorotha pudo dejarse llevar a la primera por las apariencias.

_ Pero tuvo que haber más, Liam. Más chicas tuvieron que pasar por aquí. El AGM es un tipo solitario, pero le van las conquistas por



aquello del ego masculino, pero dada su situación y su actividad, tiene que ser alguien promiscuo.

_ También se rastrearon los clubs más selectos de la ciudad, si se le puede llamar selecta a la prostitución.

_ No, el AGM no tira de sexo fácil. ¡Ponte en el papel Liam! – insistió Diana levantado ligeramente su tono de voz, exigiendo como cuando actuaba como jefa de la policía nacional -. La huella digital de Dorotha borrada, ni localización GPS, ni registro de llamadas, ni nada subido a la nube o a las redes que se pudiera utilizar para investigar.

_ Tuvo sus cautelas, claro – insistió Liam sin saber muy bien por dónde iba Diana.

_ Primero controla su rastro digital. Seguramente porque entra en contacto con ellas por alguna red. Después las conquista y se las trae aquí. Pero todo tenía que acabar también aquí. Y no sabemos de otros casos de víctimas similares en todo Los Ángeles.

Diana avanzó por la casa seguida de Liam. Caminaron por el amplio salón, ascendieron con reservas por lo que quedaba de una escalera que ya no llevaba a ningún sitio.

_ Se trata de amores de una noche. Se nos escapa el modus operandi de sus conquistas. Pero estoy segura de que por ahí tenemos a muchas otras chicas, gracias a Dios vivas, que estuvieron aquí, con el AGM.

_ Podría ser, claro. Dorotha Brown pudo morir accidentalmente – Liam empezó a ver más claro el asunto -. Simplemente porque se quedó dentro de la casa cuando se lanzó el operativo. De no haber sido así, ella estaría ahora mismo en su casa, soñando con su cita con el tipo cautivador que la había llevado a su casa de lujo por una noche. Y esperando una nueva comunicación para volver a encontrarlo.

_ Eso es lo que yo creo, Liam – confirmó Diana una vez ubicada en el descansillo de una segunda planta que ya no era nada. Una fotografía de la casa, impresa entre sus papeles, le aclaró su ubicación. Pero por desgracia, todo había sucumbido al fuego en aquel lugar – No queda nada…

_ Como ves, la explosión arrasó con todo. De la pobre Dorotha solo quedaron restos que la científica pudo analizar para determinar su origen.

Miércoles 2 de abril 2025

"El odio se gana tanto por las buenas obras

como por las malas".

Maquiavelo

Capítulo XVII

Pese a todo, sigo con mi actividad habitual. Todo continúa encauzándose a su debida manera. A grandes males, grandes remedios. Eso ya no sé si lo dijo Maquiavelo o Sylvester Stallone, pero me vale.

La gente me para por la calle. Soy Fred Jurado, el nuevo ídolo americano. Cuento conmigo con unos amigos que me ayudan en la cada vez más ardua tarea de alejarme de toda esa gente que me admira como a un triunfador; como a un esperanzador político; y como al ser humano dispuesto a salvar de un infarto a un oponente en pleno debate televisivo.

Me dirijo a las oficinas centrales del FBI en Los Ángeles. No puedo dejar pasar más el tiempo sin encontrarme con Diana. Para ello he solicitado una visita a las dependencias de este organismo tan admirado y respectado en todo el mundo gracias a las pelis, seguramente.

El cine es una herramienta perfecta de propaganda. Un medio capaz de hacer pasar por malos a los pobres indios masacrados en la realidad; o capaz de hacer ver al mundo todas las maldades de la URSS en la guerra fría, para que Rusia siga siendo siempre el enemigo común.

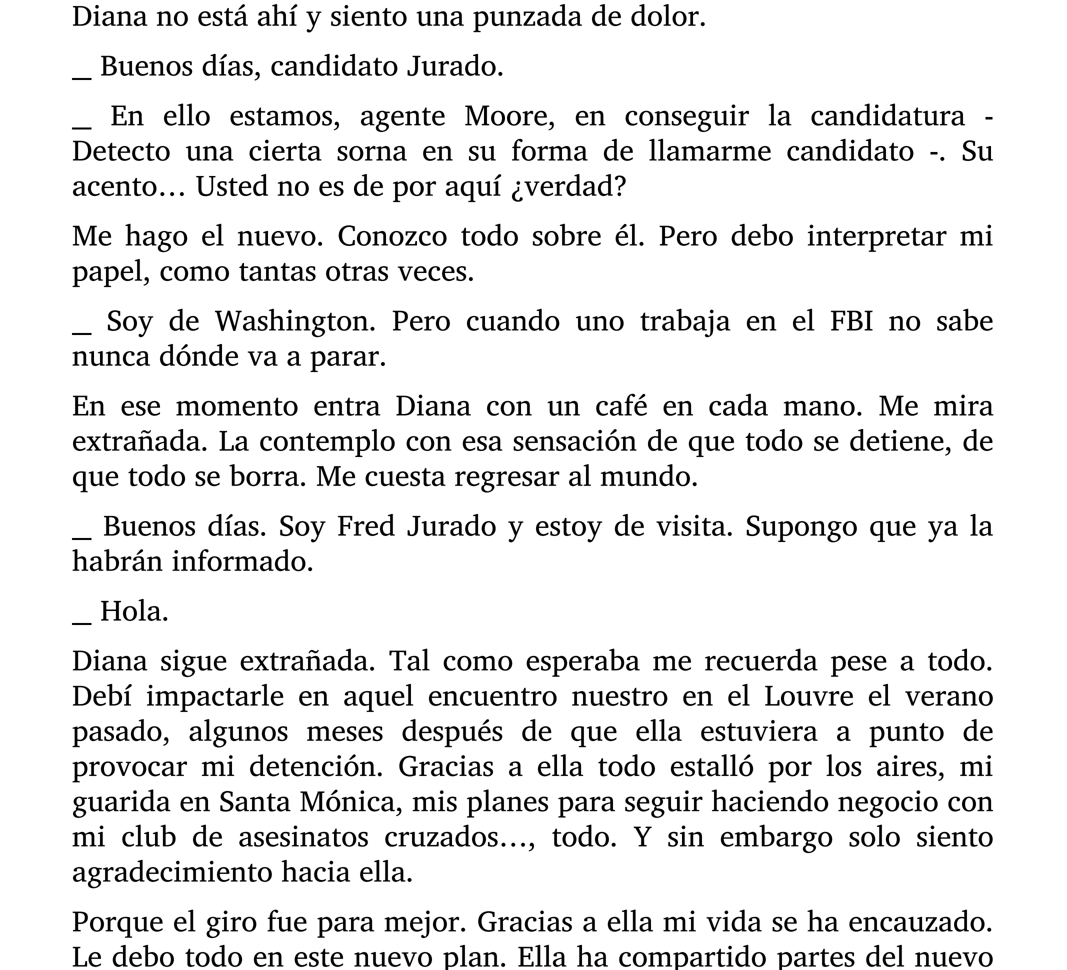
Perdón por la divagación, pero estoy nervioso… Diana está ahí dentro. Apenas escucho al gentío alborotado a mi alrededor. Al frente observo a algún oficial que parece esperarme a las puertas de la mole gris que sirve de central del FBI en California. Me he interesado por su trabajo en el Estado. Como por ejemplo en el caso del Asesino de Google Maps, que aún anda en plena investigación. El súmmum del sarcasmo, ¿no crees?

Asciendo hasta la decimocuarta planta. Ahí me espera el agente especial Liam Moore dirigiendo el caso AGM. Y junto a él tiene que estar Diana. Por Dios, me sudan las manos…

La puerta del ascensor se abre y siguiendo las instrucciones del oficial que me ha recibido a las puertas, transito por un largo pasillo hasta el despacho donde se lee “Agente especial Liam Moore”.

Me adelanto a mi acompañante y llamo a la puerta. Recibo una invitación para entrar de una voz masculina. Al otro lado del despacho está un tipo delgado de prominentes entradas que me sonríe como lo haría la hiena, sin atisbo de afabilidad real.

_ Buenos días, señor Moore.



Diana no está ahí y siento una punzada de dolor.

_ Buenos días, candidato Jurado.

_ En ello estamos, agente Moore, en conseguir la candidatura - Detecto una cierta sorna en su forma de llamarme candidato -. Su acento… Usted no es de por aquí ¿verdad?

Me hago el nuevo. Conozco todo sobre él. Pero debo interpretar mi papel, como tantas otras veces.

_ Soy de Washington. Pero cuando uno trabaja en el FBI no sabe nunca dónde va a parar.

En ese momento entra Diana con un café en cada mano. Me mira extrañada. La contemplo con esa sensación de que todo se detiene, de que todo se borra. Me cuesta regresar al mundo.

_ Buenos días. Soy Fred Jurado y estoy de visita. Supongo que ya la habrán informado.

_ Hola.

Diana sigue extrañada. Tal como esperaba me recuerda pese a todo. Debí impactarle en aquel encuentro nuestro en el Louvre el verano pasado, algunos meses después de que ella estuviera a punto de provocar mi detención. Gracias a ella todo estalló por los aires, mi guarida en Santa Mónica, mis planes para seguir haciendo negocio con mi club de asesinatos cruzados…, todo. Y sin embargo solo siento agradecimiento hacia ella.

Porque el giro fue para mejor. Gracias a ella mi vida se ha encauzado. Le debo todo en este nuevo plan. Ella ha compartido partes del nuevo guion que desde aquí trazaremos juntos sin duda.

_ Perdón – sonríe finalmente dibujando un desconcierto en su rostro – Es que me resulta usted tan familiar.

_ Estoy saliendo mucho por la televisión últimamente. Y aunque no por motivos muy agradables también soy tendencia en las redes desde el lunes. Me tocó intentar reanimar a un amigo que sufrió un infarto en pleno directo. A parte de eso antes tenía un canal de Youtube bastante conocido, con el alias de Abraham Gascón. Ya ve, puede conocerme de muchas cosas – Los nervios me provocan locuacidad. Freno en seco -. ¿Usted se llama?

_ Inspectora Diana Silvera.

Le ofrezco mi mano y me la estrecha. Noto que parte del café se ha derramado por su mano. Ni se ha dado cuenta, ni tampoco se la ha limpiado antes del impactante encuentro de nuestras palmas. Está confusa.

La entiendo. Yo mismo me he quedado agarrotado igualmente. Es esa electricidad que te alcanza cuando hay química. Su piel junto a mi piel desde nuestras manos. Me siento como un niño que encuentra el roce furtivo con su primera novia, en esa mágica edad en la que lo físico empieza a despertarse…

_ Usted debe ser de mucho más lejos que el agente Moore. Ese acento…

_ Vengo de España, sí. Digamos que es una misión colaborativa.

_ ¡España! Yo hablo un perfecto español. Lo podía intuir con mi apellido, ¿no es cierto, Diana?

Un desliz, la he llamado por su nombre. Debía haberle dicho inspectora Silvera. Pero no creo que el agente Moore le dé más importancia.

_ Sí, lo habla usted muy bien.

Diana marca distancias desde la inexpresividad. Tiene sus reservas.

_ Bueno, candidato Jurado… - interviene el agente Moore rompiendo la magia - ¿Quiere que alguno de los nuestros le enseñe las instalaciones?

_ Claro que sí, muy agradecido - El agente Moore se me quiere quitar de encima de un plumazo -. Por cierto, ¿Cómo está el caso del incendio aquel en el que murió la chica? Desde mi completa ignorancia… ¿No se puede localizar al dueño de la casa? Es un asunto que aún está en la calle. La prensa, ya recordará usted agente Moore, insistió en decir que aquello fue algo premeditado, un asesinato. Yo quiero pensar que no pudo ser tan cruel.

_ Casos como ese nunca se dan por cerrados, candidato Jurado – me asegura el agente Moore -. Y si averiguáramos que realmente no fue algo accidental, se acabaría trasladando a la opinión pública. Ya sabe que la prensa siempre se encarga de difundir conjeturas más que realidades definitivas.

_ Ojalá tenga usted razón, agente Moore. Sería algo tan estremecedor pensar en un asesinato de la pobre Dorotha Brown. Yo también estoy con usted. Aquello tuvo que ser un accidente.

Capítulo XVIII

Cuando Fred Jurado abandonó el despacho, el agente especial Liam Moore hizo unas muecas ridículas de desaprobación. Pero Diana no pareció pillar el chiste.

Estaba pálida e inquieta. Se giró para observar, a través del cristal del despacho, cómo Fred Jurado emprendía su ruta por las instalaciones, conducido por el particular guía de inmaculado traje oficial.

En cuanto lo perdió de vista, Diana pidió perdón a Liam y salió disparada hacia el baño. Se encerró en uno de los retretes y se sentó sobre la tapa del inodoro para intentar reponerse de su temblor.

Presentía algo. Recordaba a Fred de verlo en televisión, pero no solo de eso. También recordaba a Fred en el Louvre, cuando se le dirigió en español para explicarle en detalle sobre aquella estatua, mientras parecía que se le insinuaba. Alberto no la acompañaba en ese momento. Se había ido en busca de un baño… Ahora la casualidad cobraba sentido. El acercamiento en persona a Fred Jurado había evidenciado la coincidencia tan desconcertante.

Coincidencia remota, peregrina. Tanto que no podía ser coincidencia sino un plan, un guion. La misma clase de plan que la ubicaba ahora a ella ahí, en Los Ángeles. Una punzada de irrealidad parecía atravesarle el corazón. Fred Jurado y el flash back del museo del Louvre con Alberto aquel día del verano pasado. Cómo no lo había podido ver antes…

Tenerlo delante en persona, hablándole como si nada, había aclarado su memoria. Pero a la vez la ubicaba en un terreno de extrañamiento desconcertante. Recordó uno de los párrafos de la carta del AGM que ahora cobraban mayor sentido:

“Y ahora es el momento de que por fin nos conozcamos más en persona. Necesito descubrirte tal como eres, fascinarme con tus momentos más brillantes y acompañarte cuando las cosas no salen bien”.

Diana intentó analizar con frialdad el asunto y empezó a entender perfectamente los motivos de la muerte de Alberto. Ese puto psicópata lo quería hacer desaparecer para eliminar testigos. Pero no a ella… Porque con ella querría otra cosa.

_ No puede ser, no puede ser… - Diana murmuraba encerrada en el baño con la vista perdida en la puerta, espantando crecientes fantasmas de una intuición que apuntaba a algo muy grave.

Quizás lo de relacionar al AGM con Fred Jurado fuera un completo

absurdo. Un planteamiento neurótico que manaba en ella como una salida desquiciada a la tensión acumulada en los últimos días.

No tenía muy claro cómo abordar la situación. O estaba loca o pensarían que lo estaba si acusaba a Fred Jurado de algo tan insólito e improductivo como prácticamente indescifrable desde una simple intuición hecha prueba solo en la imaginación de Diana.

Deseaba acusar a Fred Jurado, candidato demócrata por California, de ser el AGM, o al menos el asesino de Alberto… ¿Cómo iban a creerle? Ella insistiría en que lo había visto, al puto Fred Jurado, candidato en ciernes a la Casa Blanca, haciéndose pasar por guía del Louvre el verano pasado. Como se solía decir no tenía pruebas pero tampoco dudas.

Y claro, el agente especial Moore y el propio Edgar Hoover levantado de su tumba, le darían de inmediato la enhorabuena y le concederían las llaves de la ciudad de Los Ángeles.

Diana salió del baño presa de una crisis de claustrofobia. Necesitaba contacto con alguien para salir de ese bucle de extrañamiento. Se sentía frágil, sola, dominada por un miedo atroz. Ni siquiera Carlos o Salma, ni mucho menos aún su jefe máximo en la policía, Pedro Alcácer, podrían creerla.

_ Perdón, Liam – entró de nuevo Diana en el despacho de su colega –. Me he encontrado mal de repente. Debe ser que aún no me he recuperado del jetlag.

En ese momento, frente al agente especial Liam Moore, Diana estaba deseando gritarle que era él. Que el mismísimo Fred Jurado podía ser el AGM que tanto buscaban. Pero su argumentación posterior le parecía delirante. Necesitaba encontrar pruebas sólidas sin poner en alerta al AGM.

El agente especial Liam se levantó de inmediato y se acercó a ella hasta sostenerla por los hombros. Recordó que le habían puesto sobre aviso de que la inspectora Diana Silvera había sufrido una pérdida reciente, una trágica muerte de su pareja en una operación antidroga en España.

_ Tranquila, Diana. Sé que no estás pasando por tu mejor momento. Valoramos extremadamente que hayas decidido venir hasta aquí. Sola para ayudarnos. Esto va más allá de una colaboración policial. Quiero que estés cómoda.

Liam hablaba con frases cortas, palmeando ligeramente los hombros de Diana y buscando hacerse entender con toda la humanidad que acopiaba más allá de la oficialidad de su encuentro.

_ Este caso no va a poder con nosotros – prosiguió Liam, el compañero por encima del agente-. Porque yo tampoco es que esté viviendo mis mejores días. Presiones por todos lados, un puñetero asesino escurridizo…

Diana ratificó internamente la conveniencia de su silencio, de momento. Así, en bruto Liam no podría entender una acusación sobre Fred Jurado en base a su parecido con un guía del Louvre. Y menos aún sin Alberto. La única persona que podía validar su versión.

_ Sí, perdona, Liam. Estoy un poco nerviosa. Una mala racha, como tú dices – Diana pudo esbozar una sonrisa, seguida de una mirada ya más firme y serena-. Pero no te preocupes. Vamos a seguir adelante con todo esto.

Jueves 3 de abril 2025

"Los hombres ofenden antes al que aman
que al que temen".

Maquiavelo

Capítulo XIX

Dos días después del interrogatorio a Besnik Ademi, la Interpol ya había conseguido la colaboración de las autoridades de Kosovo para entrevistar a Arben Hasani. La urgencia por capturar al asesino de Google Maps aligeró los trámites.

Pedro Alcácer había sido autorizado por la Interpol para el encuentro. Sobre todo tras obtener detalles precisos en España del testimonio de Besnik y dándole así continuidad a la investigación.

Besnik había apuntado directamente a Arben Hasani en la cúpula de su organización criminal. Y a por él iban ahora. Junto a Pedro Alcácer viajaba a Felipe Ramos. Desde que sacó el testimonio a Besnik, para Alcácer había pasado a la categoría de superpolicía.

Alcácer querría transmitir a Diana las noticias sobre cómo avanzaba la investigación del caso del Asesino de Google Maps. Porque vaya si estaban avanzando. Pero ella había insistido mucho en no contactar con ella mientras no hubiera pruebas sólidas que acorralaran al asesino.

La comitiva policial fue conducida desde el aeropuerto de Pristina hasta el Cuartel General de la policía kosovar. Para Pedro Alcácer aquella ciudad se estructuraba como una urbe híbrida entre lo occidental, lo musulmán y lo soviético.

Multitud de terrazas de bar y sus viviendas de pocas alturas contrastando con sus edificios de sobrio hormigón y algún templo que según lo miraba le parecía propio de una confesión u otra. Nunca había estado en Kosovo y sus prejuicios del desconocimiento lo mantenían en un cierto estado de alerta.

El Cuartel General de la policía era uno de esos mazacotes con pequeñas incrustaciones hechas ventanas. Junto a todas las ventanas los motores del aire acondicionado. Sin ser una ciudad muy calurosa, Alcácer supuso que el verano también tendría sus rigores por esas latitudes.

El interior del edificio no mejoraba su apariencia exterior. Mínimo mobiliario bajo unos techos altísimos que clamaban por unas manos de pintura, lo mismo que las paredes. Atravesaron una estancia central con una recepción de tres ventanillas vacías.

Una pareja de policías, que solo habían ofrecido sus manos como saludo sin mediar palabra, los acompañaron hacia esa oscuridad apenas iluminada por tubos de neón demasiado espaciados. El único gesto amable había sido el de quien evidentemente era el traductor. En un español sibilante les había dado los buenos días y los había

invitado con escuetos “por aquí” a cada requiebro entre los pasillos.

Un tipo los esperaba al fondo de un pasillo, fumando. Para sorpresa de Alcácer lo presentaron como Arben Hasani. Ni siquiera estaba en el interior de un calabozo.

Se saludaron todos como si se dispusieran a echar una partida de póker en el sótano de algún tugurio. Alcácer se dirigió al traductor y le señaló a Felipe Ramos para aclararle que él sería quien dirigiría la entrevista.

_ De acuerdo – comentó el traductor -. El señor Arben nos ha pedido que sean lo más breve posible.

El jodido señor Arben estaba demostrando quién manejaba ahí el cotarro. El asunto podía ser un paripé de cagarse. Alcácer rezó para que Felipe Ramos pudiera sacar algo en claro de aquella entrevista, más que interrogatorio. Felipe ya estaba al tanto de todas las pesquisas en torno a Arben.

Frente a Arben se habían fijado varias sillas apretadas cubriendo el pasillo. La comitiva se ubicó en dos filas de asientos, hombro con hombro, como los alumnos frente al profesor.

_ Buenos días, señor Arben Hasani. Me llamo Felipe Ramos, de la policía española.

Alcácer pensó “déjate de formalidades como si fuera un ministro, Felipe, dale duro. Ese hijo de puta o alguno de los suyos se cargó a uno de los nuestros”.

_ Me acompañan Pedro Alcácer, director general de la policía nacional española. También nos acompañan Frederick Mussin y Alexandro Tabbini, de la Interpol.

El traductor intervino para trasladar la información. Arben asintió sonriendo mientras apagaba su cigarro bajo su bota militar. La brevedad del traductor invitó a pensar a Alcácer que podía haber traducido lo que le salía de los huevos.

_ Estamos aquí por asuntos muy serios que le competen, señor Hasani. Agradecemos la colaboración de la policía kosovar en su detención.

_ El señor Hasani les aclara que no está detenido – comentó el traductor instantes después de intercambiar unas palabras con él.

_ Para nosotros sí debería estarlo. Vamos a lanzar en breve una orden de detención mundial contra usted. Se le acusan de asesinatos en varios países.

Alcácer disfrutó con los primeros disparos al aire de Felipe Ramos. Confiaba mucho en él. Porque gracias a su interrogatorio a Besnik,

habían podido rastrear a base de bien a Arben Hasani. Y habían descubierto fondos en Panamá que, tras una sociedad, apuntaban a él.

Además de algunas propiedades en Estados Unidos que habían parecido también a nombre de esa sociedad, como la casa de Santa Mónica que saltó por los aires. A todo ello le sumaban un registro de vuelo a Los Ángeles del lunes 18 de marzo de 2024, justo el día anterior a la explosión de la casa y la muerte de Dorotha Brown.

Evidencias más que concluyentes. Aunque el problema iba a ser conseguir que la policía kosovar tuviera a bien contemplar esas pruebas como concluyentes. Porque tenía la pinta de que Arben Hasani podía escabullirse de cualquier manera.

Felipe Ramos esperaba paciente las reacciones de Arben.

_ Yo no he matado a nadie – la monótona traducción desmerecía a la intensidad de las palabras de Arben, entre la impaciencia y el enfado – Ustedes no pueden venir a mi país para acusarme de semejantes mentiras.

_ La Interpol ha podido rastrear cuentas en bancos de Panamá desde donde usted ha movido dinero. Cuentas vinculadas con sociedades propietarias de casas en Estados Unidos. Y seguramente dinero final con el que pagaba para liquidar a enemigos de sus clientes o incluso hasta un compañero nuestro en España recientemente. Eso en cualquier país occidental supone cadena perpetua.

Arben rió, negando con la cabeza mientras hablaba casi para sí

_ ¿Qué ha dicho? – preguntó Felipe.

_ Ha dicho… el muy hijo de puta.

_ ¿Quién? ¿A quién se refiere? – dirigió sus palabras Felipe a Arben.

Repentinamente se produjo una especie de discusión entre Arben y el traductor. Arben se levantó airado. Felipe hizo lo propio y extendió sus manos buscando calmar a Arben mientras reiteraba please una y otra vez.

Entonces Arben levantó la voz, señalando con furia a un Felipe impertérrito pese a todo.

_ No se enfade conmigo, señor Hasani. Si tiene algo que contarnos, díganoslo, ¿quién es ese hijo de puta al que se refiere?

El traductor trasladó el mensaje y Arben se sentó de nuevo.

_ Mi contacto, el americano. Él era quien me ofreció dinero para que algún sicario que yo conociera realizara los servicios.

Por un momento la situación ganó en tensión cuando Arben hizo el

gesto de buscar algo en su bolsillo. Arben rió al ver a todos asustados por su movimiento. Finalmente extrajo una grabadora de cinta. Alcácer pensó que podía ser un aparato que pudo haber grabado las últimas voluntades de Hitler. Arben encendió la cinta y se pudo escuchar una conversación en inglés.

Una voz distorsionada solicitaba unos encargos a Arben. Él preguntaba a qué se refería. La voz invitaba a realizar esos servicios que le irían llegando sucesivamente. Por cada víctima se fijaría un precio que le llegaría de manera indirecta. La voz aseguraba que él no era el pagador final. La grabación acababa ahí en un corte forzado.

Alcácer consideró todo un acierto de Arben lo de grabar llamadas en cinta. Seguro que en su móvil no quedaba ni rastro de esa conversación. Si es que todo aquello era cierto. Porque también Arben podía estar preparándose una tapadera.

_ ¿Podríamos rastrear esa llamada? – preguntó Felipe Ramos.

Arben volvió a sonreír cuando se le tradujo.

_ Mire, señor Hasani…, yo ya estoy un poco harto de todo esto. Si puede darnos pruebas sólidas de que alguien le encargaba servicios de sicario, erróneamente claro, porque todos sabemos que su negociado no es ese – ironizó finalmente Felipe -. Indíquennos quién ha sido o no nos maree más.

El traductor miró asombrado a Felipe, como diciendo que si esperaba que tradujera eso, estaba muy equivocado.

_ Por favor, proceda – invitó Felipe al traductor pese a las evidentes reticencias.

Al concluir el traductor, un silencio incómodo invadió ese pasillo donde se habían encontrado todos. Por ahí cerca se escuchaba el goteo de un grifo. Hasta un tubo de neón pareció entrar en pánico y empezó a parpadear.

De repente Arben se abalanzó sobre Felipe Ramos. Le dio tiempo a estamparle un par de puñetazos ante de ser detenido. Arben se sabía engañado, traicionado y enfrentado a acusaciones de crímenes por todo el mundo. Le daba igual que Felipe no tuviera la culpa.

Capítulo XX

Diana accedió a esa singular cita confidencial con el mismísimo Fred Jurado. Y sabía que él contaba con su asistencia desde que la llamó para quedar como quien invita a un amigo a comer. Porque tenían muchas cosas pendientes. Diana quería saberlo todo. Ahora que nadie la podía creer todavía, tenía que esforzarse más aún en descubrirlo.

Eran las doce del mediodía. Fred la esperaba en una elegante mesa en el Providence, en Melrouse Avenue. Un restaurante elegantemente extraño, como la situación para Diana. Desde su techo pendían unas grandes bolas con destellos de acero, sus muros grises parecían las paredes de un bunker, las diferentes estancias estaban separadas por marcos de amplios arcos que rompían con la rectitud general de la estructura. Aquello tenía que ofrecer desde *nouvelle cuisine* a rollos gastronómicos experimentales por lo menos.

Alguien se acercó hasta Diana y le preguntó por su reserva. Ella nombró a Fred Jurado y aquel mismo camarero la condujo a un ascensor. Ascendió con ella dándole la espalda y sin mirarla en ningún momento, como un autómata. La acompañó hasta una sala independiente al final del pasillo.

_ Buenos días, inspectora Silvera – Fred vestía un pantalón vaquero y una camisa verde turquesa. Había abandonado la gomina de sus últimos días para lucir un inmaculado cabello rubio de anuncio de champú anticaspa. La esperaba puesto en pie.

_ Puedes llamarme Diana, es lo que te gusta ¿no? Recurrir a alguna cercanía nuestra que solo tú imaginas – apuntó Diana mostrando ya sus reservas.

Se sentaron frente a frente. Diana no podía dejar de imaginarse a Alberto. Ese malnacido que tenía delante era el responsable de su muerte.

_ ¿Por qué lo hiciste?

_ Enseguida responderé a todas las preguntas, si puedo saber a qué te refieres. Pero ¿Sabías que este local dispone de inhibidor de frecuencia? Un restaurante convertido en el lugar más seguro del mundo – se animó Fred a replicar de manera confusa. Encontraba a Diana demasiado agresiva.

_ ¿Seguridad a nivel de telecomunicaciones o de salud? Dicen que tantas ondas nos fríen el cerebro…, Quizás sea lo que te pasa a ti - Ante la frivolidad de Fred, Diana quiso seguirle el juego.

_ Puede ser que andemos todos algo fritos de cerebro – sonrió Fred –

Pero respondiendo a tu pregunta inicial, me refiero a seguridad a todos los niveles. Por eso te he citado aquí. Soy un político incipiente y me gusta preservar mi carrera.

No sabes la de filtraciones que hay hoy en día. Todo el mundo tiene un pequeño ordenador entre las manos y puede publicar para el mundo como un maldito paparazzi. Por eso me gustaría que apagaras tu grabadora. Me gustaría entablar una conversación contigo de tú a tú.

_ Te recuerdo perfectamente, Fred, nos vimos en el Louvre después de que hicieras volar la casa de Santa Mónica con aquella chica dentro – Diana sacó su móvil del bolsillo de sus pantalones, lo desbloqueó y evidenció que no estaba grabando la conversación.

_ Tienes otro móvil, Diana. Lo sé – rogó Fred Jurado.

Diana sacó su otro teléfono, el que le había prestado Liam. En este sí que tuvo que apagar la grabadora.

_ Ahora sí que estamos seguros, Diana. - Fred hizo un gesto al camarero que esperaba al otro lado de la gran sala vacía. Y este se dispuso a servir los primeros platos de ostras con salsa Mignonette.

_ Es un menú degustación que van cambiando cada semana. Y esta semana le han dado un toque muy marítimo. Si no te gustan las almejas, no te preocupes, después sacan unos gambones de Santa Bárbara que te mueres.

A Diana le parecía ridículo el hecho de disponerse a comer con el asesino de Alberto. Aguantar la tentación de meterle un puñetazo en la nariz a aquel tipo le esta suponiendo un gran esfuerzo.

_ ¿Por qué lo hiciste, Fred?

_ ¡Está bien! Empecemos por el final… Yo simplemente proporcionaba la red de contactos y centralizaba el movimiento del dinero. Pero eran ellos, los clientes, los que se encargaban de liquidar a sus más infames enemigos.

Luego estaba todo eso de hackear Google Maps para que cada cliente pudiera ver a su víctima en el Street view. Era la forma de certificar los encargos. Podría haber mejorado el sistema, pero a la vez me gustaba la sensación de que todo el mundo pudiera verlo en algún momento dado. Como ocurrió con Carlos cuando se encontró con la víctima de Blind River.

_ No te estoy preguntando por eso, maldito Fred. Me refería en primer lugar a por qué mataste a Alberto. Pagarás por ello. En cuanto encuentre la forma de demostrar que tú eres el asesino de Google Maps.

_ Te equivocas, Diana. Yo no maté a Alberto. Jamás podría hacer eso a alguien como tú.

_ No me conoces de nada, Fred. No juegues conmigo de esa manera. No estoy en mi mejor momento y puedo conseguir una pistola fácilmente para volver a buscarte. ¿Qué significa eso de que jamás podrías hacer eso a alguien como yo?

Diana miraba fijamente a Fred despertando la rabiosa energía con la que absorbe un agujero negro. En su mirada Fred descubría la rabia, pero también la pasión, el odio pero también una fuerza que lo atraía. Porque Fred sabía que en el polo opuesto hasta el que tenía que conseguir llevar a Diana, estaba el amor más intenso.

_ No podría hacerte daño nunca, Diana. Te parecerá una locura pero estoy enamorado de ti. Ten por seguro que yo no maté a Alberto ni lo mandé matar, ni jamás intervine en el plan que fuera que lo ubicara a él en el centro del huracán.

Pero tal como te digo esto, confío en que todo forme parte de un plan que pueda unirnos a nosotros. Me encantaría sanar tus heridas. Yo he pasado por tu dolor mucho antes. Y nada de lo que he hecho es una venganza con el mundo ni una forma de focalizar mi ira o mi odio. Mi plan es otro.

Antes sólo pensé que podía ayudar al prójimo ofreciéndole ayuda directa contra sus peores enemigos. Pero después de ti todo ha cambiado en mí.

Diana perdió la vista en los platos de Fred y en el suyo. Además de un asesino, Fred era un mentiroso patológico.

_ Una bala de un puñetero rifle VSS ruso atravesó la cabeza de Alberto en una operación antidroga hace apenas diez días – Diana apenas podía contener su rabia. Se acercó a Fred con la mirada de una leona ante su presa -.

Casualmente estoy hoy aquí contigo porque me has reclamado, ocupándote antes del único testigo que podría asegurar que estuviste siguiéndonos en el Louvre después de la explosión de tu casa en Santa Mónica. ¡Es evidente que tienes un plan! – gritó Diana -. El plan de un puto loco que subvenciona un club de asesinos y que mata a policías.

Diana salió corriendo, bajó dos plantas y se dirigió a la puerta de salida del local. Fred estuvo rápido y se puso a su par en la zona común, donde ocupaban mesas otros comensales del restaurante.

_ ¡Fred Jurado!

Diana se giró cuando un joven llamaba la atención de Fred.

_ ¿Se acuerda de mí? Soy Johnny, del Exupery. ¿Le importaría hacerse una foto conmigo?

Aprovechando la oportunidad, Diana se acercó a ambos e improvisó su propio plan.

_ El Exupery siempre fue uno de nuestros locales favoritos, ¿verdad, Fred? – Diana se dirigió de inmediato al joven -. Y que sepas que Fred siempre me hablaba muy bien de ti. Que si Johnny era un chico muy majo, que si no había otro camarero como tú…

_ Vamos, Diana – intervino Fred para intentar salir del aprieto. Se le notaba muy incómodo.

_ Pues se lo agradezco mucho – se sonrojó Johnny, incapaz de detectar en Fred las señales de alarma -. Yo es que lo conozco desde que empezó con su canal de Youtube como Abraham Gascón.

_ Y sobre todo -cortó tajante Fred-, lo que más me gustaba del Exupery era la confidencialidad, ¿cierto Johnny?

El chico por fin entendió el mensaje y volvió a su mesa con la misión cumplida de la foto.

Diana y Fred se acercaron a la puerta de salida del Providence. Una vez en la calle Diana intentó separase de Fred. Pero este la contuvo por el brazo y se acercó a su oído:

_ Lo que te he dicho es toda la verdad, Diana. Toda la verdad. Por favor créeme.

Capítulo XXI

Alex, el nuevo dueño del Exupery admitió que el traspaso había sido una ganga para tratarse de un local tan vivo y selecto. Había recibido a Diana y a Liam en la terraza con vistas al mar y les había preparado unos cócteles sin alcohol para atenderlos.

Se movía nervioso en la silla frente a ellos, con una pose afeminada que lucía con desparpajo. Rondaría los cuarenta y tantos, malamente disimulados con una vestimenta juvenil. Su cabello, artificialmente plateado y abundante, se convertía en el entretenimiento de sus manos inquietas.

_ ¿Por qué cree que se lo dejó tan asequible el anterior propietario, el tal Antoine Trevis? – Liam estaba retomando nuevos bríos en el asunto de la búsqueda de pistas. Sin duda, la llegada de Diana había sido un acicate. Llevaban ya unos cuantos locales visitados de nuevo, como se hizo tras la muerte de Dorotha. Solo que Diana parecía haber revisado lo más granado. Porque según ella, el AGM tenía que moverse entre lo más exclusivo de la ciudad.

_ Pues no lo sé, la verdad. A mi me dijo que estaba ya cansado del mundo de la hostelería. Pero puede ser que tuviera que medio regalarlo por algún problema familiar, o incluso porque tuviera que saldar una deuda de vencimiento inmediato. Ya me entienden… Porque sé veía que le tenía una estima desmedida al local. Me pidió encarecidamente que lo cuidara. Había sido como un proyecto muy personal.

_ ¿Qué tipo de problema pudo separarlo de un negocio tan querido? – aseguró Diana. Entre sorprendida y fastidiada con aquello de un traspaso tan oportuno.

_ A ver… No me haga mucho caso. Me refiero al mundo de la noche y todo eso. Antoine, pues bueno, era uno de los más valientes para todo. Quizás se lanzara con algún negocio peligroso.

_ ¿Qué tipo de negocio? -replanteó Diana con gesto amable, pero con intención incisiva. El camarero del Exupery que había conocido a Fred Jurado la había puesto en modo alerta con ese local.

_ Dejémoslo así. Solo son elucubraciones mías. El traspaso me salió muy bien y deseo que le vaya muy bien a Antoine. Tampoco es que fuera mal tipo ni mucho menos.

Diana comprobó que había apretado demasiado. Quizás hasta el punto de poner en alerta a Antoine Trevis allá donde estuviera.

_ Tienes razón, amigo – remató Diana, ya con el acento de una

angelina más -. Era solo que queríamos hablar con él. Y claro, no sabíamos que había traspasado el local. Una pena.

_ Bueno, a mí me dejó su dirección en París. En el fondo era un nostálgico y me dijo que si pensaba dejar el Exupery que le avisara primero. Al final era un apego materno, como un complejo de Edipo versión ladrillo. Algo sobre el negocio que soñó su madre o no sé qué melancolías – Alex se quedó mirando al cielo unos instantes como intentando recuperar el hilo de su conversación -. La cosa es que el tío vive en Boulevard du Palais, 11. Lo miré en Google Maps y es el puto cogollo de París.

Al dejar atrás el Exupery, Liam se acercó hombro a hombro con Diana.

_¿Crees que aquí puede haber algo?

Era el tercer local que visitaban aquella tarde del jueves. Diana disimulaba el hecho de que el Exupery era el único local que le interesaba. El mismo donde había trabajado el simpático y dicharachero Johnny, el camarero que atendía a Fred Jurado.

_ Nunca se sabe, Liam. Este tío hablaba con nosotros casi de más, con una soltura pasmosa. Parecía que le gustaba hacerse el poli. No creo que haya nada raro aquí, salvo un traspaso a la desesperada por necesidades económicas.

_ No sé, Diana. Quizás el AGM haya jugado al despiste pidiendo que vinieras a Los Ángeles. A falta de contrastar acontecimientos, parece que el AGM puede estar ya localizado. Podríamos esperar acontecimientos antes de seguir dando palos de ciego - Liam andaba ligeramente molesto con todo aquello. No específicamente con Diana sino con el hecho de que el AGM pudiera haber estado en todo momento a miles de kilómetros de ahí. Nada menos que en Kosovo, moviéndose con una facilidad pasmosa entre su país y los Estados Unidos.

_ Tienes razón, Liam – confirmó inesperadamente Diana, mientras entraba en el asiento del copiloto del coche de Liam –. Ya te he comentado que mi jefe, Pedro Alcácer, ha sido uno de los desplazados hasta Kosovo para ver al tal Arben Hasani. Y parece ser que hay indicios, sino pruebas de que el tal Arben es pieza fundamental para resolver el caso.

_ Entonces ¿Qué hemos estado haciendo esta tarde visitando locales de moda?

_ Por atar todos los cabos, Liam… hay cosas que no me terminan de cuadrar del todo.

Diana no podía confesar su tormenta interior respecto a Fred Jurado.

Aún no tenía nada con lo que oponerse en firme al cierre en falso del caso. Seguía convencida de que Fred había ingeniado todo para que aquel asqueroso criminal kosovar se comiera su marrón enterito.

Pero una cosa buena sí tenía la nueva situación para Diana. Y es que, con el caso presuntamente resuelto, ella podría dejar a Liam Moore un poco de lado para centrarse en su investigación sobre Fred Jurado. Y cuando tuviera todo más atado, sorprender a todos con la puñetera verdad. Una verdad siempre escurridiza en manos del AGM.

_ A mí también hay cosas que no me cuadran – Liam conducía mirando de vez en cuando a Diana en busca de sus gestos – Por ejemplo, ¿qué es lo que hacías reunida para almorzar hoy mismo con Fred Jurado?

_ Normal que estés al corriente. Porque entiendo que mi teléfono se lo habrá facilitado el FBI – comentó con cierto revanchismo Diana. Visto lo visto no estaba nunca tan sola en su visita a Los Ángeles.

_ Eso sí que no. Ha tenido que ser él por su cuenta. Lo dejarías fascinado en su visita de ayer y habrá tirado de otros recursos.

_ Bueno. No es para mí momento de plantearme una relación. Pero conocer a un personaje como Fred Jurado siempre es una tentación casi periodística.

_ Pero tú eres policía, no periodista – bromeó Liam mientras se detenía frente a un semáforo frente a Fairfax Avenue.

_ Bueno, investigar es un poco de las dos profesiones. Y a mí me apasiona investigar.

En el silencio inmediato, Diana pensó en Carlos y Salma como posibles ayudantes. Perdiendo la vista en el cruce de aquella amplia avenida consideró que localizar a Antoine Trevis no podría suponer riesgo para sus amigos. Aunque ellos no supieran toda la verdad sobre ese intento de encuentro con el anterior dueño del Exupery.

Porque Diana quería estar segura de todo antes de trasladar sus pesquisas al FBI. De momento lo de Fred Jurado era solo una fantasía, pero si conseguía atar todos los cabos que tenía delante, podría atraparlo sin tiempo de reacción para él. Se iba a ocupar de aleccionar bien a Carlos y Salma para que hicieran el papel de su vida. Y la ayudarían, claro que la ayudarían, por Alberto y por su amistad.

Sábado 5 de abril 2025

"Guerra justa es aquella que es necesaria".

Maquiavelo

Capítulo XXII

El favor no era cualquier cosa. Nada más y nada menos que encontrar en París a un tal Antoine Trevis, el anterior dueño de un local en Los Ángeles, llamado Exupery. Parecía más bien una tarea de servicios policiales de incógnito, o de algún investigador privado.

Pero Diana no se fiaba de nadie y había recurrido a Carlos y Salma para la encomienda. El expropietario del Exupery no supondría ningún riesgo para sus amigos. Porque Diana estaba segura de que el tal Antoine no podía saber nada que pudiera poner en riesgo al asesino de Google Maps. No estaría vivo en ese caso. Simplemente lo había apartado de Los Ángeles por seguridad.

Carlos ya sabía que Diana actuaba con el debido sigilo frente a un asesino que siempre parecía conocer todos los movimientos de la policía. Así que se entregaron a su tarea sin mayores contemplaciones. Mirándolo de la mejor manera, se libraban de los niños durante un fin de semana.

La cuestión era si iban a tener la fortuna de dar con él. Disponían del sábado y el domingo para intentar localizarlo. Diana les indicó que no suponía mayor riesgo. Tan solo era el propietario de un local que el asesino de Google Maps solía frecuentar.

Cuando lo localizaran tenían que preguntarle por el tal Abraham Gascón, según Diana. En busca de un tipo al que solo conocían por algunas fotos que les había conseguido Diana y la referencia de su casa en Boulevard du Palais 11. Afortunadamente en los bajos del edificio había una cafetería que establecieron como base de operaciones.

Al menos la zona era de lo mejor de París. Aquella especie de isla del Sena donde se erigía Notre Dame. La tarde del sábado ya caía sin ver salir o entrar de aquel portal a alguien que se pudiera parecer a Antoine Trevis. Entre Carlos y Salma podían haberse tomado en aquel bar dos o tres cafés acompañados de croissants, alguna caña y aquellos pequeños bocaditos a precio de oro.

Uno de los camareros del turno de tarde se había fijado en que hablaban español cuando les servía y estaba encantado de atenderlos cuando lo solicitaban.

_ Van a echar el día entero aquí ¿eh? – se atrevió a comentarles.

_ Es la zona, las vistas – aseguró Salma moviendo su cabeza alrededor – Estamos embelesados aquí. ¿Cuánto puede costar alquilar un piso en esta zona?

_ Este edificio es el único de viviendas en la zona – señaló el joven el bloque sobre el bar-. Así que imaginaos el precio. El resto de los edificios de la calle son organismos oficiales. No tienes más que ver la de banderitas izadas en los balcones.

En ese momento Carlos soltó su taza de café repentinamente.

_ Es él – salió corriendo de inmediato tras quien pensó que sería Antoine.

_ Perdón – comentó Salma al camarero –. Mi marido ha debido conocer a algún amigo – Le dejó sobre la mesa 10 euros para la última ronda y salió tras Carlos.

Salma lo alcanzó, se puso a su paso, a una distancia prudencial de un hombre con camisa floreada y pantalón blanco. Pero Carlos no perdió más tiempo.

_ ¡Antoine!

El tipo se giró y los miró extrañado. Salma y Carlos sonrieron abiertamente. El tipo los esperó hasta que llegaron a su lado. Carlos acercó su mano para saludarlo y empezó a interpretar el guion dictado por Diana. Todo debidamente grabado en el móvil.

_ Somos Pedro y Marina, amigos de Abraham Gascón. Nos ha pedido el favor de contactar contigo.

En el rostro de Antoine se dibujó un gesto indefinible. Parecía no saber si decantarse hacia la sonrisa o la desconfianza.

_ Sí, tío – prosiguió Carlos-. Nos dijo que no tenía tu contacto. Y ya que veníamos nosotros por París…

_ Así es Abraham – se animó Salma a participar, considerando que su intervención podría aportar algún tipo de amabilidad femenina.

_ Es por el Exupery. Dice que no le convence el tal Alex, al que traspasaste el negocio.

_ ¿Y qué pretende Abraham que haga yo?

_ Suponemos que sabe lo que apreciabas ese local y ha querido avisarte – continuó Salma – Aquello debe haberse convertido en un antro.

_ Abraham debe apreciarte mucho. Porque nos ha pagado bien por buscarte – Añadió Carlos moviendo sus brazos alrededor.

_ El viaje a París nos ha salido regalado. Y todo por comentarle en alguna ocasión que veníamos aquí de viaje.

_ Siempre ha sido generoso Abraham, sí. Quizás demasiado – parecía que Antoine los estuviera tanteando.

_ La cosa es que Abraham nos ha dicho que lo de las citas ha degenerado mucho. Ya no es aquello de vuestros tiempos, el reservado y demás. Ha convertido en el Exupery poco menos que en un burdel.

_ Qué hijo de puta ese Alex – reaccionó por fin Antoine como Diana les había dicho que probablemente haría.

Lo que no les había dicho Diana es que en una reacción como esa estaría reconociendo implícitamente muchas cosas. Porque entendía que era cierto que Abraham tenía sus citas en el Exupery.

_ Pues alguien tendría que ocuparse de escarmentar a ese Alex. El Exupery es mi alma allí en Los Ángeles. Es el recuerdo de mi madre – Antoine parecía a punto de llorar.

_ Claro. Abraham también tenía aprecio por el Exupery. Ahí tenía sus encuentros con sus ligues.

_ Me alegra que él también esté indignado con la situación del Exupery. Espero que tome cartas en el asunto, ahora que se ha metido a política.

_ Pues sí, debería hacerlo – intervino Salma suavizando su sorpresa.

_ Sale tan elegante ahora en televisión. El puto Fred Jurado, cómo nos tenía engañados con su alias de Youtube.

Carlos y Salma sonrieron afirmativamente sin saber qué decir. Sin duda Diana les había ocultado parte de una información muy trascendente…

Capítulo XXIII

Patricia Downey tenía veintisiete años. Diana lo había averiguado investigando los suscriptores del canal de Abraham Gascón en Los Ángeles. Desde los datos digitales de registro se podía seguir estirando la cuerda hasta dar con su edad, su residencia y su número de teléfono.

El FBI tenía un estupendo sistema de acceso a todo tipo de datos, el ViewFinder al que le facilitó acceso Liam. En España la gente se rasgaba las vestiduras con el caso Pegasus y el espionaje a políticos. Pero aquello parecía el juego del teléfono roto en comparación con la autonomía del FBI o de la CIA en todo lo concerniente a cualquiera de sus ciudadanos de Estados Unidos.

Diana siempre consideró paradójico, cuando no hipócrita por parte de los legisladores, que existieran estrictas leyes de protección de datos en cada país. Leyes que finalmente se pasaban por el forro desde Google hasta la última tienda donde te suscribes para conseguir algún descuento.

Cuando Diana obtuvo la segmentación que necesitaba del canal de Youtube de Abraham Gascón empezó con sus cábalas. Buscaba mujeres de Los Ángeles entre veinte y cuarenta años. Le habían salido unos cuantos centenares de ellas.

Reduciendo la segmentación de veinte a treinta, aparecían cincuenta y seis suscriptoras. Era una buena tirada de llamadas. En su procedimiento metódico empezó por la A y al llegar a la D de Downey ya había cantado bingo.

_ ¿Patricia Downey? – preguntó Diana rutinariamente después de las quince primeras llamadas.

_ Sí, soy yo – contestó una voz jovial, animosa.

_ Le llamo del Exupery – continuó con su guion Diana desde el pequeño despacho que el FBI le había facilitado para sus gestiones. Su compañero Liam ya no parecía por la labor de acompañarla en sus pesquisas. Él estaba deseando dar el caso por cerrado para regresar a su Washington querido.

_ Sí, sí, claro. Dígame – la voz al otro lado pareció incrementar su tono. Diana pensó que podía tener su primer acierto. Se le aceleró el corazón. La chica parecía conocer el Exupery y se mostraba receptiva, emocionada.

_ Está usted invitada a una fiesta privada de un tal… - Diana disimuló para denotar completa autenticidad – Abraham Gascón. Tan solo

necesitaríamos que acudiera antes para entrevistarla.

_ Bueno, ya he estado alguna vez por ahí – aseguró Patricia con cierto recelo.

_ Meros formalismos. Es por tema de seguridad y demás. Tú ya sabes.

Lo único que sabía Patricia Downey es que Abraham quería volver a estar con ella, tanto tiempo después… Las cosas podían haber cambiado, podía tener novio, haberse casado o tenido hijos. Pero nunca renunciaría a un nuevo encuentro con alguien como Abraham.

Más aún cuando el famoso youtuber se podía convertir en el hombre más poderoso de Estados Unidos bajo su identidad real de Fred Jurado. Pero es que además en ese momento estaba libre como un pájaro. Y como decían sus amigas tenía que aprovechar ese tipo de oportunidades.

_ Está bien – contestó finalmente Patricia. Dígame lugar y hora y ahí estaré.

Cuando la voz femenina al otro lado colgó, Patricia recuperó el video que había grabado en la casa de Abraham en aquella noche mágica. De solo pensar en volver a disfrutar de momentos así, sintió que todos sus lubricantes naturales se ponían en marcha.

Capítulo XXIV

Ricardo Fuentes estaba exhausto. Llevaba varios días escondido en España hasta que por fin había llegado su oportunidad para volver a casa. La operación había sido un desastre. Toda la droga incautada en los diferentes puntos de entrega. Todos detenidos salvo él.

Francisco Miranda, el capo en Guayaquil, lo esperaba hecho una furia. Ricardo Fuentes aún recordaba su última conversación con él:

“Putos novatos. Nos han dejado pelados. Ricardo, por tu padre, al menos tráeme a mi niña sana y salva”.

Ricardo ya sabía que la niña era el nombre en clave para un fusil VSS Vintorez que Francisco había comprado hacía ya décadas en Cuba, cuando Fidel aún andaba por ahí a medias con los soviéticos.

Pese a su antigüedad, la VSS seguía funcionando a las mil maravillas. “Que se lo pregunten al policía ese al que atravesó el cráneo” pensó Ricardo sintiendo un escalofrío de arriba hasta debajo de su columna.

La idea no era usarlo para matar a un policía. Si acaso para defender a sus compañeros en algún ataque de alguna banda rival.

Todo porque el puto Francisco Miranda tenía recelos de sus iguales en el mercado. El peligro finalmente estaba en que la policía los tenía pinchados y sabían todos sus movimientos.

Si pudiera volver atrás, Ricardo pensaba que no volvería a disparar. Pero en ese fatídico momento antes del disparo le había entrado el pánico, pensó que si disparaba a ese poli quizás sus compañeros tuvieran más opciones de escapar. Pero el poli en cuestión solo trataba de salvaguardar la vida de civiles. Mientras que adentro los putísimos GEO se ocupaban de echar por tierra todo el transbordo de coca.

Poco a poco iba llegando su momento de pasar por el arco de seguridad. Se sentía optimista respecto al camuflaje del VSS, pero no se sentiría completamente tranquilo hasta que no pisara Guayaquil y devolviera a su dueño aquella puñetera arma.

Se había colocado hábilmente tras unos mochileros con varios bultos. Dejó su bolso de mano entre los de ellos. Dentro iba el pequeño maletín donde se podía desmontar muy cómodamente un VSS Vintorez como el de Francisco.

Los chicos delante de él se disponían a pasar el arco de seguridad. Pero algo no paraba de pitar a cada intento del primero de ellos. A Francisco le corroía la típica impaciencia de una cola que aparece justo cuando tienes más prisa. Una prisa, en su caso, por no acabar directamente en la cárcel.

_ A ver, me he quitado hasta las gafas, agente – aseguró el joven que rondaría el metro noventa.

Ricardo dividía su mirada entre el arco y su bolso que ya había llegado al otro lado. Había quedado ligeramente escorado hacia un lateral de la cinta.

Los jóvenes se reían pidiendo a su amigo que se quedara en calzoncillos para poder pasar. Más bolsas iban llegando al final de la cinta. Hasta que un pequeño bulto cogió velocidad tras salir de aquella especie de horno con rayos x.

El último bolso se estampó contra una de las mochilas y esta desplazó finalmente su bolso de mano hasta que cayó al suelo.

El sonido metálico atrajo la mirada del guardia civil más próximo a la cinta, que se mantenía hasta ese momento en espera de órdenes de revisión del que se encontraba sentado visualizando los bultos.

_ ¿De quién es esta bolsa? – preguntó el agente mirando hacia los chicos.

_ Mía – aseguró Francisco sonriendo.

_ Ok ¿puedo ir abriéndola? – El guardia civil no mostraba deferencia ni tampoco hostilidad, solo una indiferencia rutinaria de cumplimiento de su encomienda.

_ Si no le importa, agente, ahora llego hasta allí y le enseño – Lo de los huevos de corbata no era un dicho, Francisco los encontró cortándole la respiración.

Era un guardia civil pequeño y rechoncho. El muy cabrón no tuvo más dedicación a ninguna otra de las bolsas de los jóvenes. Estaba agarrado a la suya como una rapaz.

Al llegar a su lado, tras atravesar el arco sin problema, Ricardo llevaba la frente perlada en sudor.

_ Está bien, abra la bolsa…

_ Son cosas rutinarias de aseo y algunos desmontables rollo transformer en el maletín para mi sobrino, me da miedo dejar según que cosas en la maleta grande.

La virgen de la Merced no estaba con Francisco aquel día. El guardia civil abrió el maletín y no se quedó ahí. Continuó desembalando las secciones de VSS. A pocas nociones armamentísticas que tuviera aquel tipo, enseguida descubriría que el transformer de regalo para su sobrino iba mutando a fusil ruso con silenciador.

La cara del guardia civil fue cambiando. Ni gota de la relajación

rutinaria. Su mano se fue acercando a su cartuchera, como en las películas de vaqueros.

Francisco salió corriendo, tomando camino de vuelta y golpeándose con el aro de seguridad en el brazo derecho. A los pocos metros otro guardia civil salió de la nada y lo placó contra el suelo.

Domingo 6 de abril 2025

“En todas las cosas humanas,
cuando se examinan de cerca,
se demuestra que no pueden apartarse los obstáculos
sin que de ellos surjan otros”.

Maquiavelo

Capítulo XXV

Diana no estaba segura de coger el teléfono. Paseaba sin destino desde la que era su actual casa, el gigantesco Intercontinental en el corazón de Los Ángeles. Trataba de ordenar sus ideas ante los cambios que se iban sucediendo en el caso. En ese momento la llamaba Roberto Alcácer, el director general de la Policía Nacional. El deber la impulsaba a cogerlo. Pero le había dejado claro que solo la debía llamar si habían resuelto el caso.

Finalmente colgó y marco ella el número de Alcácer con el cryptophone especial que le facilitó Liam para tener completa seguridad en su comunicación.

_ ¿Qué tal estás Diana? – preguntó Alcácer adivinando que aquel número oculto sería el de ella.

_ Desconcertada, jefe – contestó Diana – Ya estoy al tanto de lo del asesino de Alberto detenido en el aeropuerto de Madrid. Me ha sorprendido mucho. Realmente me ha impactado.

Pedro Alcácer no podía imaginar hasta que punto había impactado en Diana la detención del francotirador del VSS.

_ Ya. Lo importante es que el panorama está quedando muy claro a nivel del asesinato de Alberto y del caso del asesino de Google Maps. Los tenemos a los dos, querida Diana – Roberto Alcácer se atrevió a mostrarse muy cercano.

_ Me gustaría tener a ese francotirador a pocos centímetros. Yo también le enseñaría lo que es acertar en los sesos – Diana pensó en el asesino de Alberto. Probablemente habían equivocado la investigación pensando en un agente externo y por ende en el AGM como causante último de la muerte de Alberto. Pero les despistó lo del arma rusa. Indicio equivocado para pensar en un francotirador ajeno a la operación Resplandor.

_ ¿Cómo disteis con Arben Hasani, Pedro? – Diana quiso ponerse al corriente de detalles que aún no conocía.

_ Pensamos en Besnik Ademi, ya sabes, el asesino de Macías el empresario y el secuestrador de Salma. Podíamos encontrar en él un posible contacto con el francotirador. Lo entrevistamos arduamente. Sobre el asesino de Alberto no tenía ni idea, pero del asesino de Google Maps acabó recordando bastantes cosas que estrechaban el cerco sobre Arben Hasani.

_ Increíble – apuntó Diana -. Fuimos a por un asesino y encontramos a otro.

_ Serendipia se llama eso.

_ Jefe, eres una fucking caja de sorpresas incluso en tu vocabulario.

_ Son palabras que aprendía con Abraham Gascón, un youtuber al que seguía. Ahora se ha metido a político y ya no hace videos el muy cabrón.

“Increíble” pensó Diana cuando su jefe le nombró al que podía ser el verdadero asesino de Google Maps. Estaba la cosa de serendipias y quizás fuera el momento de aprovecharlas. Porque ella también se encontraba en un giro extraño de su situación, para encontrar algo muy diferente a lo que buscaba.

_ ¿Sabes, Pedro? Yo soy el único punto pendiente en todo esto. ¿Qué es lo que hago aquí si el asesino estaba en Pristina? Los Ángeles queda muy lejos de Kosovo – Diana aprovechó para introducir someramente el tema de sus sospechas sobre Fred Jurado. Por si la Interpol también podía tener una segunda vía de investigación abierta.

_ Los Ángeles y Kosovo, la extraña pareja -señaló Pedro Alcácer -. Suponemos que será algún truco final del hijo de perra de Hasani. Porque desconocemos las posibilidades y las ganas de Kosovo para entregarlo a la policía de tantos países con causas pendientes con él.

_ ¿Y si no fuera él? – Diana se atrevió a introducir la variable de que todos estuvieran equivocados. Porque ella sabía que todos estaban equivocados. La Interpol, el FBI, la Policía Nacional Española. Todos estaban cometiendo un gravísimo error. Pero ella solo tenía como prueba indirecta el recuerdo de Fred Jurado acercándose a ella como guía del Louvre.

_ ¿Quién iba a ser si no, Diana?

_ No sé, podría tratarse de un grupo criminal con varias cabezas en la cúpula. En su momento lo consideramos así, como una opción factible, cuando se empezó a perseguir a este asesino.

_ El tal Hasani hablaba de un americano que lo había engañado -prolongó la opción Pedro, aportando ese nuevo dato -. Pero nosotros no podemos calibrar su veracidad. Si el socio existiera, tu estancia ahí tendría podría tener algún sentido que hasta ahora se nos escapa.

_ Tal vez sea eso – Diana consideró que aquel testimonio de Hasani sobre su socio americano podría ser otra prueba de peso contra Fred. O sea que, si ella también descubría indicios más claros, la acusación parecía infalible.

Diana recordó a Fred diciéndole que lo había hecho todo porque estaba enamorado de ella. Y sin poder reconocerlo conscientemente sintió un escalofrío de desasosiego. ¿De verdad quería que lo

detuvieran? ¿Quería ser ella quien lo condujera a la cárcel como única conocedora de sus actos?

Con el último integrante de la banda ecuatoriana detenido, todo apuntaba a que Fred no había podido encargarse de Alberto. Diana estaba confundida, sorprendida, y en un punto inconfesable, a la expectativa.

_ ¿Qué dicen en el FBI de esa posibilidad de contar con dos asesinos? – La voz de Pedro había rebajado la euforia inicial de su llamada.

_ Aquí parece que están ya deseando cerrar el asunto. Y si el caso se cierra en el lejano Kosovo en lugar de en Los Ángeles, pues mejor para el FBI. Menos mierda que sacar bajo sus alfombras.

_ Será eso, te mantienen ahí por si acaso…

_ Claro, supongo que no se la quieren jugar por completo. Si yo me voy quizás se cabree ese supuesto socio del asesino de Google Maps – Diana también se sentía mal por no ser del todo clara con su jefe. El supuesto socio era el asesino principal y tenía que ser Fred, sumamente hábil como para traspasar sus marrones al tal Hasani.

En su deriva improvisada por la calle, Diana se descubrió entre la Sexta avenida y South Alameda Street. Había pasado de largo Broadway, donde había pensado curiosear los teatros, y había seguido hasta avanzar unos tres kilómetros, a juzgar por la distancia de los rascacielos del distrito financiero donde estaba su hotel. Mientras hablaba por teléfono, decidió tomar el camino de vuelta al Intercontinental.

_ Bueno, Diana. Si albergas alguna duda, adelante. Yo creo que Hasani no es muy de trabajar con socios. De todos modos, ten mucho cuidado y no vayas nunca sola por Los Ángeles.

_ Descuida, jefe. No salgo a la calle si no es por trabajo. Me pego media vida en el hotel – mintió Diana con una ironía que Pedro no podía detectar pero que a ella le hizo gracia.

Cuando colgaron, Diana giró de nuevo sobre sus pasos hacia la Sexta avenida Este. Necesitaba andar más. Pensó en lo curioso de aquella Sexta avenida, elegante y fastuosa metros antes, se iba convirtiendo ahora en un paraje de extrarradio. Las cosas cambian en ocasiones a un ritmo vertiginoso.

Cambios como los que estaba sintiendo en su forma de observar el caso del AGM. Una vez que Diana ya no tenía esa sensación de causa personal contra Fred todo cambiaba drásticamente. Podía acabar por ponerlo a disposición del FBI en cuanto atara todos los cabos. No obstante, algo le decía que Fred Jurado no era un mal hombre. Era eso

o que la estaba embaucando como a una suscriptora más de su canal.

Diana reflexionaba sin dejar de caminar. Solo cuando tuviera a Fred completamente en sus manos estaría preparada para soltar la bomba. Podía ser que Patricia Downley fuera la clave para todo ello. Pero también pensaba que ya con las pruebas en la mano quizás le pesaran demasiado. Fred Jurado estaba conformándose como una oportunidad para ella.

Los Ángeles seguía siendo una ciudad extraña; la Sexta avenida era un lugar extraño; incluso sus zapatos eran un lugar extraño que habitar. Diana avanzaba por un páramo vital. Soledad, lo contrario a la plenitud de un amor que Fred le prometía ahora, justo en el peor momento.

Fred como una mano que te aferra cuando parece que puedes deslizarte al abismo. El deber o los sentimientos. La justicia o la supervivencia. Diana sentía sus pensamientos movidos en una balanza de sinsentidos que basculaba de manera errática.

En lo único que Diana no tenía dudas era en la intensa atracción que Fred Jurado despertaba en ella. Algo en lo que sí podía pensar abiertamente sin remordimientos ni dobleces morales. Aquel hombre le despertaba esa atracción física del agua en el desierto, del alimento con el que matar toda el hambre.

El deseo sexual era libre, no dependía de valoraciones morales ni de planteamientos complementarios. Podía pensar en entregarse a Fred como un simple acto animal. Y al menos ahí su moral no tendría nada que objetar. Follárselo y entregarlo. El beso de Judas o el bocado letal de la mantis hembra después de la cópula.

Diana seguía andando sola y se reía de sus propios planteamientos estrambóticos. Lo bueno de un lugar como Los Ángeles es que su extraña actitud pasaba completamente desapercibida. Porque estaba sola, tremendamente sola.

Capítulo XXVI

Nunca he sentido mayor incertidumbre como en estos días. Esta es la parte del plan que no depende de mí. Solo Diana puede decidir lo qué va a pasar. El gato perseguido por el ratón.

Quizás no he calibrado bien la oportunidad. Quizás no he preparado de la mejor manera mi momento.

Diana está en un momento frágil. Y puede romperse hacia cualquier lado. Puede entender mi posición, acceder a mi plan. Pero también puede echar todo por tierra y decidir que debo pagar por mis actos. Para ella soy el asesino de Google Maps. Pero no puede denunciarme en base a una coincidencia sin mayor trascendencia para los demás, nuestro fascinante primer encuentro físico en el Louvre…

Por un lado, podría informar al FBI de que estuve con ella aquel día posterior a la explosión de la casa. Fred Jurado haciendo de guía en París, en el Louvre. Pero teme que nadie le haga caso sin unir más cabos antes.

Pero puede también que, a estas alturas, si no ha intentado aún denunciarme, sea que porque alberga ciertas dudas que se lo impiden. Algo en su fuero interno puede estar moviéndola ya hacia mí.

Me gustaría tener una nueva oportunidad para explicarle. Ahora ella ya sabe que yo no tuve nada que ver con el asesinato de Alberto. Todo fue culpa de la misma banda que se ocupaba del movimiento de la droga.

Tengo que confiar más en mí. Toda su energía puedo encauzarla si consigo esa nueva oportunidad. Pero tiene que ser ella la que se ponga en contacto conmigo.

Hoy sería un día de lo más oportuno para quedar. Podría ir al Intercontinental en cuanto termine de dar su paseo por el downtown. Y ahí encerrarme en su suite para plantear el todo o nada.

¿Qué le diría? Pues que el destino es pura zozobra. Pero que con ella estoy seguro de que un destino especial nos espera. Junto a ella siento que todo cobra más sentido. Con ella podría llegar a ser el hombre más feliz y poderoso del mundo. Y actuar ya de la mejor manera para que todo cambie.

No son delirios. No me creo Jesucristo sino más bien un alumno aventajado de Maquiavelo, quizás su príncipe. Ser presidente de los Estados Unidos es el fin de la misión, el objetivo para conseguir la paz a cualquier precio. Si vis pacem, para bellum sería otra de las frases que podría acuñar Maquiavelo.

Pero todo depende ahora de Diana. Estoy enteramente en sus manos. Y solo puedo esperar que decida. Si vuelve a ponerse en contacto conmigo sabré que tengo una oportunidad.

Lunes 7 de abril 2025

“La sabiduría consiste en saber distinguir
la naturaleza del problema
y en elegir el mal menor”.

Maquiavelo

Capítulo XXVII

Diana se había citado con Patricia Downley en una de las cafeterías del Intercontinental en la última planta del enorme edificio donde ella se alojaba. Un espacio muy tranquilo de vistas fascinantes. Un virtuoso pianista acompasaba aquella mañana de lunes para gentes ociosas que podían entregar su lunes al café y al piano.

El día había salido radiante y desde los ventanales se podía intuir el Pacífico tras la calima. Diana perdía la vista embelesada. Tal como decía Liam, el Intercontinental era una atalaya perfecta para apreciar Los Ángeles en su majestuosidad o en su caos, según se quiera mirar.

Patricia Downley llegó hasta Diana sin apenas darse cuenta.

_ ¿Señora Pérez?

Diana se giró con una carpeta entre las manos, al uso de una entrevistadora de recursos humanos o de la audición para una película. Pérez era el apellido que le había dado a Patricia por teléfono para su singular cita.

_ Hola, Patricia ¿qué tal? – La joven llevaba unos pantalones vaqueros ajustados y una camiseta de manga corta, con la famosa boca de los Rolling Stones representada en brillantes lentejuelas. En su mano derecha sostenía una chaqueta también vaquera.

_ Muy bien, señora Pérez – Patricia saludó inquieta, con gestos que pasaban de una especie de reverencia a una incómoda lejanía – Es todo como muy raro ¿no?

_ Naaa – aseguró Diana tratando de quitar tensión al momento -. Ya sabes cómo es Abraham. Siempre buscando la sorpresa.

_ Ya lo podemos llamar Fred Jurado ¿no? -apuntó acertadamente Patricia -. Todo un candidato demócrata – acabó riendo.

_ Sí, Fred es una caja de sorpresas – Diana se acercó a Patricia y la condujo hacia un conjunto de sofás enfrentados ante un gigante ventanal, en el centro de la sala. El pianista seguía tocando sus piezas. Un par de espacios más al fondo, tres hombres trajeados debatían amistosamente puestos en pie, en plena despedida de algún negocio.

Una camarera de rasgos latinos se acercó a ellas conforme tomaban asiento. Patricia miró a Diana, para ella señora Pérez, y Diana hizo gestos para que pidiera lo que se le antojase. Al final fueron dos cafés solos.

Diana agradeció esa sensación de preeminencia ante Patricia. Tenía que sentirse segura para amedrentar, si procedía, a su visita.

_ Bueno, Patricia. Pues como te dije, se me ha encomendado quedar contigo como parte del protocolo de seguridad de Fred Jurado para la fiesta que tiene previsto dar en el Exupery la semana próxima, el jueves por la noche.

_ Perfecto. No tengo nada previsto para ese día – Patricia empezó a sentirse segura o al menos a intentar transmitir confianza.

_ Fred Jurado es muy receloso con las invitaciones a sus amigos. Pero necesitamos saber más de tu situación actual.

_ Bueno – cruzó sus brazos Patricia -. Pues actualmente estoy trabajando como modelo de peluquería. Y estoy haciendo mis incursiones en el cine.

_ Por situación actual me refiero a alguna relación sentimental – apuntó Diana sonriendo a Patricia. Le tocaba empezar a inventarse una película para intentar sonsacarle información –. No sabes la de problemas que pueden sobrevenir cuando aparece algún novio celoso. La última vez llegó hasta la casa de Fred en Santa Mónica el novio de una tal Rachel. Tú ya has estado en casa de Fred ¿no?

_ Sí – confirmó sonriendo Patricia, sonrojándose.

_ Me refiero a la casa de Santa Mónica.

_ La dirección no la recuerdo. Abraham, o sea Fred me llevó en su coche con los ojos vendados. Fue un trayecto largo, pero no sé dónde me llevó. Y a la vuelta lo mismo.

_ Ya sé, ya – acompañó Diana sin poder ocultar su sorpresa – Y no te asustaste con ese rollo del vendado.

_ Bueno, Abraham es muy convincente. Y tenía todo el sentido del mundo por aquello de preservar su intimidad.

_ Oye, y ahora, entre mujeres… - buscó Diana una total confidencialidad -. ¿Qué te pareció Fred? – He de confesarte que me das cierta envidia. Yo también estuve con él una vez. Pero a mí no me ha vuelto a llamar.

_ Si ha estado con Fred, señora Pérez, ya sabrá que no hay otro hombre igual en la cama – Patricia parecía venirse arriba –. Es tan convincente hablando en su canal de youtube como sabio en la cama.

_ Es un virtuoso, sí – acompañó Diana -. Pero a mí me enerva que sea tan escrupuloso con eso de la seguridad. A una solo le queda un buen recuerdo y ya no sabe si volverá a llamarle para ir a su casa. Yo juraría que vive en Santa Mónica. Como dices para mí también fue un trayecto largo desde Los Ángeles - Diana se removió hacia atrás, apoyando su cabeza en el sofá – Pero valió la pena. Qué pasada esa

piscina infinity y ese salón con el puñetero centro de control ese de la NASA.

_ Yo tengo alguna ventaja… Cada noche puedo recordarlo – afirmó Patricia con sonrisa maliciosa -. Tengo un video de mi noche con Abraham - Patricia ya se sentía como si estuviera con una amiga. Una amiga especial que ya sabía de lo que hablaba. El haber compartido noche de pasión con el mismo amante despertó en Patricia una rápida sintonía.

_ ¿De verdad? – Diana no tuvo que fingir la ilusión – Estaba deseosa de ver ese video. Aunque no con el interés que Patricia imaginaba.

Patricia no dudó en enseñarle un video que no tardó en encontrar en su móvil. Seguramente lo tendría en alguna carpeta de favoritos.

En la ruta de Patricia por la casa, Diana pronto pudo determinar coincidencias muy notables con la casa incendiada en Santa Mónica. Coincidía la posición del puesto de control en el salón y la escalera a la espalda de este.

Los detalles de distribución de la primera planta los recordó más por el plano que por la visualización directa en su visita con Liam. Las coincidencias se multiplicaban. La expectación evidenció en su rostro una tensión repentina. Algo que utilizó para cambiar el guion de la entrevista al terminar el video de algo menos de un minuto…

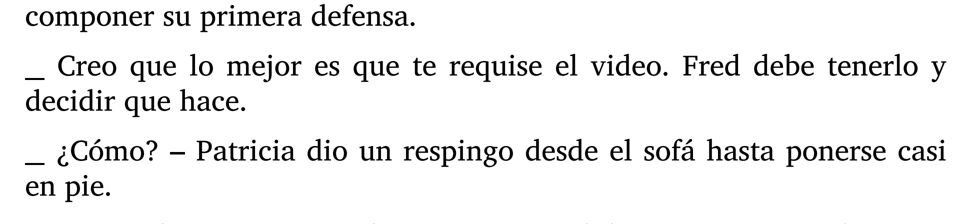
_ Eso de grabar una propiedad privada y a alguien en su cama tiene sus riesgos. Lo sabes ¿no, Patricia? Entiendo que no lo has movido por redes ni enviado a amigas…

_ Claro que no. Es una cosa muy íntima. Jamás pensaría en publicarlo o pasarlo por ahí – El rostro de Patricia subió todos los tonos en la gama de los rojos. De repente la sintonía con la señora Pérez se había convertido en amenaza.

Mientras las dos mujeres se embarcaban en un silencio incómodo, Diana disimuló revisando su carpeta. Estaba considerando dos opciones para conseguir ese video que vinculaba a Fred Jurado con la casa de Santa Mónica de manera indubitada, a las buenas o a las malas. Aquello era la evidencia gráfica que lo señalaba como el asesino de Google Maps.

_ Bueno, Patricia. La cuestión es que tengo que elegir entre varias candidatas para la fiesta. Tú me estás cayendo muy bien ¡eh! Eso quiero que lo sepas. No sé, siento que sintonizo contigo. Pero con esto del video no jugaste limpio.

_ Estaba muy emocionada aquella noche. Habíamos bebido unas copas y ni sabía lo que hacía – aseguró Patricia, capaz, pese a todo, de



componer su primera defensa.

_ Creo que lo mejor es que te requise el video. Fred debe tenerlo y decidir que hace.

_ ¿Cómo? – Patricia dio un respingo desde el sofá hasta ponerse casi en pie.

_ Tranquila, Patricia. Fred no tomará medidas porque yo no le voy a decir que es tuyo. Solo se escucha tu voz baja. No se ve tu cara – Diana hablaba muy seria. Sus ojos negros más que escrutar a Patricia la acechaban. Para Diana ese video era definitivo y lo tenía que conseguir -. Esto tiene que servir para que sea más cauteloso y debe tenerlo.

_ Ni de coña – aseguró Patricia levantándose rápidamente – No sé de qué va todo esto pero no cuentes conmigo.

_ Por favor, Patricia, tienes que considerarlo. Es lo mejor para todos -. Diana no estaba dispuesta a perder su prueba esencial. Anduvo tras ella y se puso a su lado.

Patricia salió de la cafetería y dudó en la dirección a tomar. Unos segundos en los que Diana lo vio todo claro. Sacó su minitaser de bolsillo y le aplicó una descarga en el cuello que dejó a la joven desorientada.

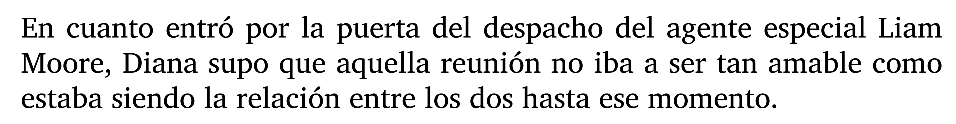
La condujo hacia la puerta de salida de emergencia. Por suerte Diana conocía ya algunos detalles importantes de su hotel. Se sentó junto a ella en las escaleras e intentó desbloquear el móvil. Al solicitar el registro con huella digital, Diana cogió el dedo de Patricia no sin cierta oposición. Esa taser de bolsillo duraba menos de lo que imaginaba.

Consiguió desbloquear el terminal. Seleccionó la barra de navegación para disponer de las últimas funciones utilizadas y pudo acceder directamente al video. Lo compartió con su propio terminal mientras forcejaba con una Patricia debilitada aún.

Al terminar la operación borró el video del móvil de Patricia y se levantó. La chica aún estaba sentada e intentaba recomponerse como de una atroz borrachera.

_ Joder, Patri, no era tan difícil. Espero que no cuentes nada de esto, porque tengo tu video y se te caería el pelo. – cuando Diana ya se iba a marchar. Se arrepintió y se dispuso a ayudar a Patricia a levantarse - Desayuna más fuerte, mujer, que esos mareos no pueden ser nada bueno.

Capítulo XXVIII



En cuanto entró por la puerta del despacho del agente especial Liam Moore, Diana supo que aquella reunión no iba a ser tan amable como estaba siendo la relación entre los dos hasta ese momento.

_ Estamos a punto de dar por concluido el caso del AGM, Diana – Liam se apoyaba sobre sus codos, con los dedos entrecruzados bajo su barbilla. Apenas había dado tiempo a que Diana se sentara al otro lado de su mesa.

_ Entiendo. Las evidencias contra Hasani son abrumadoras - apuntó Diana compartiendo esa misma solvencia sobre los hechos.

_ Solo queda algún pequeño detalle, un hilo que cuelga del traje a medida que es este caso – Liam deslizó sus codos y bajó las manos, aún entrelazadas, a la mesa mientras se vencía hacia adelante, hacia Diana - ¿Para qué has venido, Diana? ¿Para qué te hizo llamar el AGM hasta aquí?

_ No tengo ni idea, Liam – Por muy agente especial que fuera, Diana no se iba a sentir amedrentada en aquel despacho que por momentos, si uno se fijaba en las vistas sobre Los Ángeles, parecía suspendido en el cielo.

Y Diana no mentía en su respuesta. Porque ciertamente ya no sabía para qué estaba en Los Ángeles. Llegó en busca del AGM y se estaba teniendo que reencontrar a ella misma. La más singular de las serendipias posibles.

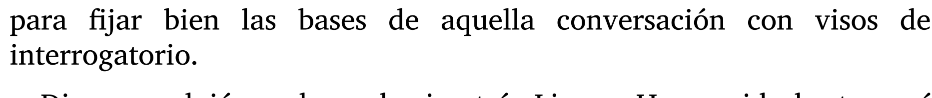
Podía enseñarle el video de Patricia a Liam y el caso daría un giro de ciento ochenta grados. Pero es que las cosas estaban cambiando tanto y tan rápido. Fred Jurado ya no era su odiado enemigo. Tras la pérdida de Alberto, Fred asomaba ahora como un atisbo de esperanza, una incipiente duda que le había devuelto la vida.

_ Te hemos estado siguiendo, Diana. Por tu seguridad inicialmente. Ya sabes que vimos cómo te reuniste con Fred Jurado…

_ Le debí causar buena impresión y tiene mucha curiosidad por mi cultura. Se puede decir que hemos conectado como amigos. He estado muy sola en esta ciudad.

_ Podría creer que lo has seducido desde que te conoció, Diana. Eres una mujer atractiva. ¿Pero el mismísimo Fred Jurado? La mitad de las mujeres de Estados Unidos querrían pillarlo.

_ Me gustaría mantener mi vida privada alejada de esta conversación. Me habéis vigilado, Liam. ¿Esa es la forma en la que tratáis a una policía de un país colaborador? – Diana empezó a defenderse atacando


para fijar bien las bases de aquella conversación con visos de interrogatorio.

_ Diana – volvió a echarse hacia atrás Liam – Has venido hasta aquí reclamada por el AGM para actuar como una suerte de interlocutora. Pero ahora mismo se podría pensar que tienes algún vínculo con él que te acerca a la frontera de la sospecha – Tampoco Liam se asustó ante las insinuaciones de Diana.

_ Podría considerarse así, Liam. De no ser porque os lo entregué en bandeja el año pasado, justo cuando se os escapó al prender fuego a su casa. ¿Recuerdas?

_ Podría hablar con Patricia Downley – obvió la crítica directa y esclarecedora de Diana sobre su posición frente al AGM-. Me refiero a la chica con la que te has reunido esta misma mañana. Quizás ella sepa algo que tú hayas olvidado contarnos. O quizás podamos sacarle algún secreto que podáis compartir. Patricia forma parte de tus investigaciones en el Viewfinder, por lo que hemos encontrado en tu historial.

_ Liam, he tratado de buscar respuestas en torno a Dorotha Brown, sí. Me fastidia enormemente lo que sucedió con esa chica en la explosión de la casa del AGM – el corazón de Diana se desbocaba en esos instantes. Una cosa era su extraña relación con Fred Jurado y otra pasar a ser sospechosa de encubrimiento en un crimen. De hecho, lo estaba empezando a ser.

He llamado a varias chicas. He intentado reunirme con alguna más. Patricia fue la primera que accedió a atenderme. Liam, estoy segura de que Dorotha tuvo una vida oculta, contactos que no se pudieron rastrear cuando se investigó su muerte. Le he estado hablando de Dorotha a Patricia. Pero por desgracia no la conocía.

Pese a su tensión interior, Diana se mostró convincente. O eso creía.

_ No me gustaría descubrir que nos estás mintiendo, Diana.

_ He investigado de la mejor manera que sé, Liam – insistió Diana-. Y hasta ahora no hay nada nuevo sobre el AGM. No dudo que Hasani no sea el completo culpable del asunto. Pero tal y como están las cosas, la verdad que tenemos es esa.

_ Si así fuera, podrías volver a España. Caso cerrado – comentó Liam manifestando un deje de ironía –. Pero te tenemos que pedir que no abandones el país hasta que no esté todo absolutamente claro.

_ Muy bien – Diana se levantó dando por terminada la conversación. Aprovechando su situación por encima de un Liam que la observaba con la cabeza levantada, terminó –, pero ¿Quién ha dicho que quiera

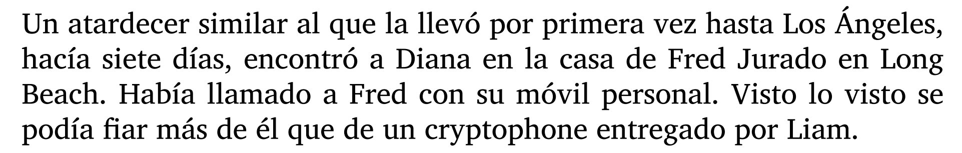
volver a España?

En su aseveración, desconcertante para Liam, Diana encontraba nuevos fundamentos que la iban rondando desde el fin de semana. Fred había pasado de ser su enemigo número uno a una extraña esperanza…

_ Me descolocas, Diana – terminó por levantarse también Liam -. Creo que debo contarte algunas cosas que no sabes. Por eso mismo de tu seguridad que te he indicado antes. Acompáñame a tomar un café, anda. Dejemos aquí los teléfonos, no nos harán falta.

Liam invitó a Diana a salir de su despacho y la condujo por el corredor hacia el ascensor. En la calle llovía, milagrosamente.

Capítulo XXIX



Un atardecer similar al que la llevó por primera vez hasta Los Ángeles, hacía siete días, encontró a Diana en la casa de Fred Jurado en Long Beach. Había llamado a Fred con su móvil personal. Visto lo visto se podía fiar más de él que de un cryptophone entregado por Liam.

_ En cuanto tuve noticias de la detención del tipo del fusil VSS he estado tentado en llamarte – aseguró Fred.

_ Siempre lo sabes todo, Fred – señaló Diana no sin cierta sorpresa. Más calmada respecto a Fred, empezaba a sentir incluso un punto de admiración por él.

_ Bueno, ya sabes que tengo mis fuentes. No pretendo tener secretos para ti – Fred observó a Diana en busca de indicios de su actitud frente a él en aquella visita.

Que lo hubiera llamado ya podía demostrar un cierto ánimo de reconciliación. Pero todo podía ser pura fachada. No le había pedido su móvil ni había revisado posibles sistemas de escucha. Aquella era una reunión a tumba abierta. El todo o nada. Completamente en manos de una mujer a la que apenas conocía, pero por la que sentía algo que jamás había albergado por cualquier otra alma.

Para la ocasión había preparado una velada en el jardín de su casa. Nadie los acompañaba en aquella ocasión. Había dado la tarde libre al servicio. Quería que aquello fuera especial. Sobre la mesa unas copas de vino blanco donde irisaban las luces del atardecer. Con ellas brindarían por la gloria o el desastre.

_ He conocido a Patricia Downley – comenzó Diana tras el primer trago de aquel vino dulce.

A Fred le costó recordar, rastrear en la base de datos que parecía escribirse en paralelo entre su mente y su sistema informático.

_ Eran otros tiempos. Siempre he buscado el amor, Diana. Pero jamás…

_ Ella tenía un video de tu casa en Santa Mónica. La que saltó por los aires.

Diana puso sobre la mesa su rotunda prueba. Y Fred comprobó que Diana había ido hasta ahí para entregarlo a la policía. Lamentó no tener más cuidado con las invitadas a su guarida en Santa Mónica.

_ Muy bien, Diana. Me tienes. Entiendo que esto es el fin. No está mal para un final de película, una última copa al atardecer del Pacífico. Como el condenado al que se le concede la última petición. Pero me sorprende que seas tan fría – Fred no pudo ocultar su decepción con

ella. Pero quiso reconducir sus emociones en sintonía con lo que su corazón le dictaba -. Aunque sabes, Diana. Estoy dispuesto a ello. Nada de esto tiene sentido sin ti.

_ Estás loco, Fred. ¿Qué puñetero plan es ese en el que me incluyes? – Diana aún se forzaba a mostrarse distante. La Inspectora Silvera aún dominaba buena parte de la voluntad de Diana. Demasiados años ejerciendo de policía…

_ Era nuestro plan Diana. Una bendita locura, como tú dices - Fred la miró de cerca acercándose a la mesa. Diana combinaba enojo y desconcierto. Y Fred descubrió que aquella mezcla de emociones incrementaba la belleza de su intensa mirada de jade negro. Antes de entregarlo, Diana quería saber para que la quería en su demencial plan.

_ Llevaba mucho tiempo tratando de dar sentido a mi vida -continuó explicando Fred -. Las cosas ocurren de una manera desconcertante y hay que buscar el orden, el motivo, lo que sea que nos trae aquí.

_ Todo eso puede tener que ver con la pérdida de tus padres… casi matas de una paliza a otro chaval, a ese tal Michael – En su intención por mostrarse aún alejada en lo emocional, Diana interpretó un papel analítico sobre los motivos de Fred.

_ Seguramente, Diana. Veo que has investigado sobre mí. Espero que no solo escuchando al pobre Robert Miller – Fred tragó saliva al recordar como quitó de en medio a su contrincante en pleno directo-. Mi vida apuntaba a desastre cuando perdí a mis padres en el incendio. Y tuve mis días de rebeldía incontrolable. Pero lo reenfoqué todo. Si la vida es injusta con uno, es el momento de establecer un nuevo plan claro. Podía haberme hundido entonces, pero salí adelante.

_ Lamento mucho lo que te pasó, Fred, de verdad – aseguró Diana cediendo ligeramente en su impostada posición de frialdad –. Pero tu plan está siendo un pelín desproporcionado ¿no crees?

_ No sé si desproporcionado es la palabra. El mundo es desproporcionado e injusto y quizás solo yo esté dispuesto de verdad a cambiarlo. ¿Has oído hablar de Maquiavelo? – Fred empezó a vislumbrar esperanza. Diana estaba aguantando su charla sin visos de pasar al ataque. Su mirada incisiva había pasado a denotar dosis de curiosidad. Sus manos empezaron a juguetear con la copa de vino. Detalles que reconducían la reunión a una cita.

_ Conozco de Maquiavelo lo que sabe todo el mundo. Aquello de que el fin justifica los medios – afirmó Diana -. Aunque eso lo sabe hasta un niño de primaria. Me imagino que tendrá mucho más que ofrecer un destacado pensador del Renacimiento como él.

La noche iba cayendo y las luces del jardín se encendieron repentinamente. El océano Pacífico se iba convirtiendo en un fondo negro, salpicado del blanco de unas olas que gemían al romperse suavemente sobre la playa cercana.

_ Bueno, por lo menos lo has contextualizado bien en el Renacimiento – sonrió Fred rompiendo un poco más el hielo de Diana -. Maquiavelo dio sentido a todo lo que me pasó, a mi pérdida. Me costó verlo. Pero cuando por fin pude recuperar mi sitio en el mundo decidí que toda mi rabia, toda mi tristeza debía enfocarla en hacer un mundo mejor. Las tragedias deben servir para eso. Tienen que ser el punto de partida para algo mucho mejor.

_ Puedes estar en lo cierto o puede que simplemente estés loco – Diana no se alejaba de un Fred cada vez más próximo. Su voz brotaba entrecortada, yendo y viniendo de una a otra, desde la Inspectora Silvera a Diana. Como dos personalidades distintas avanzando en imprevisible espiral de sensaciones y pensamientos.

_ Un hombre enamorado siempre está loco.

_ ¿Vas a hacer pagar a un inocente por todo lo que tú has hecho? Me refiero al pobre Hasani.

_ Yo no lo hice, Diana. Yo solo proveía de los medios. En cuanto a Arben Hasani no es ese pobre inocente que dices. Él es el jefe de una de las mayores organizaciones criminales del mundo. Y le tocó la china de ser mi hombre de paja en todo esto. De alguna forma siempre esperé el momento óptimo para ponerlo en la picota.

_ Fred, tú crees que no eres un asesino. Convénceme de que no lo eres – La mirada de Diana trasladaba un gesto de súplica, de necesidad de entender completamente.

_ Diana – acotó Fred antes de apurar su copa y de volver a llenar ambas con el vino extraído de la cubitera -. Maquiavelo es el camino en el estado actual de las cosas. Los polis buscáis a los malos, la justicia actual los libera. Los abogados engañan, los peores delincuentes sobornan. Y todo sigue funcionando como si nada. El engaño es perfecto. El truco es digno del mejor prestidigitador.

_ Eres un antisistema forrado en millones, perdona que te diga - se burló la inspectora Silveira esta vez.

Ambos rieron. Fred disfrutó de ese toque impertinente.

_ Bien, visto, Diana. Pero solo alguien en mi posición podría animarse a cambiar el mundo.

_ Eso sin olvidar tu rollo narcisista – continuó ridiculizando ella.

_ Bueno, también tengo un poquitín de ego. Pero no ese tipo de ego inútil de tener el coche más caro.

Diana estalló en una risa y ofreció un brindis a Fred con su copa. Sin duda su nuevo amigo tenía sus estridencias, excentricidades que lo habían convertido en ese influencer capaz de movilizar a seguidores de todo el mundo. Pero a la vez sus rarezas la estaban conquistando desde esa misma anomalía del amor.

_ Diana, si esto es el fin, dímelo – después del brindis Fred se puso serio – Nada de esto tendría ya sentido sin ti. Y estoy dispuesto a que arrases con todo. El sueño de un loco que quería cambiar el mundo.

_ Hay ciertos puntos de fuga en tu plan – continuó Diana como toda respuesta.

_ ¿A qué te refieres?

_ Patricia Downley. El video ¿Recuerdas? Te dije que tenía una grabación de la casa de Santa Mónica contigo dentro. Ahora solo lo tengo yo. Pero el FBI quizás hable con Patricia.

Fred entendió que Diana se podía estar poniendo de su lado. No estaba pensando en entregarlo sino en ayudarlo.

_ Me encantaría saber cómo has conseguido ese video. Pero bueno, si Patricia ya no lo tiene, ni ella ni el FBI supondrían mayor problema. Si estás de mi lado, claro – Fred acercó su silla hasta Diana – Porque yo podría decir que la traje a mi casa que es esta, en Long Beach. Y ella no tiene ya el video para demostrar otra cosa.

_ Claro – descubrió Diana de repente – Porque además vendaste a Patricia hasta la casa de Santa Mónica.

_ Exacto. No era muy romántico, pero es que tampoco esperaba más de aquellas relaciones – Fred Jurado tuvo una cierta necesidad de justificarse sobre su lista de amantes.

_ Sabes, Fred – Diana quiso aparcar esa idea del mujeriego impenitente-, creo que siempre estuve de tu lado sin saberlo. Y no sabes lo que me ha costado robar ese puñetero video para descubrir ahora que simplemente lo hice por tu seguridad.

Diana se entregaba a esa sensación que le había ido llegando como una reciente revelación hacia el firme convencimiento, sobre lo que tenía que hacer con su vida. Desde lo más profundo de su ser hasta cada célula de su piel.

_ Estar a mi lado sin saberlo – repitió Fred -. Ese es ejemplo más claro del juego entre el libre albedrío y la predestinación. Lo que nos ha juntado a ti y a mí aquí hoy. No soy yo quien decide y quizás tu

tampoco, aunque tengas mi destino en tus manos. Algo reescribe partes del guion por encima de nosotros.

Capítulo XXX

Fred se acercó a Diana hasta rozar sus labios y sintió un chispazo que recorrió todo su cuerpo y que convirtió la realidad a su alrededor en un simple atrezo. Ese era su momento, el momento de lanzarse al que había invitado a todos los seguidores de su canal cuando se despidió de ellos.

Se besaron entre susurros de necesidad, amor y pasión. Palabras incomprensibles y crecientes gemidos que contenían la misma bravura de las olas.

Fred llevó a Diana hasta un mirador cerrado sobre un alto del jardín. Una gran cama gobernaba aquel espacio. Y allí se enredaron en su pasión desesperada.

_ Fred, en la cama te pareces más a un infatigable Marqués de Sade que a Maquiavelo – comentó Diana exhausta. La madrugada los mantenía en vela por sobredosis de excesos carnales.

_ Eres genial – sonrió Fred. Desde el mirador en el jardín se veían estrellas y vía láctea como pocas veces. La lluvia de la tarde parecía haber aclarado el cielo y tras la fuga de las nubes, la cúpula celeste se presentaba en toda su grandiosidad.

_ ¿Hasta dónde llega Maquiavelo, Fred? – miró Diana a su amante.

_ ¿A qué te refieres, Diana? – se giró Fred acariciando el cabello oscuro de Diana.

_ O sea, para que nuestro guion se haya podido escribir hemos tenido muchos escollos importantes. Antes me has asegurado que tú nunca has matado, pero Dorotha Brown…

_ Fue algo entre el olvido y lo intencionado, sí – acabó reconociendo Fred mientras Diana jugueteaba con su vello del pecho – Ella podría haberlo contado todo. No podía salir viva de ahí.

_ El mal menor de Maquiavelo, sin duda. Es triste, pero tenía que ser así – confirmó Diana - ¿Y el hijo de puta ese de Robert Miller?

_ Pobre, un infarto en directo. Intenté salvarlo, pero…

_ Fred, soy yo, cariño. No me cuentes un cuento.

_ En la darkweb encuentras de todo. Desde alguna obra de arte extraviada hasta el veneno más indetectable.

_ Se lo merecía… - ya sabes que estuve viendo el video de su entrevista en la Fox – El muy cabrón no hacía más que atacarte buscando puntos flacos como fuera.

_ Te aseguro que no estoy orgulloso de la muerte de Robert Miller, menos aún de la de Dorotha Brown. Sus muertes fueron esos medios que justifica el mejor fin – Fred se puso de nuevo sobre Diana -. Estoy seguro que contigo vamos a hacer un equipo invencible, Diana.

_ No lo dudo, Fred. Tu carrera hacia la Casa Blanca solo acaba de empezar.

_ Y estarás siempre conmigo ¿verdad?

_ No lo dudes. Estaré siempre detrás de ti.

Martes 8 de abril 2025

"Es doblemente placentero mentir al impostor"

Maquiavelo

Capítulo XXXI

_ A veces toca hacer un trabajo sucio, Diana – aseguró Liam aquel martes 8 de abril a las nueve y media de la mañana.

Diana se encontraba con él en su despacho, visiblemente cansada, agotada.

Había pasado toda la noche en casa del AGM. Encontrarse ahora en el despachó de Liam se le hacía extraño.

Porque una parte de ella se había quedado en aquella casa fastuosa con vistas al mar. La parte en la que su soledad había sucumbido a los encantos de Fred.

_ ¿Quieres un café? – cortó sus pensamientos Liam.

Diana ni se inmutó y Liam entendió que aquel no era un buen momento para ella. Pero quizás no tanto por lo que él pensaba.

_ Estuvo a punto de convencerme, Liam – levantó la vista del suelo Diana. Se había sentado en un sillón alejado del escritorio de Liam – Una parte de mí entendía que él era mi oportunidad.

_ Gente como Fred Jurado son especialistas en el engaño, Diana. Es algo así como los líderes de las sectas, saben cuando está uno débil.

_ No sé. Fue muy extraño. Era más bien como que había encontrado algo a lo que agarrarme. No estoy pasando mi mejor momento ¿sabes?

Liam se acercó a ella. Se sentó en otro sillón que componía un aparte en aquel despacho.

_ Si yo te contara, Diana – aseguró él – Lo de la soledad es una nueva pandemia de nuestros días, amiga.

Diana sintió un escalofrío. Tampoco era el momento de enfrentarse a una terapia improvisada.

_ ¿Por qué sospechabais tan claramente de Fred? ¿Cómo atasteis tan pronto los cabos respecto a la muerte del otro candidato, el tal Robert Miller?

_ Fue gracias a ti, Diana. Quizás tú no tuvieras tan claro que hacías aquí. Al menos no lo tenías de partida.

_ Pero el FBI volcó todos sus esfuerzos en ti – aseguró Liam sin saber si buscar una mayor proximidad con la que calmar a Diana.

_ Mi reunión con Fred os sirvió de aviso – Los ojos vidriosos de Diana manifestaban una nueva tormenta entre las tantas vividas en los últimos días.

_ Sí. Lo de la muerte de Robert Miller fue un shock para todo el

mundo. Pero aquello de morir en directo... Y el espectáculo que montó Fred Jurado para atenderlo. Era tan teatral como siniestro. Y Fred tenía su pasado…

_ Si no hubiera conseguido la confesión de Fred ¿Qué habría pasado, Liam?

Liam se levantó y se acercó a su ventana, su particular rincón de pensar. Diana decidió acompañarlo para no perderse nada.

_ Etiquetarlo como el AGM habría sido más difícil sin poder cargarle las muertes de Dorotha y de Robert Miller. Las evidencias sobre Hasani lo podrían haber mantenido a salvo. Porque el entramado desviaba las pistas sobre los encargos criminales. Lo de los asesinatos cruzados ¿Recuerdas?

_ Pero teníamos el testimonio de Patricia. Y con el programita ese vuestro, el ViewFinder podríamos haber dado con más chicas – señaló Diana.

_ No era concluyente, Diana. Vagos recuerdos de la chica, un video suyo merodeando por una casa que se parecía a la de Santa Mónica. Nada concluyente. Ya sabes cómo son los jueces. Y sobre todo cómo son los buenos abogados que pueden pagar tipos como Fred.

_ Bueno, entonces me alegro de que mi intervención haya sido definitiva – Diana puso una mano en el hombro de Liam – Y también me alegro de que me abrieras los ojos respecto a Fred.

_ Pensé que te perdía, Diana. Te veía dispuesta a pasarte al otro lado.

_ Y ahora viviría en una maravillosa casa. Y dentro de unos años podría haber sido la primera dama en la Casa Blanca. La primera española en conseguirlo.

Los dos rieron. Y una vez más la risa consiguió actuar con su efecto reparador.

_ ¿Sabes, Diana? No sé, dudo hasta del accidente de los padres de Fred Jurado, todo puede ser con este tipo, Diana.

_ Eso ya nunca lo sabremos, seguramente, Liam. Pero yo creo que no fue cosa suya. Hay algo en él, bajo ese ego retorcido, que desprende cierta humanidad.

_ Confías demasiado en la gente, Diana. Al menos para ser policía - Liam miró su reloj mientras hablaba. Eran ya las diez menos cuarto -. El operativo ya estará llegando a casa de Fred. Debemos prepararnos, porque la noticia va a ser una bomba a todos los niveles.

Capítulo XXXII

Fred se despertó poco antes de las diez de la mañana. Miró a su alrededor. Comprobó con cierto desencanto que estaba solo.

Pero Diana se había encargado de llevarle el desayuno. Lo tenía a los pies de la cama, en el baúl. Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Fred Jurado.

En la bandeja del desayuno había un zumo, tostadas, leche… y un sobre de floristería para recién enamorados.

Para mi querido Fred:

Dentro del sobre un beso con carmín y un nuevo texto a mano que estiró aún más la sonrisa de Fred.

Maquiavelo es preparte el desayuno después de hacer el amor toda la noche.

Maquiavelo es mentir como medio para el fin.

Maquiavelo es meter una puta grabadora bajo esta cama.

Maquiavelo es disfrutar del sexo con un asesino.

Ni el putísimo Maquiavelo te salvará de la cárcel.

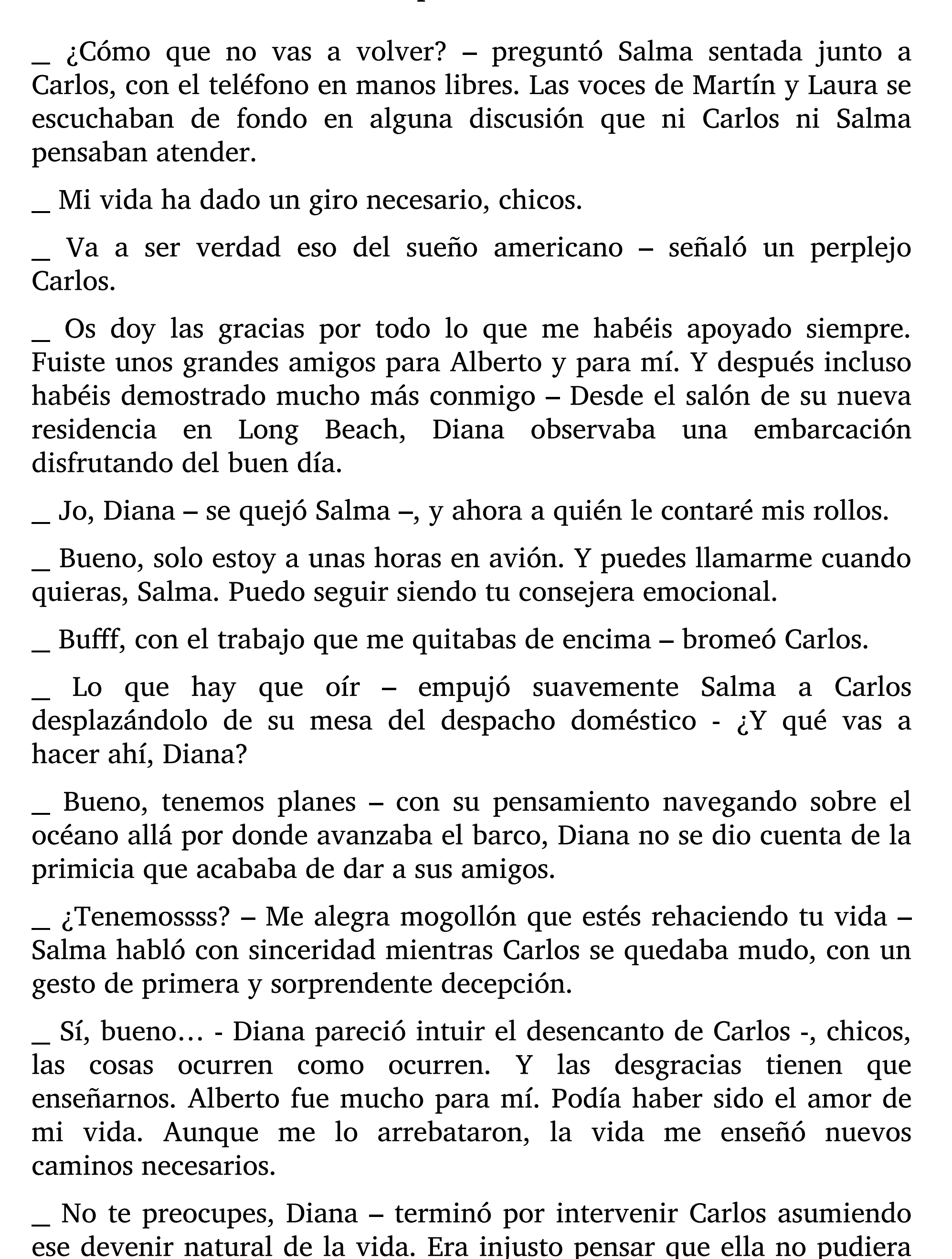
Adiós,

Diana

Viernes 25 de abril 2025

"Las leyes no deben mirar hacia cosa ya pasada,
sino proveer para las futuras"
Maquiavelo

Capítulo XXX



_ ¿Cómo que no vas a volver? – preguntó Salma sentada junto a Carlos, con el teléfono en manos libres. Las voces de Martín y Laura se escuchaban de fondo en alguna discusión que ni Carlos ni Salma pensaban atender.

_ Mi vida ha dado un giro necesario, chicos.

_ Va a ser verdad eso del sueño americano – señaló un perplejo Carlos.

_ Os doy las gracias por todo lo que me habéis apoyado siempre. Fuiste unos grandes amigos para Alberto y para mí. Y después incluso habéis demostrado mucho más conmigo – Desde el salón de su nueva residencia en Long Beach, Diana observaba una embarcación disfrutando del buen día.

_ Jo, Diana – se quejó Salma –, y ahora a quién le contaré mis rollos.

_ Bueno, solo estoy a unas horas en avión. Y puedes llamarme cuando quieras, Salma. Puedo seguir siendo tu consejera emocional.

_ Bufff, con el trabajo que me quitabas de encima – bromeó Carlos.

_ Lo que hay que oír – empujó suavemente Salma a Carlos desplazándolo de su mesa del despacho doméstico - ¿Y qué vas a hacer ahí, Diana?

_ Bueno, tenemos planes – con su pensamiento navegando sobre el océano allá por donde avanzaba el barco, Diana no se dio cuenta de la primicia que acababa de dar a sus amigos.

_ ¿Tenemossss? – Me alegra mogollón que estés rehaciendo tu vida – Salma habló con sinceridad mientras Carlos se quedaba mudo, con un gesto de primera y sorprendente decepción.

_ Sí, bueno… - Diana pareció intuir el desencanto de Carlos -, chicos, las cosas ocurren como ocurren. Y las desgracias tienen que enseñarnos. Alberto fue mucho para mí. Podía haber sido el amor de mi vida. Aunque me lo arrebataron, la vida me enseñó nuevos caminos necesarios.

_ No te preocupes, Diana – terminó por intervenir Carlos asumiendo ese devenir natural de la vida. Era injusto pensar que ella no pudiera rehacer su vida.

_ Este cambio de vida que me ha llegado de manera insospechada, es también un cierre a un tiempo que ahora me parece demasiado oscuro.

_ Te entiendo – aseguró Salma evocando su secuestro -. No fue nada

fácil para nadie. Pero al final el asunto del asesino de Google Maps ya está cerrado y la muerte de Alberto también ha encontrado justicia.

_ Sí, a eso me refiero, Salma – Diana sintió alguna lágrima descender por su mejilla –. Quizás podáis venir algún día a verme pronto.

Al colgar, Diana se asomó a la ventana del salón de su nueva residencia en la calle decimoctava, en el barrio de Adams Morgan, En Washington.

Un bonito adosado de color naranja dentro del mosaico de las viviendas de la zona. Liam la había convencido de que Los Ángeles era una ciudad insufrible.

Epílogo

Este libro tenía otro final alternativo donde todo ocurría de manera bien distinta.

En realidad era su primer final, solo que lo acabé desechando en una nueva lectura. Por aquello de que ganara el malo de una manera tan escandalosa.

Siento haberte privado de ese escándalo.

Diana tenía todo en sus manos. La historia tenía su particular disyuntiva definitiva. Y en la revisión final Diana acabó decidiendo de otra manera.

Si Liam no hubiera sido tan incisivo en ese café que tomó con Diana antes de que ella fuera a casa de Fred… Pero es interesante descubrir, como escritor, que los personajes están muy vivos y exigen una mayor intervención. Supongo que como los actores secundarios en las películas.

¿Recuerdas el momento, la disyuntiva? Liam y Diana salen a tomar ese café mientras empieza a llover en Los Ángeles. Todo podía haber sido muy diferente desde ese momento, el momento.

Pero como digo lo acabé desechando tras una lectura final, era demasiado… maquiavélico.

Y aún desechada la primera opción, me apetecía comentarlo aquí. Porque los acontecimientos, en la vida y en la literatura, se desencadenan en muchas ocasiones desde una decisión capaz de cambiarlo todo.